

Acad. II

Esp. 56

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

D. FRANCISCO FERNANDEZ Y GONZALEZ

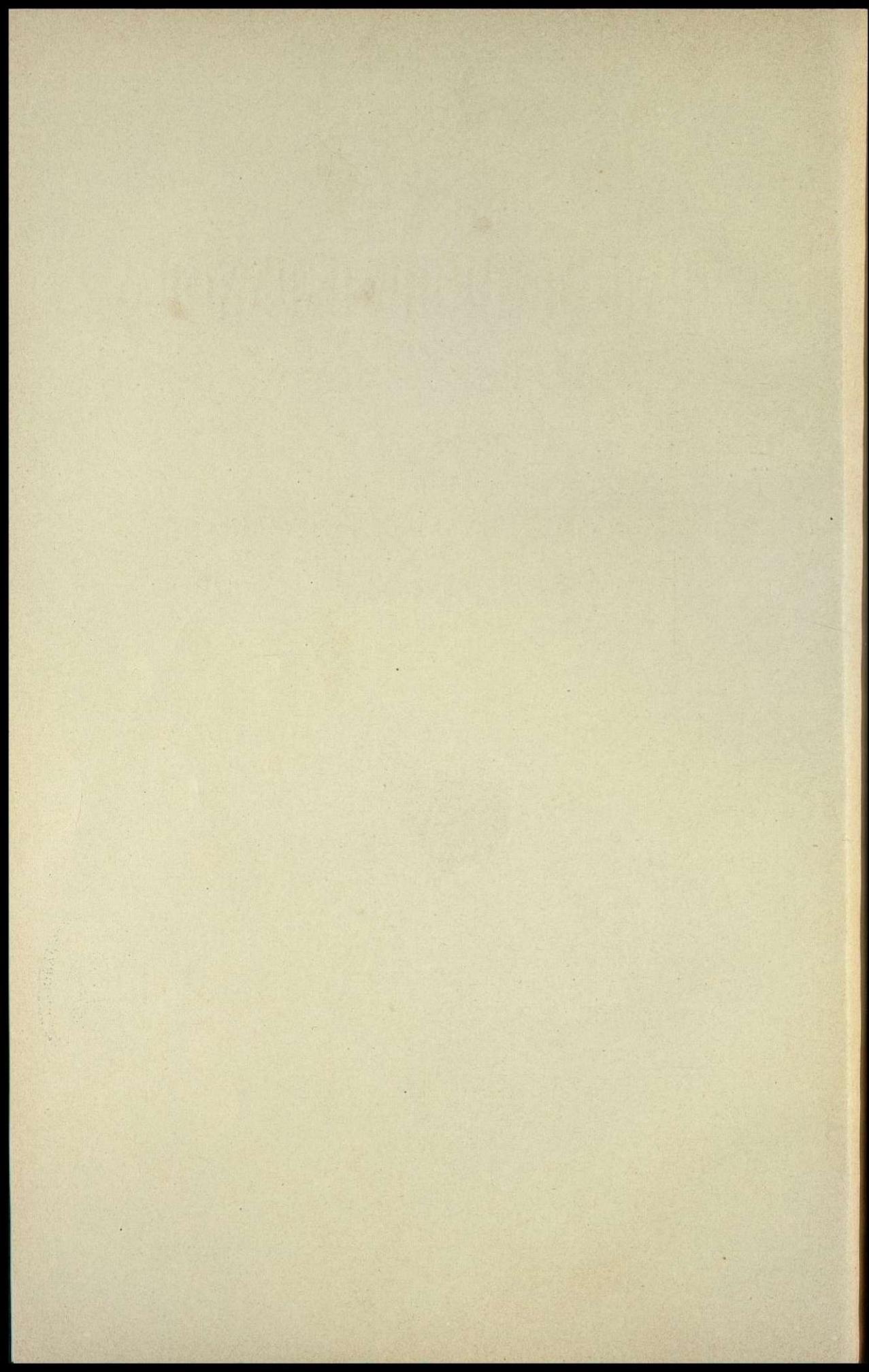
EL DÍA 28 DE ENERO DE 1894



MADRID
EL PROGRESO EDITORIAL

3— Duque de Osuna — 3

1894



R 40623

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

D. FRANCISCO FERNANDEZ Y GONZALEZ

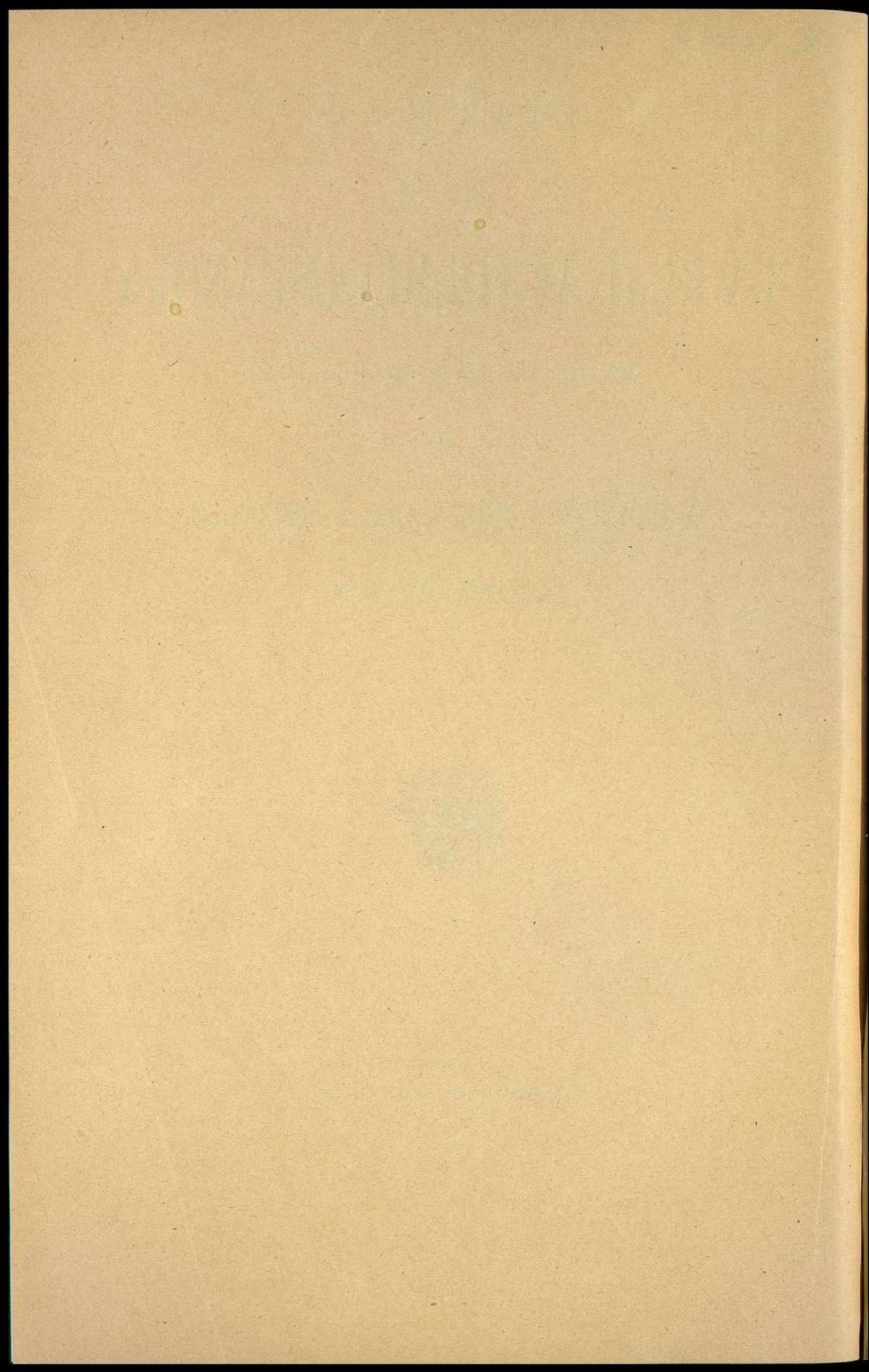
EL DÍA 28 DE ENERO DE 1894



MADRID
EL PROGRESO EDITORIAL

3 — Duque de Osuna — 3

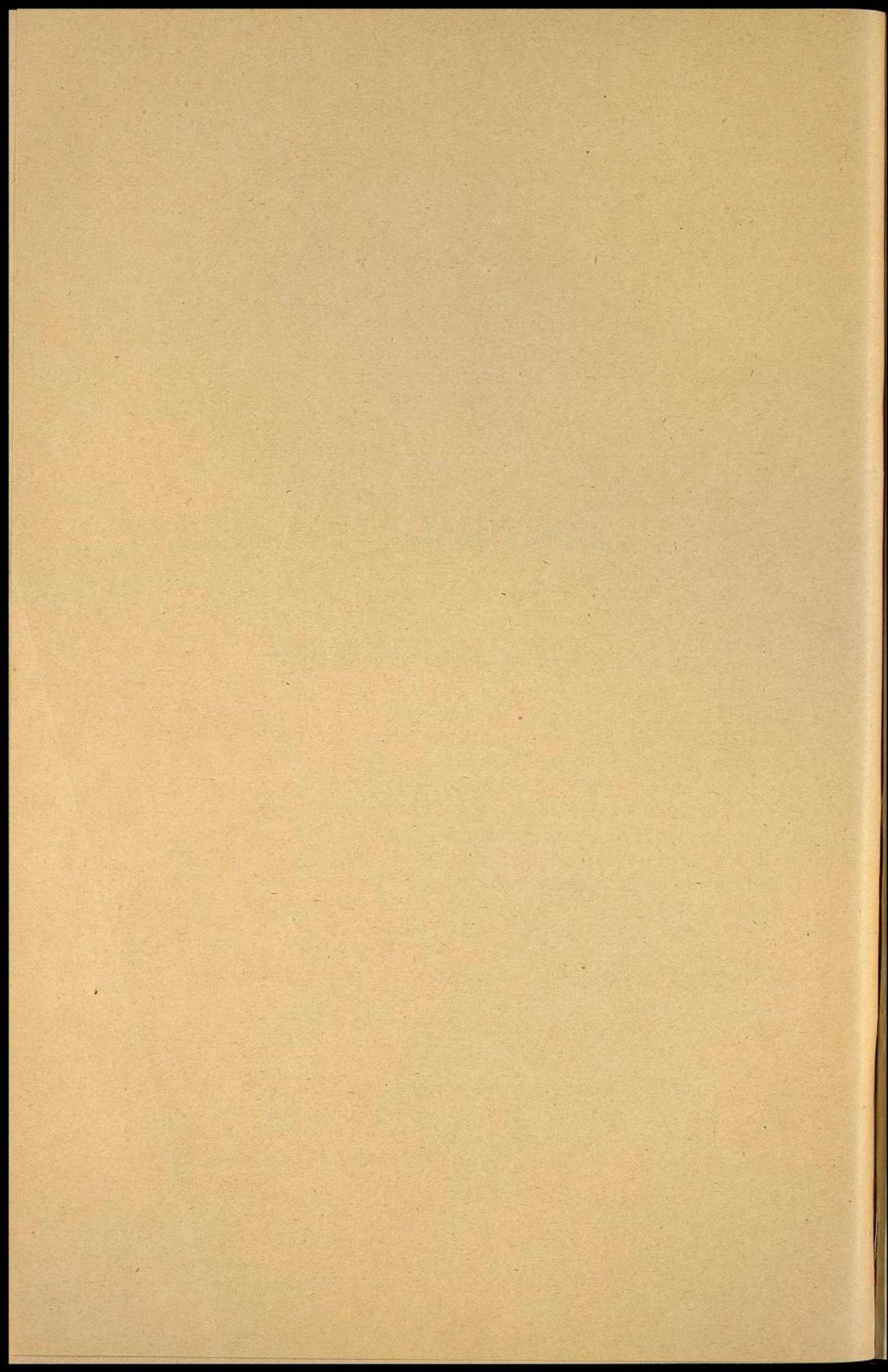
1894



DISCURSO

DE

D. FRANCISCO FERNANDEZ Y GONZALEZ



SEÑORES ACADÉMICOS:

Demandaba, en rigor, la insigne honra, con que me habéis favorecido, mayor premura en acudir á vuestro llamamiento generoso, empeñada profundamente mi gratitud en testificar, de modo solemne, cuanto me obliga y estimo la inmerecida distinción, debida á vuestros sufragios.

Sirva de descargo á tan inoportuna demora la conciencia que tiene de la cortedad de sus facultades quien comparece ante vosotros, no acompañado de las preciadas galas de ingenio y excelencias del buen decir, propias del estilo de los hombres elocuentes, sino con los resabios de descompuesta vulgaridad, que no acierta á corregir el buen deseo.

Agréganse á este motivo, causa de dilación incuestionable, la consideración del sitio, la solemnidad del momento, lo escogido del público, que acude á estos actos, la discreta autoridad é indisputable competencia, que os asiste en todos los ramos de composición literaria y muy en particular, la memoria de la bien conquistada reputación y nombradía del egregio varón á quien reemplazo en este asiento, el malogrado jurisconsulto, poeta y crítico D. Antonio Arnao, rico y abastado de nobilísimas condiciones, de que carezco absolutamente.

Sólo después de pesar estos inconvenientes con ineludible deber de mi parte, forzado á suplir mi natural insuficiencia con la elección del asunto, he resuelto ocupar vuestra atención, ordenando en frases brevísimas materia no muy puntualizada, aunque notoria y grata de repetir entre españoles: la *Influencia de las lenguas y letras orientales en la cultura de los pueblos de la Península Ibérica*.

I

Á la continua suele interpretarse como capricho de la suerte, el que algunas naciones, asentadas en los confines occidentales del Mundo Antiguo, muestren carácter oriental marcadísimo. Fenómeno no exento de semejanzas en los anales de la Historia que

presenta conservados hasta hoy, con privativa tenacidad, el idioma y las instituciones de los Romanos en los Principados del Danubio, avanzada importante de Roma hacia los términos de la antigua Sarmacia.

Tengo para mí que coincidencias tan notables, repetidas con frecuencia digna de estudio, se explican, aunque parezca lo contrario, sin tormento de la razón, por discurso natural y obvio, á que brinda su parecido con conocidos hechos naturales.

No de otra suerte que aguas nacidas, ya en la quebrada sierra Carpetana, ya en las laderas del grupo septentrional de montañas que trae su nombre de Oreto, van á acaudalar el anchuroso Tajo, que apenas se distingue del mar en Lisboa, convirtiendo en dilatado verjel las regiones próximas á su embocadura, en tanto que aparecen desecadas y estériles las propias tierras aledañas de los remotos cauces por donde pasaron; cabe el recibir fundadamente que emigraciones orientales, tras largas peregrinaciones en el espacio y en el tiempo, si no engañan los monumentos ilustrados por las investigaciones científicas, ni la tradición conservada en la memoria de los hombres, trajeran desde época muy remota población, cultura é instituciones á las regiones situadas en las orillas del Atlántico y á las islas, que este mar ciñe.

Por lo que toca á nuestra Península Ibérica, puede tenerse por averiguado que, antes que el genio de sus moradores, enriquecido con despojos de la cultura arabigo-muslímica, abriese ordinaria comunicación entre el Antiguo y Nuevo continente, llevando su influencia verdaderamente levantina á las Indias Occidentales, la población de ella aparece revestida de carácter oriental muy subido.

Estamos distantes de conocer con certidumbre la procedencia y lenguaje de las primeras familias humanas, que llegaron á poblar la tierra de Iberia, como quiera que nos conste, á lo menos por indicios gravísimos, haber sido de las primeras en habitarla gente representada por los Iberos-Escaldunas ¹, y que antes que se hablase en España el idioma propio de los Fenicios que emplearon el bronce, el hierro y los metales preciosos, el de los Celtas y Griegos y el generoso lenguaje latino, existía en la Península un pueblo de la Edad de Piedra con habla antiquísima, cuyas voces recuerdan las condiciones y usos exclusivos de aquella Edad; el euscara ó vascongado. Si preguntamos á los etnógrafos, las afinidades de dicho pueblo, en lo tocante á su conformación física, los entendidos en este ramo de investigaciones antropológicas nos dicen que los esqueletos de antiguos vascos hallados en Zarauz y la disposición del cuerpo en los actuales guardan mucho parecido, en el respecto de su estructura, con la estudiada en las

osamentas africanas de las tumbas de Beni-Hasán y en el tipo exterior de los Morduinios y de los Pielas rojas, informe robustecido con la observación de muchos individuos pertenecientes á la misma prosapia 2; á profundizar en el organismo de su lenguaje la filología pone de resalto copiosas y evidentes analogías entre el vasco, el berberí, el galla, el antiguo egipcio, el asirio, el sumir-accadio, el turco, el samoyedo y el nahuatl.

Á no retraerme temor justísimo de incurrir en linaje de descomedimiento ante el amable concurso de hermosas damas que me escuchan, entre las cuales son de advertir, sin embargo, para honra y prez de su sexo (algunas verdaderas filólogas, por cierto tan eximias y distinguidas que á ellas, como á nuestras jóvenes doctoras en Filosofía y Letras, no les pueden guardar secreto hablas importantes de los pueblos de Europa y Asia), quizá tomase sobre mí el empeño de puntualizar al presente tan interesantes analogías, no sin discutir y declarar en la medida de mis fuerzas las razones y procederes de sus diferencias formológicas, fonológicas y sintácticas; pero debidas consideraciones me eximen de tan prolija tarea, cuyos límites salen ciertamente del cuadro oportuno y acostumbrado, que la conveniencia señala á los discursos académicos.

Séame lícito con todo, el recordar, á lo menos, la afinidad de las posposiciones aglutinantes que sirven de declinación en el euscara con las del sumir-accadio leído en las inscripciones cuneiformes, idioma que, al decir de Mr. Oppert, era lengua muerta no pocos siglos antes de J. C. y si hubiese entre mis oyentes algún discípulo de Mr. Ha-Levi, que pusiese en tela de juicio los admirables resultados críticos de tan preclaro orientalista y de su discípulo Lenormant, al señalar una declinación ó serie de posposiciones sumir-accadias, de que resulta un genitivo en *na*, un dativo en *ri*, un acusativo en *ra* y un ablativo en *gabe*, *gan* y *ta*, demás de las raíces verbales de estas aglutinaciones y vocabulario común euscara y sumir-accadio abundantísimo 3, será bastante á mis comprobaciones el comprobar el lenguaje vasco de nuestros días con el turco vulgar y moderno, reconocido vástago del antiguo idioma turanio, á las veces educador de Fineses, Georgianos, Mongoles, Chinos y Dravidianos, á las veces vehículo de sus remotas aunque efectivas influencias, y el cual, después de antiquísima separación que puede calcularse en muchas decenas de siglos, conserva con el euscara hablado por Españoles y Franceses indubitable aire de familia.

En testimonio de esta afirmación, que pudiera entenderse aventurada, y como muestra incontestable del parentesco filológico, á

que me refiero, no he menester engolfarme en largas disquisiciones y comparaciones de raíces, sino que me acompañéis por un momento en la lectura de una gramática turca, donde en las primeras hojas y sin necesidad de gran rebusco se ofrecerá, como paradigma ejemplar, usado para el reconocimiento de los accidentes del nombre, la palabra *gun* que significa «día» cuya terminación en forma de agente es *guniks* ó *gunisk* «el que trae el día» ó «el sol», dicciones no sólo paralelas sino equivalentes y casi idénticas hasta en el sonido á *egun* y *eguzki* de igual valor léxico y gramatical en el dialecto vizcaíno. Ahora bien, si se estudia en la gramática euscara bajo el respecto indefinido ó sin artículo, la voz *egun* ministra para el uso de los casos según los cuadros de sufijos expuestos por Van Eys la forma genitiva *egunen*, la dativa *eguni*, la ablativa *eguntzat* y en plural *egunetan* ⁴, al par que *gun* en turco según las gramáticas de dicho idioma, y señaladamente conforme al texto de la de M. Hindoglou (quien escoge dicha dicción para ejemplo), se declina en el genitivo *gunun* ó *guñun*, en el dativo y acusativo *gune* ó *guni*, en el ablativo *gundan* y para colmo de analogía la forma que Van Eys y Campeón llaman de agente terminada al uso vasco en *ek* ó *ik*, se dice en el osmanlí corriente en *ex*, *ix* ó en sus formas equivalentes *ecs*, *ics* ⁵.

Dejada aparte tan pasmosa coincidencia en raíces, temas y terminaciones, todavía se muestra de singular resalto la analogía de las expresivas posposiciones, con que el turco distingue los matices de aumento ó de disminución en los nombres, los cuales alcanzan formas similares en el lenguaje de las Escaldunas y aun ofrecen vestigios de interés en los idiomas neo-latinos del Mediodía de Europa, por ventura, reliquia de una capa etnográfica anterior á la llamada invasión aria, dado que en ninguno aparezcan tan apreciables y numerosos como en las lenguas vulgares de la Península Ibérica.

Pues, sin contar el comparativo en *ena* común al euscara y al idioma turquesco, de donde pudiera derivarse el aumentativo en *on* que emplea el vasco actual, formando *ait on*, «abuelo» de *ait-a*, «el padre» (en osmanlí *ata*), ni el diminutivo en *xe* adoptado por el idioma sanscrit y sus conexos ⁶, en los cuales son de investigar antiquísimas influencias turanias, ello es que el nombre aglutinado *chic*, que significa «pequeño» en turco, como en vasco, en galla y en otros idiomas, llamados chamíticos (los cuales recuerdan vías olvidadas de comunicación en los fastos de la peregrinación turania), usado en forma pospuesta en el lenguaje de los osmanlíes para atenuar ó disminuir la significación del nombre que precede, se muestra en la explicación más plausible como el verdadero generador de

las flexiones diminutivas en *ic*, en *in*, en *uc* é *it*, variaciones de *ik*, según el proceso frecuente de cambios de consonantes enseñados por las gramáticas turcas y vascas, conservadas todas con igual acepción en los dialectos latino-ibéricos.

Hasta la forma aumentativa que el euscara termina en *ako* y coincide por el cambio de *k* en *t* y *z*, advertido por Van Eys 7 con las del turco en *obzo*, *to* y *zög*, reaparece con idéntica alteración que en el último idioma en el castellano de nuestros días.

No me detendré hablando de la numeración vascongada, con guardar, el día de hoy, no poca analogía uno de sus números dígitos con su correspondiente en turco («el cinco» *boxt*, en turquesco *bex*), dado que su estructura notabilísima sea documento irrefragable de las vicisitudes, por que ha pasado el modo de contar entre los antiguos moradores de la Península Ibérica, ofreciendo huellas de numeración *quinaria* y progresivamente *senaria*, *septenaria* y *vigesimal*, como quiera que hasta ahora se conserve la expresión *zortci* ó *chortei* en acepción de «ocho», llanamente descomponible en los nombres de dos números turcos *dort* «cuatro» y *ci* ó *chi* «dos», así como el vocablo *amaica* «once» en vasco, se descompone en *amar* ó *ama* «diez» en el mismo idioma y en berberisco, en *i* de *eta* «y» en euscara, y en *ca*, *ba* ó *ua* «uno» en conocidos lenguajes antiguos, y finalmente *oguei* en significación de «veinte» muy próximo á *eulche* de igual significación en chino, base entre los Vascongados de antigua numeración por veintenetas.

Alterados profundamente en el discurso de los siglos los lenguajes de Turcos y Vascones, tengo para mí que en el habla de los últimos y en el que dura en lugares, donde dominan al presente otros linajes de idiomas, se han conservado formas turanias ó caracteres arcaicos de ellas, ya desaparecidos en alguno de los lenguajes, á que genuinamente corresponden. En tal respecto, no deja de llamar la atención que al sistema de posposiciones aglutinantes seguido con cierto rigor en el turco, contradiga en el uso presente de este idioma la anteposición del artículo *bu* «el» cuyo equivalente *ba* se conserva en forma pospositiva en dialectos georgianos y en el guipuzcoano y bilbaíno (sirvan de ejemplo *escuba* por *escua* «la mano» *maisuba* por *maisua* «el maestro») en tanto que en el egipcio de los tiempos más antiguos, el artículo *pa* de igual significación se antepone ya como en turco á lo menos por regla general, según los documentos estudiados 8.

Ni mueve poco á consideración el estudiar en osmanlí la terminación vulgar gentilicia designada con el pospositivo *lu*, provenga ó no de una voz parecida en sonido á *ur*, *ul* y *aur* que significa «hijo ó criatura infantil» en berberí y en vasco; formación á maravilla

próxima en las de *Turd-ulus*, *Bast-ulus* y *Vard-ulus* que trasladó el latino del ibérico, ó el advertir que se conmemora aún en los textos más modestos del turco vulgar, el adverbio *aju* ó *ajujú* en sentido de aplauso y aprobación de valor correspondiente al castellano *aja*, *ajaja* tomado del arábigo, aunque más cercano en sonido al placentero *ijujú* de las fiestas asturianas 9.

A las indicaciones expuestas, argumento de conexión no dudosa entre el vascongado y el turco, aplicables en más ó menos extensión á otros idiomas turaníes, sería fácil agregar, aún, multitud de usos léxicos y de dicciones comunes, ya las conjunciones del euscarra *bai* y *ez* en significación de «sí» y «no» á que corresponden en lengua turquesa *bali* é *itz*, ya los verbos *il* «morir» y *ian* «comer», á que corresponden en turco *el-mac* y *ia-mac*, ya en fin, copia de nombres que como *acena* «claro», *agorra* «seco», *guizón* «hombre», *andere* ó *andre* «mujer ó señora de casa», *apa* «beso», *arana* «ciruela», *balsa* «lodo», *cimaurra* «cieno», *oloa* «avena», *gogoa* «voluntad», *ahorga* «hurto», *ona* «bueno» y *sesca* «cañizo», se dicen en turco con notable analogía de sonido *achin*, *acorra* ect., y á la continua con idénticas acepciones 10.

No sería difícil el aumentar extraordinariamente este número, en particular de incluirse como turanias multitud de voces mongolas ó chinas, finesas, tonguses, birmanas, japonesas, armenias y georgianas, de sorprendente parecido con el vasco. Las cuales, sea cualquiera el grupo filológico en que se clasifiquen, coinciden con las euscaras por manera evidente y peregrina, no sin dejar de prestarse á varias conjeturas acerca de los orígenes etnográficos del pueblo ibero, dado que se empleen todavía, como no es improbable, en algún dialecto turco. En tal concepto son de citar, entre otras, *aitza* ó *acha* «roca», en japonés *isse* y en permio *is*; *ametsa* «sueño», en mandchú *aum*; *ande* «grande», en samoyedo *annia*; *artz* «oso», en oseta *arsa*; *au* «boca», en nogai y en basquir *aos*; *bizarra* «barba», en oseta *botzo*; *casca* «arena», en samoyedo *cotcha*; *escu* «mano», en birmano tanjul *akhin*; *gorria* «sangre», en votiacó *gord* y en permio *gordi*; *arraya* «pescado», en samoyedo *arra*; *kea* «humo», en samoyedo *krroz*; *co* «mucho», en chino *chu* y *min*; determinativos de plural; *lu* «dormir», en suoni-mingrelío *luri*; *muga* «frontera» ó «término», en ostiacó y en georgiano *mukha*; *nora* «carro», en kanchátcalo *naria*; *obená* «curvo», en tongús *oven*; *oncia* «náve», en samoyedo *onca* y en tongús *ongoia*; *otza* «frío» en ostiacó *etchic*; *sabel* «vientre», en chino *tabeli*; *soroa* «prado», en samoyedo *serai* y *scior*; *zura* «madera», en armenio *zar* y *azar*; *zuria* ó *churia* «blanco», por último, concepto que en samoyedo se expresa por *sur* y *sirr* 11.

Pues, con ser tan notoria la afinidad del euscara, ó cuando menos de una parte no pequeña de su diccionario, así como de sus formas léxicas y sintácticas con conocidas lenguas aglutinantes, todavía se ofrece de más resalto el parecido de tan antiguo idioma en su conjunto general con señaladas formas semíticas, en especial del asirio, del idioma berberí y del antiguo egipcio. No es ocasión de discutir, si las flexiones que aparecen en los lenguajes antiguos de la Caldea y del África septentrional, señaladamente en los últimos nombrados, proceden de progreso regular en la estructura de idiomas turaníes ó aglutinantes, ó de un elemento nuevo traído por la historia ó la etnografía al organismo de ellos, ó en fin de una mutación antiquísima de sus elementos; fenómeno en rigor no improbable, supuestas relaciones tradicionales de vecindad que señalan los anales bíblicos entre Abraham, nacido en Ur de los caldeos y los súbditos elamitas y turánicos de Codor-Lahomor, entre los hijos de Sem y los de Cham acaudillados, por Nemrod ó Gidhubar; relaciones que no se han interrumpido hasta nuestros días.

Séame lícito el exponer, por tanto, que aun dentro del sistema aglutinante, representado con aparente pureza por el chino, donde se ofrecen ya muchos ejemplos de raíces no monosilábicas y verdaderos afijos de índole flexiva, no fué difícil el preludiar un esquema de conjugación más primitiva que la conservada en el turco, con el proceder casi semítico de juntar el pronombre á una raíz ó nombre de acción, de suerte que determinase la persona y el número. De tal suerte se muestra en gaélico, donde el pretérito se forma sencillamente con yuxtaponer, por el fin, á un nombre verbal vocalizado á la manera del participio *benoni* de los Hebreos, los pronombres personales y así la usó con frecuencia el egipcio, el chino y el antiguo armenio.

Acostumbraron por punto general los Semitas posteriores á los Caldeo-asirios, los Fenicios, Árabes y Hebreos el anteponer en unos tiempos al tema verbal pronombres personales descompuestos, posponíanlos en otros; el antiguo egipcio usó el pronombre entero y sin ninguna alteración al principio, yuxtaponiéndolo al tema para suplir la conjugación, no raras veces, en tanto que de ordinario se limitaba á posponer los pronombres como lo verifica sin mucha semejanza el vasco, ó los verbos auxiliares *au* y *tu* con los afijos pospuestos, no sin anteponer frecuentemente una *n*, según ocurre asimismo en euscara para designar el pretérito ¹². Aparte de estas peculiaridades de forma semítica antiquísima, son tantas las semejanzas que ofrecen las desinencias del verbo vasco, así en la conjugación directa de temas radicales adjetivos como en la de los auxi-

liares, con todas las de la familia de Sem, en formas que demuestran influencias posteriores á la turania y á la semítica primaria ó egipcia, que bastaría escribir sus terminaciones con el alfabeto vulgar hebreo, para que cualquier iniciado en el conocimiento de este idioma pudiera distinguir, á pesar de las alteraciones producidas verosímilmente con el discurso de los siglos, algunas de las terminaciones personales, y reconocer y apreciar su valor y correspondencia ¹³. Por lo que toca al vocabulario, enriquecido el de los Escaldunas con innumerables voces semíticas, que forman su caudal léxico más importante, puntualiza en su pronunciación la generalidad de las diferencias, que distinguen al asirio de los otros idiomas de la misma familia. De la antigüedad con que tales voces entraron á formar parte del vasco puede ser testimonio la palabra *buru* «cabeza», en sentido análogo á aquel con que la ofrecen inscripciones cuneiformes asirias, de la cual no hay memoria en los diccionarios arábigos, y *chingarra*, «lardo», que designando un alimento vedado entre judíos y musulmanes, no es probable que haya pasado el euscaro por influjo de éstos ¹⁴. Mas, si pudiera entablarse contienda acerca de presunción tan razonable, fuera suficiente á decidirla el modo de la pronunciación esencialmente asiriforme, porque ni en hebreo se dobla generalmente la *r*, ni el arábigo la usa doble en esta palabra; fenómeno que se repite en *zamarria*, «bestia de carga», que en arameo se pronuncia *gamaria* y en *escarri* «dar gracias», que el arábigo castizo y el hebreo dicen con *r* sencilla *sacar* y *sácara* y el mogrebino *escar* ¹⁵. Asiria es también la pronunciación de *icen*, «nombre», en hebreo *sem* y en arábigo *ism*, identificada en ésta como en otras voces semíticas, la fonética del vasco con las de los asirios que solía sustituir *m* por *n*. Aun en aquellas donde la pronunciación ó escritura asiria no difiere grandemente de las hebrea, aramea y arábica, el hecho de ofrecerse con ingente muchedumbre en el vasco dicciones semíticas que no han pasado al castellano ni demás idiomas vulgares de la Península ¹⁶, cierra la puerta, á lo menos en mi opinión, á presumir que las más sean fruto de influencia pujante é invasora de sarracenos y judíos en el territorio vasco, durante los tiempos medios. En comprobación de que no es encarecimiento la muchedumbre señalada, me limitaré á recordar, por orden de abecedario, algunas voces euscaras, depositadas y reconocidas por todos con tal carácter, mostrándose á los principios del léxicon: *abar* «ramo», *acher* «envidia», *acherri* «becerro», *adar* «cuerno», *adin* «entendimiento y edad», *ageri* «testimonio», *aguin* y *ortza* «diente», *ahatge* «vergüenza», *ahlu* «débil», *ahur* «hueco de la mano», *ain* «si» *ak* «mucho», *al* «principal», *alha* «hierba», *alof* «aban-

dono», *alfar* «perezoso», *ama* «madre», *anaya* «hermano», *arge* «resplandor», *arrazi* «humilde», *argal* «delgado», *ardo* «vino», *arrapo* «espuma», *arratza* «puro», *arro* «vanidoso», *arta* «tomar», *asi* y *asten* «principio», *asco* «bastante», *asmar* «pensar», *ate* «puerta», *atsa* «dedo», *aunza* «cabra», *auts* «polvo», *ayubia* «clamor», *azal* «piel», *azal* «manifestar», *azaro* «simiente», *azlu* «olvido»¹⁷.

Finalmente el vasco en su artículo pospositivo *a*, conforma de una manera pasmosa con el estado enfático señalado al nombre asirio por Mr. Oppert¹⁸, con el *alef* arameo y con el *olaf* siríaco que también usan en forma pospositiva, ejerciendo análogas funciones y con significado idéntico, los cuales corresponden al artículo *ha* que el hebreo usa prepositivo como los de las lenguas modernas, emplea la conjunción *baino* ó *bain*, que, en semítico significa «distinguir» en acepción de «pero», la partícula semítica *la* ó *li*, ora delante de verbos, ora pospuesta á nombres y convertida por rotismo en *ra* ó *ri*, y asimismo la posposición *ek* ó *ka*, cual afijo correspondiente al pronombre *tú*.

No me hallo ajeno de sospechar que tales analogías sorprenderán no poco, á aquellos de los modernos vascófilos que extreman su empeño por eximir el idioma de sus aficiones de toda comparación posible, cifrando el toque del acierto en derivar voces de muchas sílabas pertenecientes á él, de otras menos complicadas en su estructura, sistema parecido en mi opinión al de algunos muzárabes que descompusieron, según autores arábigos la dicción Toledo (*Toletum* y aun *Toletu* en el lenguaje corrupto que hablaban) en las latinas *tu* y *laetus* ó al de atrevidos romancistas, que, cual cierto escritor de Hacienda del siglo xvi en conocido discurso político económico expusiesen con extraña naturalidad que el vocablo *caballero* debería explicarse y entenderse con derivación meramente castellana, como palabra compuesta de *cabal* y *héroe*¹⁹; pero concedido como es justo el apreciable vigor con que conserva el lenguaje de los Escaldunas la tendencia y fuerza aglutinante, por lo que toca á la composición de palabras, por agregación de raíces, me doy á entender que habrán de persuadirse á la postre de que el monosilabismo radical euscaro no es menos artificial en los más de los casos que el de las 1.726 raíces señaladas por los brahminas en su sanscrit ó las apreciadas en el chino y en sus dialectos, según la autorizada crítica del insigne sinólogo Mr. Terrien de la Couperie²⁰; pues, con ser cierto y verdaderamente indubitable el que se yuxtaponen en vasco por ejemplo para formar la palabra *zubi* «puente» las dicciones *zu* «madera» y *bi* «dos» no lo es por manera análoga, el que la forma original de la primera, sea *zu* y

no *zura* ó el vocablo armenio *zoon* ó *zun*, ni que la segunda no pueda proceder de la terminación ó aposición egipcia *ui*, que expresa el número «dos» ó del turco *iki* ó *ki*, palabra con acepción semejante, de donde la fonética deriva, sin esfuerzo de ninguna especie, los sonidos *bi* ó *ui*. Por el contrario se patentiza, sin necesidad de prolijas investigaciones la derivación de palabras polisílabas reconocidas por vascas de las vulgares de otros idiomas, sirva de ejemplo, la voz *izar* (*istar*) empleada en la acepción de la estrella por excelencia en asirio, en fenicio y en hebreo, la de *españa*, «labio» de *safah* ó *spanta* «labio ó borde» en estos idiomas, la de *berri* «viejo» de *ber* ó *bir* turco lo «primero ó lo que antecede», etcétera; todo lo cual no empece ni amengua, por manera ninguna, la estimación del generoso contingente, con que el habla de los antiguos vascones ha acaudalado la lengua española, avalorando el castellano, ora con la variedad de sus formas aumentativas y diminutivas, ora con aglutinar al principio ó al fin de sus verbos tres ó dos pronombres personales, ora, en fin, acrecida la copia de sus dicciones con palabras de uso frecuente, como *ardite*, *azada*, *azcona*, *balsa*, *becerro*, *bruces*, *cachorro*, *cencerro*, *cenzaya*, *coscoja*, *chaparrro*, *chico*, *gordo*, *izquierda*, *laya*, *morro*, *muga*, *sapo*, y otras que aportan á nuestro romance variedad, riqueza, sonoridad y energía.

Difícil sería el puntualizar la época de las primeras influencias semíticas en la Península Ibérica, no averiguándose bien si coincidieron con antiquísimas influencias turanienses y egipcias ó aparecieron quizá, merced al movimiento de pueblos marítimos producido por la confederación hittita, si fueron debidas á la fuga y emigración de los palestinos, en la época de Josué ó á los viajes frecuentes de los Fenicios Sidonios, y Tirios, en cuyos barcos, según la Sagrada Escritura, le acompañaban y asistían gentes de Israel no pocas veces. Podrán alegarse por unos los tipos asirios de ciertas monedas turdetanas y los nombres de Iliberi y Rimmón (Granada de los rabinos) que recuerdan los de Iribar y Rimmón de Mesopotamia, á tenor de las inscripciones cuneiformes; podrá sustentarse por otros que la primera influencia de Semitas, ora Asirios, ora Arameos, fué directa en la época de la invasión armenia y meda referida en los libros de Salustio y de Juba ó transmitida por Hittitas, Fenicios, Sirios ó Carios; quien la estimará desnaturalizada, en breve, al mezclarse con el elemento turaní que le impuso sus formas gramaticales, resistiendo constantemente el admitir la flexión regular en verbos y nombres, quien podrá presumir que ha formado aquende del Estrecho dialectos vulgares análogos al hebreo ó al arameo como lo es hoy el árabe vulgar mogrebino: todo induce sin embargo á conjeturar que el elemento

semítico era ya copioso en España de los siglos xv al ix anteriores á nuestra Era, arraigándose después sobremanera merced á los Libio-fenices, Bástulo-penos y Cartagineses; no sin dejar huellas permanentes de su importancia en los nombres geográficos de Cádiz, Málaga, Sisapo, Accinippo, Cárbula, Carissa ²¹ y otros innumerables en los de los caudillos españoles Indíbil y Mandonio ²² y en el del numen ó héroe nacional Endovélico ²³. Muchos siglos había que los bajeles griegos costearan el ruedo de la Península en varias direcciones, que el mercader rodio, focense y zazintio había establecido emporios para su comercio en el Levante y Mediodía de España, que Mirleano introdujera en el suelo ibérico la enseñanza de las letras griegas y que Roma impuso en él su lengua oficial y sus instituciones, cubriéndolo de monumentos y de vías militares, cuando duraba el uso del idioma fenicio ó asirio-fenicio en España, testificándolo de modo indubitado las monedas de Cádiz, de Sexi, de Abdera y señaladamente las de Ebuso (Ibiza) correspondientes al reinado de Tiberio, no sin que pueda recibirse á título de probable y verosímil el que se continuase el uso de dicho idioma, á lo menos en algunas localidades de la Bética cartaginense y baleárica; pues si no consta ciertamente este pormenor con la certidumbre con que aparece respecto del África septentrional hasta el siglo vii por testimonios directos y repetidos de insignes escritores, algo dejan entender acerca de él indicios de diferente orden, ora estimada la emigración de los moradores de Cartago africana, donde se hablaba dicho idioma á las Islas Baleares, al entrarla por conquista los musulimes ²⁴, ora atentos nombres cartagineses que se perpetúan en el Mediodía y Oriente de la Península Ibérica, los de Muto de Xátiva y Andonio de Oreto, obispos, según las actas del concilio III toledano y el de Winibal ó Hinibal (corrupción probable de Hannibal) obispo de Elche, que confirma personalmente el IX y aparece representado en el X, siendo de apreciar que influyera no poco en dicha conservación, ó á lo menos, en perpetuar el lenguaje semítico en las mencionadas partes de España, así muchedumbre de judíos establecidos en la Península Ibérica antes del nacimiento de Jesucristo, como los llegados después de la conquista y destrucción de Jerusalén por Tito y Hadriano, constando cuando menos la existencia de aljamas antiquísimas de esta raza en Carteia, en Granada, en la isla de Menorca, en Tarragona, en el castillo de Rueda, cerca de Zaragoza, en Toledo y en Córdoba.

Nada diré en este discurso acerca de la influencia del céltico, pues, apartándome de la opinión sustentada por Bopp, Pictot y otros filólogos tengo para mí que es dudoso su origen oriental ²⁵,

no concertándose bien con los datos históricos y geográficos el que los primeros celtas hayan venido á España de Levante con ser, por otra parte, verosímil que en el siglo VII de nuestra Era fuese aún comprendido más ó menos imperfectamente en alguna parte de la Península Ibérica, dada la interpretación de *dólmenes* por «delubra» «humilladeros ó santuarios», como quiera que tampoco parece improbable el que procediese de los primeros arios ó antiquísimos celtas (si ya no de los Persas mencionados por Salustio ó de los Aditas), aquella nación africana de los Gétulos, en los cuales, á tenor de noticia que debemos al mismo autor de las *Etimologías*, reconocían los Godos de su tiempo, según general opinión y cierta consanguinidad y parentesco propinquo ²⁶.

II

Á despecho de los matices ariacos representados por Celtas, Griegos, Romanos, Suevos y Visigodos fundidos ó aproximados en la poderosa turquesa de la superioridad latina, influyó eficazmente la invasión musulmana en extender y dar realce al carácter en alto grado oriental de la cultura de la Península Ibérica, durante los tiempos medios.

Confundiáanse así en el Mediodía de España como al otro lado del Estrecho importantes restos turanios, asirios, fenicios y hebreos con los elementos semíticos traídos por los nuevos conquistadores, al par que se conservaba antiquísima mezcla turanio-semítica en las pendientes pirenaicas robustecida recientemente con la llegada de multitud de judíos, que se acogieron á aquel territorio, durante el discurso del siglo VII, huyendo las persecuciones de Francos y de Visigodos. Al propio tiempo, la sueva Galicia y la medio-céltica Asturias, enriquecían su población con copia de valiosos elementos afines, llevados por los Latinos y Godos acogidos á su territorio, los cuales contribuyeron por su parte á acrecer condiciones semejantes de los moradores que encontraron en las comarcas de León, de Castilla y de Navarra, dispuestos á secundar el impulso de los primeros caudillos de la reconquista.

De los primeros años de la invasión sarracena no cabe encarecer, ni aun señalar siquiera á la consideración resultados de la influencia arábica, ni reconocer superior cultura de parte de los musulimes, que no era seguramente de momento, ni muy distinta de la de los Españoles, la que pudieron traer á nuestro territorio, los Berberíes acaudillados por Tariq, ni los Bizantino-africanos que engrosaran las huestes de Muza, es á saber, aquella muchedumbre

de hombres de distintas razas, idiomas y creencias tan desligadas sus aficiones de la causa del califato y de la disciplina religiosa de los Sarracenos, que el año 715 llegaban á la corte del califa pavorosas nuevas, tocante á que el Islam estaba á punto de desaparecer de la recién conquistada España ²⁷, así entre los vencidos que habían consentido en prevaricar por el interés ó por la fuerza, como entre los bizarros y valerosos conquistadores. Puede recibirse hoy por probable que los primeros gérmenes de la preciosa cultura, que enaltece las glorias del amirato de Córdoba, y se perpetúa sin desdoro en los reinos árabes de la España musulímica hasta la conquista de Granada, aparece por primera vez ó procede, en no escasa parte, de las gentes serias que acaudilladas por Baleg llegan á la Península y reciben continuos refuerzos durante la dominación de los Omeyas.

Fué la corte de Córdoba, en lo general, una continuación de la monarquía damascena, florecieron aquí como allá las letras, las ciencias y las artes, señaladamente la arquitectura y poesía, no sin que se conservase en España cierto linaje de representación aristocrática en lo político (que abolieron casi del todo los califas alabecies), al par con mayores libertades, así en las costumbres como en el cultivo de las ciencias. Abderrahmán I el fundador de la monarquía, dió ejemplo de consideración hacia los letrados, asistiendo más de una vez á sus exequias; cultivó la poesía y la astronomía, y como sus antepasados de Oriente dejó memorias ilustres en preciadas fábricas arquitectónicas: labró el palacio de la Ruzafa á imitación del de Damasco del mismo nombre, edificó ó reedificó el alcázar de Sevilla, convirtió en hermosa morada de recreo la almunia de Rabunales, dotada de grandes y amenos huertos, y al par que cuidaba de fortalecer las murallas de Córdoba disponía que el alcaide de Ilíberi (Elvira) fortificase á Granada. Dió comienzo, en fin, á la famosa mezquita aljama que émula de la de Damasco había de eclipsar á su modelo, como quiera que compitiesen en el empeño de engrandecerla los príncipes más ilustres de la dinastía que fundara, siguiendo sus huellas Hixem y Alhacam primeros, ambos no despreciables poetas, aquél incansable en lo de dar fomento á la obra de la aljama catedral, éste protector del poeta Abbes Ben Nassih el Gíafari, el primer vate andaluz de mérito reconocido en Oriente, y quien como el príncipe Abdelmelice Ben Omar, nieto de Meruán y gobernador de Sevilla, había secundado el movimiento literario que impulsaban los Omeyas.

Superó quizá, con todo, á sus tres predecesores en afición á la cultura y en la tarea de aclimatar la siriaca en la Península Ibéri-

ca, el amir Abderrahmán II, quien ilustró la dignidad real con meritorios timbres de insigne historiador, de poeta y de filósofo. Si, á ejemplo de aquéllos, puso empeño laudable en enriquecer sus estados con preciadas fábricas de utilidad y de recreo, estremaba ostensiblemente inclinación tan generosa, ora en su solicitud por reparar los muros monumentales de Mérida, ora al erigir en la corte bajo la dirección del alarife Giafar Ben Meisun un segundo palacio llamado de la Ruzafa, así cuando abastecía de aguas á Córdoba llevándolas de las montañas en cañerías de plomo, como cuando empedraba sus calles y levantaba los palacios de Mernán y de Mogis, con que aspiraba á recordar la magnificencia de sus abuelos en Oriente. Entre otros títulos calificados de gloria, como protector de las letras, y aparte de las mercedes dispensadas al jurisconsulto Yahia Al-Leisí y al poeta Aben-Xamrí, cábele privatisimo por la acogida que dispensara al músico bagdadita Zeriab, quien llegó á ser el árbitro de la moda entre los musulimes andaluces, no de otra suerte que lo fué andando el tiempo en Italia el preclaro Leonardo Vinci, importancia no nada fácil de conseguir entre gente oriental, sobremanera apegada á los hábitos y usos de sus mayores. Fueron invenciones ó relativas novedades debidas á Zeriab la costumbre adoptada por mujeres y hombres de repartirse el cabello á los lados de la frente, la cual reemplazó á la manera de tupé usado antes entre los Árabes españoles, el sustituir con vajilla de cristal la de metales más ó menos ricos, el preferir el cuero cordobés ó guadamecí, al lienzo ó á las telas de algodón para colchas y mánteles, así como el adoptar piezas de indumentaria especiales para primavera y verano, es á saber, aljubas de seda y de poco abrigo, con que se enriqueció el guardarropa de los elegantes cordobeses, que sólo diferenciaban el traje, según las estaciones por el color negro ó blanco ó por la supresión de la mencionada aljuba en los meses de Junio, Julio y Agosto. Durante su residencia en Córdoba, adonde había sido llamado de África por mensaje especial del padre de Abderrahmán, llévado personalmente por el israelita Almanzor, inventó una quinta cuerda en el laúd, la cual colocó en medio de las cuatro existentes, con el fin decía de agregar la representación del alma unida al cuerpo y aumentar la perfección expresiva del instrumento, algo limitada, á su parecer, con las cuatro cuerdas comunes, *amarilla, roja, blanca y verde*, destinadas á expresar respectivamente según la fisiología de la época la «bilis», la «sangre», la «flema» y la «melancolía» (*atra bilis*).²⁸

Con ser grandes los merecimientos de Abderrahmán Ben Alhacam, en la empresa de preparar el siglo de las letras árabes en la Península Ibérica, no fueron menores los de su sucesor Muham-

mad, quien, á la manera que su padre conquistó el galardón de patrono de las artes y de la filosofía, obtuvo no vulgar renombre como cultivador y propagador de las matemáticas, ciencia pura y exacta por excelencia, según la calificación de la didáctica de los Árabes. Durante su reinado enseñólas con éxito Muhammad Al-Leitsi, hijo del jurisconsulto Yahia, quien en unión de Aben-Firnás, el insigne físico que había establecido fábrica de cristal en la Península y juntamente con otros doctos se distinguió al par con el monarca en el cultivo de las ciencias y de las letras. En aquella época, según ha demostrado recientemente monsieur Schwab ²⁹, eran frecuentes las comunicaciones directas de España con la China. Judíos españoles embarcados en Cartagena ó en Marsella y siguiendo itinerarios conocidos, que puntualiza el geógrafo coetáneo Aben-Jordabeh, llegaban por el Mediterráneo á Egipto, de allí se dirigían con caravanas al Yemen, luego á Basora, donde embarcados en el golfo Persico navegaban por el mar de la India, hasta arribar al imperio del Medio. Dada esta frecuencia de comunicaciones, que autorizan las noticias impresas del viaje de Suleimán y de Eldad el Danita pertenecientes al mismo siglo, á nadie causará extrañeza que existiesen en Córdoba fábricas de sedería, florecientes de introducción más ó menos antigua, y que los poetas del amirato en tiempo de Muhammad aludiesen á la brújula, que emplearon los Chinos bastantes años antes de la Era Cristiana.

Refiriéndose un poeta de la corte (año 853 de J. C.) á cierto general jactancioso, enviado contra los toledanos rebeldes, el cual dió la vuelta, sin rendir la constancia de aquellos ciudadanos heroicos, se expresaba en estos términos:

Valeroso era Quesim,
Valeroso á maravilla,
En ardimiento y pujanza
Á nadie un punto cedía.
*Acertó un día á soplar
Cerca de la Caramita
Y en el conturbado Océano
No quedaba pez á vida.*

Caramita es el nombre de la brújula en provenzal, y como aquí se alude á un objeto, cuya alteración por un soplo podía producir graves consecuencias en el mar, descartado el encarecimiento y ponderación verdaderamente andaluces, me doy á entender exento de toda duda que el poeta Safuén hacía alusión á la aguja de marear, que prevenía riesgos sin cuento en los buques ³⁰.

Con tal aparejo y disposición en ciencias y letras, con industria aventajada en cordobanes, cristalería y sedería, con mercaderes que mantenían relaciones de comercio en los extremos límites

del mundo conocido, con marinos que surcaban los mares con brújula y físicos que ensayaban la solución del no resuelto problema de la locomoción aérea ³¹, los Españoles del siglo ix, bajo la dominación de los Árabes, se apercebían á preparar como edad florecientísima de extraordinaria cultura, la centuria señalada en el resto de Europa con el dictado del siglo de tinieblas.

En vano bajo el reinado de sus hermanos Almondir y Abdallah (887-912), excelente poeta el segundo, procuraba el beduino Seuar Ben Handún, fundador del castillo de la Alhambra, establecer el predominio de castiza raza arábica sobre los Sirios é Ibero-romanos; el triunfo de la cultura siriaca y el esplendor de la capital de Al-Andalus eclipsó á la de Bagdad en las brillantes cortes de Abderrahmán III, del segundo Alhacam y del prepotente Almanzor, primer ministro de Hixem II, cuyos nombres cifran, representan y pregonan las mayores glorias de la España árabe. Ni fueron poco á que se extremase en España el mal camino que llevaba el califazgo en Oriente, llegado muy al cabo en la enfermedad de decadencia, que amenazaba destruirlo.

Mermada la autoridad de los califas abbasidas desde la segunda mitad del siglo ix, por los jirones en que partieron gran parte de su imperio la soberanía independiente de los Tulonidas y Ben-Agleb en África y en Sicilia y por los Beni Taher en el Jorasán, disminuía notablemente á los principios del x, en que asentada en el Cairo la dinastía fatimita (915), el mundo muslim aparece dividido entre los hijos de Abbas, los de Omeya y los de Alí. Rota, definitivamente la unidad del mundo agareno, por la ambición de Obeidallah Al-Mahdí, fundador del califato del Mediodía, no era posible que renunciase Abderrahmán III al título de Califa, Miramamolín ó emperador de los fieles, ni menos asentar su imamado ó pontificado en las comarcas africanas, que parecían arrebatadas para siempre al imam bagdadita. Resolvió honrarse con aquel título, y ejerciendo las funciones religiosas anejas á su jerarquía, presenció y oyó personalmente la disputa entre los defensores de los ritos islámicos de Hambal y de Malic, fallando en definitiva como lo verificó, andando el tiempo, D. Alfonso VI entre los partidarios del Breviario romano y del muzárabe, puesta preferencia á favor del malequita, que tenía más crédito en la corte y en el consejo de las personas religiosas, no sin declarar que uno y otro agradaban á Dios; pues, aparte de diferencias de poca entidad, concertaban en todo lo importante ³². Demandaba aquella dignidad imperatoria, mayor esplendor en el solio, notables instituciones de gobierno, de justicia, de administración y de amparo, en una palabra muestras de magnificencia, de cultura superior y de poderío. Á todo acudió

con singular acierto la diligencia de Abderrahmán. Mientras sus delegados reparaban las mezquitas de Tarragona y de Segovia, restituían á su destino con obras de restauración el acueducto de Écija y emprendían otras muy importantes, el califa no descansaba en la tarea de hermosear á Córdoba, que debía competir, según sus deseos, con Bagdad y exceder, si era posible la magnificencia de las ciudades situadas en las márgenes del Nilo. En particular, dió impulso extraordinario á las obras de la mezquita aljama, cuyo minarete substituyó por otro más alto, de forma cuadrangular y de 18 codos cada lado, el cual medía 54 codos de altura hasta el sitio del almuédano y 73 hasta la última granada que le servía de remate. Hallábase coronada su cúpula con dos granadas de oro y una de plata en el medio y encima una azucena de oro, atravesados estos objetos por robusta barra de bronce que terminaba también en una granadita dorada.

Al propio tiempo, amontonaba prodigios de arte y de riqueza en la celebrada Medina Azzahra, ciudad de moradas suntuosas que le servía de recreo en la estación del estío, la cual eclipsó, según descripciones que se conservan, las más preciadas maravillas de las antiguas leyendas árabes. Situada al Norte de Córdoba y á la falda de la sierra ostentaba en la puerta principal el retrato, en escultura, de la favorita, en cuyo honor se había erigido, comprendiendo encantadores palacios, termas, mezquita, aljama y jardines.

Cuando, en siglos posteriores, los granadinos recordaban el lujo con que procedieron los Benu-Alhamar en la obra de los Alixares, repetían algunos pormenores semejantes á los consignados por Ahmed Arrazi sobre las edificaciones de Azzahra. Trabajaban en sus obras, escribe puntualísimo escritor, diez mil obreros con salarios muy subidos, ocupábanse mil y quinientas acémilas, entre ellas muchos camellos, con destino á acarrear los materiales, labrábanse seis mil sillares al día, pagándose regularmente el precio de cada bloque de mármol, á razón de dos escudos de oro (dinares). Presidía constantemente las obras Abdallah Aben-Yunos, peritísimo arquitecto, acompañado de Hacén Aben Muhammad y de Alí Aben Giafar. Á los materiales preciosos que brindaban en abundancia algunas canteras de Andalucía, se agregaron otros naturales ó sacados de otros edificios que se trajeron de África, Francia, Italia y Grecia. Encargóse al mozárabe Árib que adquiriera en Constantinopla sendas tazas para dos preciadas fuentes. Era la de la mayor primorosísima con adorno maravilloso esculpido y dorado; constituían el ornamento de la menor peregrinas figuras humanas. Pusieron debajo de una de ellas para que la sostuviese con mayor encarecimiento de escultura con figuras de animales, entre ellos cier-

vos y leones, por ventura no perdidos todos para la ciencia arqueológica. En los jardines había parques donde mantenía el califa colecciones de animales fieros y departamentos cubiertos de redes, en los cuales el naturalista podía estudiar peregrinas especies de aves.

Cuadraba bien aquella magnificencia al monarca cordobés que elevara el poder de los musulimes en España á su mayor apogeo. Aliado de los reyes de León y de Navarra que acudían á su corte, de Hugo de Provenza el prócer más poderoso de Italia, de Otón de Alemania y de Romano de Constantinopla había logrado concluir la rebelión de los *mulados* de Andalucía y con su escuadra de más de setenta navíos, mantenía á su devoción el Norte de África y ponía en respeto á los fatimitas y abbasidas en el Mediterráneo.

Córdoba, escribe un historiador moderno, con su medio millón de moradores, sus tres mil mezquitas, sus soberbios palacios, sus ciento trece mil casas y sus veintiocho arrabales, no tenía par en las ciudades á excepción de Bagdad, con la cual se complacían sus habitantes en compararla, y su fama llegaba hasta el centro de la Germania, donde la monja sajona Hroswitha la describía con el dictado de «ornamento del mundo» 33. No era, por tanto, aquella preciada grandeza fascinador atavío que encubriese una administración ruinoso ó exhausta de recursos; los historiadores están contestes en señalar á la sazón notable florecimiento así de la agricultura, como de importantes industrias, el comercio alcanzaba tan apetecible desarrollo, que los derechos de entrada y salidas cobrados en las aduanas, constituían la renta más pingüe del Estado, los demás recursos, tales que el suntuoso Abderrahmán III, después de haber empleado cuantiosas sumas en fábricas arquitectónicas, en armada, en frecuentes guerras y en el personal de ejército numerosísimo (acrecido extraordinariamente en su tiempo con mercenarios berberíes y los llamados eslavos), dejó en el tesoro á su sucesor muchos millones de doblas de oro, á lo cual unido con sumo esmero el cuidado de la conservación de los caminos y del empedrado de las poblaciones se debió probablemente la ilustrada organización de la policía en Córdoba, en pormenores que duraron aun después de las innovaciones del ministro amirivita de Hixem II, procediendo de él, según puede entenderse, la división de la ciudad en barrios, que constituían otras tantas ciudades secundarias con adarves que separaban las unas de las otras, y puertas que se cerraban á media noche, así como también la vigilancia nocturna por serenos provistos de faroles, que pendían de uno de los objetos de su equipo, y sendos perros de presa para defenderlos y ayudarlos 34.

Coincidió con el reinado de Abderrahmán III importante rena-

cimiento de la cultura religiosa de los judíos españoles, fenómeno en que influyeron circunstancias varias.

En el primer tercio del siglo x había llegado á su mayor apogeo la escuela de Sora, sede ó silla de los expositores del Talmud en el territorio llamado de Babilonia, ó sea en la Mesopotamia inferior, adonde había confluído durante muchos siglos, y señaladamente desde la época de Hadriano, muchedumbre de gente israelita que, merced á un tributo concertado con los primeros califas, era regida por un príncipe ó patriarca de su ley llamado Exilarca, y disfrutaba en sus negocios interiores de cierta aparente independendencia. Engrandecida la autoridad de aquella acreditada escuela por los talentos del gaón Saadia, penúltimo de sus presidentes, el cual había traducido ó, mejor dicho, expuesto las Sagradas Escrituras en lengua arábiga, no sin granjear dictado de «Padre de la Filosofía» entre los rabinos, decayó á poco arruinada por las malas artes del presidente de la escuela de Pumbedita en el mismo territorio. Llegó la postración al punto de que Josef, sucesor de Saadia, viendo que aquella escuela no podía sostenerse por falta de recursos, se vió forzado á abandonarla, retirándose á Basora, (948 de J. C.) Antes de adoptar tan extrema resolución había acordado enviar á Occidente cuatro de los más distinguidos alumnos de ella, con el encargo de recoger recursos entre las comunidades hebreas ricas, al efecto de continuar las enseñanzas; pero la fortuna, que parecía conspirar contra la escuela de Sora, quiso que cautivados en las costas de Italia, cerca de Bari, por la escuadra andaluza al mando de Aben-Ramahis, tras graves peripecias fuesen vendidos separadamente en Egipto, en el África propia, en Córdoba y en el país cristiano. Redimidos en breve por gente de su ley, fueron otros tantos faros de la ciencia talmúdica en Occidente. Bien es verdad que de los mencionados países ninguno ofrecía á la sazón las condiciones aventajadas de Andalucía, para ser silla de un nuevo gaonato, atenta su situación central entre África y el resto de Europa, su especial cultura, el poderío de sus monarcas, y en particular, la generosa protección dispensada á las ciencias por Abderrahmán III. Ocurrió que la comunidad de Córdoba con su rabino Nathán á la cabeza, reconociendo la superioridad científica del recién venido de Sora, es á saber, de R. Mosé Ben Hanoch, se apresuró á proclamarle presidente y director de la Academia, no sin contentamiento de Abderrahmán, quien aconsejado por su médico y privado Hasdai Ben Xaprut (Saporta), aspiraba con tal motivo á privar al califato oriental de la excelencia del gaonato, fuente de innumerables recursos con que contribuían todas las aljamas israelitas, incluso las españolas, las cuales desde la época

de la monarquía de los Visigodos estimaban como de gran interés el enviar anualmente á Sora una lista de los israelitas muertos, para que los miembros del colegio hiciesen duelo por la muerte de sus bienhechôres y orasen por el descanso de sus almas ³⁵.

Y aunque su fin no se lograra del todo, pues la escuela de Pumbedita continuó todavía algún tiempo, ello es que las disciplinas rabínico-orientales tomaron carta de naturaleza en la Península Ibérica, renovándose la ciencia de las sinagogas y alterándose probablemente hasta los rasgos de la escritura. Si, como puede conjeturarse, procede de entonces la alteración de la cursiva entre los rabinos de España con introducción de algunas letras zendas ó pelvies, usadas por los Hebreos cautivos de Babilonia y de Persia, desde el tiempo de los Aqueménides. Á lo menos España compartía para los Hebreos la importancia religiosa de Babilonia, según conocidos versos de Harizi á Sefarad ó la Península Ibérica, los cuales dicen de esta suerte:

Tiene Israel dos pilares
Do el sol sale y do se pone,
Uno se halla en Babilonia,
Otro á España da renombre ³⁶.

Con todo, es recibido generalmente que Harizi no decía la pura verdad; pues cualquiera que fuese el atractivo conservado para los Hebreos en los lugares, que recuerdan tantas memorias nacionales á orillas del Tigris y en la tierra regada por el Éufrates, es indudable que, en aquellos días, se estableció permanentemente en España el verdadero centro de literatura y de la ciencia escripturaria filosófica y gramatical de los Hebreos, cultivada sin interrupción y con suma fecundidad en la Península Ibérica hasta fines del siglo xv.

Ocurrió así que, unidos en Córdoba en esplendoroso haz de cultura interesantes frutos de las escuelas arábicas, griegas y rabínicas, al ascender al trono Alhacam II, hijo y sucesor del Miramamolín Abderrahmán; durante el reinado de aquel insigne califa, no sólo se libró su corte del estigma de ignorancia, anejo al recuerdo del siglo x en los más de los Estados de Europa, sino que descolló con tan lisonjera y extraordinaria cultura, que pareció eclipsar, en mucha parte, el brillo de las cortes musulmicas de Harón Arraxid y Almemón, y las generosas memorias de Atenas y de Alejandría.

En tiempo de Hacam II, dice un historiador moderno, que no se distingue por sus exageraciones, casi todos sabían leer y escribir en Andalucía, á la sazón que en la Europa cristiana tales conocimientos eran peregrinos hasta en las clases superiores, á

excepción del clero. No pareciendo suficientes á aquel califa ilustrar muchas y buenas escuelas primarias, que había en Córdoba, donde se solía enseñar también la gramática y la retórica, ganoso de difundir la instrucción, aun entre los más necesitados, fundó en dicha capital hasta veintisiete colegios, donde los hijos de los pobres recibiesen enseñanza gratuita. Además de esto, amplió la Universidad ó escuela superior, unida á la mezquita aljama, para que, á la enseñanza del Derecho y de la Teología, ciencias que en el Islam preparaban para el ejercicio de los cargos públicos, se agregase el estudio de las Bellas Letras en extensión muy importante, el de la Historia, el de la Medicina, el de la Astronomía, el de las Matemáticas, el de la Historia literaria y aun el de la Filosofía; estudio que patrocinó el monarca contra las exageraciones de los alfaquíes y de los musulimes devotos. Reunidos en dicho establecimiento los varones más doctos del mundo sarraceno, al par que Abu-Becr Aben-Moavía, el de Coreix, exponía los jadicés ó tradiciones del Profeta, Abu-Alí Cali de Bagdad dictaba una extensa cuanto preciosa colección de comentarios acerca de los antiguos árabes, sus proverbios, su poesía y su lengua. La gramática y la historia, en especial, el período de la conquista de la Península por los Árabes, eran explicadas por Aben-Alcuthia, descendiente de Sara, nieta de Witiza, penúltimo monarca visigodo, el cual en concepto del mencionado califa era el más docto de cuantos gramáticos había en España.

Bajo el reinado de tan esclarecido príncipe florecieron en la Medicina Aben-Golgol, insigne botánico y autor de una historia de los médicos y filósofos que llegaba hasta su tiempo, y Abul-Casis el ilustre cirujano de Medina-Azahra, llamado Azzahrauí, cuyas obras trasladadas al latín han servido de guía durante muchos siglos en las escuelas europeas; en la Botánica y Jardinería distinguéronse el mencionado Aben-Golgol y Aben Basal: en Historia, Axxoxáni, Arib Ben Sad y Abul-Gualid Junes; en Geografía, escritores como Aben Yusuf Alguarrac y Motarif Ben Isa Algasani; en Poesía, en fin, vates tan conocidos en el mundo musulmán como Abo-l-Hani el Motenabi de Andalucía, Ahmed Ben Farag Al-Giheni, autor de la Antología intitulada *Los Huertos*, Aben-Abderrabbihi, Abdolmelic Ben Said, Muhammed Ben Yahia Calafat, Aben-Mogis, Giafar Ben Ozmín el Moshafi, camarlengo de Alhacam II, y otros innumerables.

Ya antes de la llegada del maestro de Sora había logrado la protección de Hasdai el sabio tortosino Menahem Ben Saruc, autor de un diccionario de la lengua hebrea intitulado *Madberet*, obra verdaderamente magistral de Lexicografía, precedida de

doctrinas y reglas gramaticales. Aquel libro, fruto de mucha erudición y trabajo, enriquecida con acotaciones de versículos de la Biblia, estudio de formas temáticas é investigación de raíces, se deslució no poco, en concepto de los entendidos, por su exagerada pretensión de ofrecerlas monosilábicas. Suplió, al par que corrigió, la imperfección de estos trabajos su émulo y enemigo el bagdadita Dunax Ben Labrat, que vino de Fez á Córdoba por llamamiento de Hasdai, verdadero genio en el conocimiento y aplicación de los elementos prosódicos de la lengua santa, quien con sus prácticas y preceptos fijó la forma y medida de los versos en la nueva poesía hebrea. Con tal motivo, si puede tildarse de acerba la crítica á que sometió el diccionario de Menachem en su escrito llamado *Terubat* (Respuestas ó pareceres), ha de graduarse de rectificación utilísima, que tenía su precedente en otro escrito de igual índole, en que había ejercido la censura sobre los estudios gramaticales del gaón pombeditano Saadia. Con ésto, creció tanto en el mundo y entre los dispersos de Israel la reputación de la ciencia cordobesa que pocos años después R. Hai, penúltimo gaón de Pombedita, imitaba la forma recibida de metrificacón hebrea hispana, y la aplicaba desde luego á los usos litúrgicos. Del hecho notorio de la extraordinaria privanza conseguida por el judío Hasdai Ben Saprut con los dos primeros califas de la España árabe, sin necesidad de encarecimiento se explica que la lograsen de la misma ó semejante manera algunos y aun bastantes cristianos, ora atraídos á la corte de dichos califas por el deseo de saber, ora llamados á ella por merecimientos científicos ó con el atractivo de grandes galardones, ora, en fin, miembros de ilustres familias muzárabes, abituados á la continua á los tratos y relaciones cortesanas. Tengo para mí que pertenecía á este número el célebre escritor Abu-Suleimán Rabî Ben-Çeid ó Ben Yahia, el cual se honró, como Hasdai con el título de *catiô* ó secretario de Estado. Aunque nacido probablemente en España, había estudiado durante su juventud en Oriente bajo la dirección del insigne filósofo y matemático Alkendi, (900-961), según advierte en una de sus obras. Luego granjeó el favor de Abderrahmán III y de su docto hijo, á quien dedicó parte de sus obras, sirviendo al primero además como embajador en la corte del emperador Otón de Alemania, para lo cual á petición suya le dió el califa la investidura de obispo de Elvira, al objeto de que le sirviese de defensa y reparo en el negocio de la respuesta al reto contenido en el mensaje entregado por San Juan de Gorze. Rabî, á quien los biógrafos de San Juan de Gorze dan el nombre de Recesmundo, encargado posteriormente de traer de Jerusalén y de Constanti-

nopla materiales de ornamentación para Medina Azzahra, escribió obras insignes de medicina que le valieron los elogios de Aben-Ossaibiya, un calendario dedicado á Alhacam II, y un libro de astronomía que disfrutó D. Alfonso el Sabio, siendo tan docto en el estudio de las matemáticas que al propio tiempo que Hasdai verificaba, con el auxilio de Aben-Golgol y del monje bizantino Nicolás, una nueva traslación de Dioscórides en lengua arábiga purificada de los errores que se habían deslizado en la traducción bagdadita, hallaba tiempo, después de su elevación al obispado de Elvira, para cumplir el encargo que le diera en Oriente el mismo Alkendí tocante á trasladar de nuevo la *Isagoge aritmetica* de Nicolao de Gerasa, no sólo exenta de las equivocaciones con que afeó su texto el traductor nestoriano Habib Ben Bariz, sino enriquecida y adicionada con aplicaciones oídas en la cátedra del mismo Alkindí, según puntualiza en la dedicatoria á uno de sus discípulos, que las escuchó con él de los labios de aquel reputado maestro 37.

De los cristianos que acudían á Córdoba por afición á las letras y ciencias ó atraídos por otros galardones, sería prolijo el señalar la muchedumbre, en que se distinguan principalmente escritores, guerreros y mercaderes, dado que ninguno consiguiera entre los sarracenos crédito tan aventajado como el insigne Gotmuro II, obispo de Gerona, eminente historiador arábigo que habiendo dedicado su *Crónica de los Reyes francos* al mencionado califa Alhacam, adquiriría en breve tanta reputación y nombradía que á los tres años de haberla escrito en Córdoba era vulgar en el Cairo, donde la disfrutó y extractó el polígrafo Massudí 38.

Ni decayó por ventura aquella grandeza durante la minoridad y reinado de Hixem II bajo el gobierno del hagib Almanzor, quien émulo de la gloria que habían granjeado con su cultura los califas anteriores, levantó en los alrededores de Córdoba la ciudad de Zá-hira «la floreciente» que compitiera con *Zahra* ó «la flor» fábrica del grande Abderrahmán, y dispensó protección generosísima á los cultivadores de las ciencias. En su tiempo brilló, con reputación esclarecida, Moslema Almagerití ó el Madrileño, autor enciclopédico, cuyas obras señalan el alto punto alcanzado en filología, matemáticas, astronomía y música por los sabios de España. Dióse á conocer al principio, trasladando del persa al arábigo importantes obras de historia. Luego se le debieron correcciones sobre la traducción de la sintaxis magna de Ptolomeo, llamada en griego Μεγιστή, *Almagesto* de los Árabes. Escribió, además, una obra de Química, un libro sobre el empleo del astrolabio, la explicación de las tablas de Aljuárezmí, las de Albateni y un tratado sobre la



utilidad y aplicaciones de los números, mereciendo ser objeto de especial recordación en los fastos de la historia literaria por haber traído á nuestra península los cincuenta tratados de la Academia ó Sociedad Científico-filosófica intitulada de los «Hermanos de la Pureza», que conserva en su totalidad la Biblioteca imperial de Viena y guardan por ventura, en alguna parte, la preciadísima Escorialense y la selecta poseída por la Real Academia de la Historia.

Fué la época de Almanzor señalada por grande florecimiento artístico é industrial, en que los orfebres labraban obras tan preciadas como los palacios de plata ofrecidos á Sobeha, madre de Hixem II, los tejedores y bordadores tiraces como los conservados en el Museo de la Real Academia de la Historia y los artífices en diversas materias las arquetas de maravillosa labor, conservadas hasta nuestros días. Abundaban en todas las poblaciones de algún nombre *mechleses* poéticos ó tertulias literarias, dado que en ninguna parte brillaron como en Córdoba, donde se constituyó bajo los auspicios del prepotente ministro una corte poética con los innumerables vates, que los historiadores llaman poetas de la corte amirita.

Ni la arquitectura peregrinamente estimada por todos los soberanos Omeyas dejó de continuar su florecimiento, durante el gobierno del poderoso válido. Aquel improvisado prócer, que llegó á ufanarse con el título de Rey (*Malic*), añadió varias capillas á la aljama cordobesa, labró en la de Fez una cúpula que descansaba sobre columnas, fortificó la montaña de Almina en Ceuta, restauró los muros de Maqueda y terminó la fábrica de tres mezquitas principales en España, una en Lérida y dos en la última capital de la monarquía visigoda.

Á vuelta de estos esplendores, es innegable que el califazgo y su prestigio se habían quebrantado mucho, desde el advenimiento de Hixem, y no era el medio más seguro de sostener en adelante aquella monarquía arábica pontifical, el ponerla al seguro de mercenarios cristianos ó de berberíes, como quiera que no puede desconocerse que sólo, merced á Almanzor, pudo lograr el mas débil de los califas que su nombre fuese aclamado y sus derechos reconocidos, desde el Golfo de la Coruña á la frontera meridional de Marruecos.

III

Pero si fué inevitable la decadencia del poderoso califato cordobés, á la muerte del debelador de Compóstela, extinguido aquél,

en lo político, veintinueve años después, en 1031, no desaparecieron, por tanto, los gérmenes de cultura, que fructificaban en la Península, desde la venida de los Sirios. Las repúblicas de Córdoba y Sevilla como igualmente las monarquías menores, que se formaron en las antiguas coras ó departamentos provinciales del grande Imperio occidental de los musulmes, ó sobre la base modesta de feudos y señoríos (estados que por su reducida extensión y manera de nacimiento traían á la memoria de los eruditos orientales, no sin cierta exageración presuntuosa, los reinos de provincia que sucedieron al vasto imperio macedónico y fueron designados, como aquéllos en la historiografía sarracena, con el nombre de reinos de taifas,) constituían, en breve, sus capitales en otros tantos focos de ilustración, fenómeno histórico, no exento de parecido con el mostrado en semejante linaje de competencia, por importantes repúblicas italianas de los siglos xiv y xv.

Ofrecíanles perpetuo dechado las glorias granjeadas por la dinastía Omeya, cuya magnificencia, poderío y sabiduría quedaba en la memoria de los alarbes de época posterior, como las obras y monumentos del Imperio romano, en el recuerdo de los pueblos latinos.

Bien es verdad que, hasta en los últimos días del califato, la poesía y el arte, brillante estela que suelen dejar tras sí durante algún tiempo las grandes civilizaciones, lograron representación honrosísima en el caballeroso califa Abderrahmán V y en su ministro Aben-Hazm. No era en rigor suceso peregrino en España que un príncipe muslim escribiese versos; casi todos los monarcas Omeyas los habían compuesto con primor y algunos con inspiración muy preciada, dado que ninguno rayara tan alto en la poesía como aquel monarca cordobés, testificándolo muy especialmente la colección de cantos en que celebra sus amores con su prima Habiba, amores malogrados por desabrimientos de familia, que no alcanzaron á extinguir, ni á amortiguar los esplendores del trono. Grande debió ser la admiración conseguida entre los vates de los reinos de taifas, por los ritmos del enamorado monarca; puesto que no parezca comparable con la que, á mi entender, demandaban el sentimiento verdaderamente moderno, la intensidad y pureza de la afición amorosa, significados por Aben-Hazm en el «libro de sus amores;» obra destinada á perpetuar la pasión del insigne literato y discreto ministro por la beldad de una dama muslim, á quien consagró su corazón, durante más de treinta años, sin haber podido conversar con ella ni un momento, hasta que los estragos de la ancianidad habían concluído con la gentileza y hermosura de la mujer amada. Lo que no puede ponerse en tela de juicio es la

maravillosa congruencia, con que concierta la novela sentimental de la Europa latina con este ejemplar sarraceno, por más que sea necesario llegar á Dante, á Petrarca y á Ausias March, para entrever este ingenioso idealismo tan propio de nuestro espíritu nacional, según había de representarlo un día, con pincel inmortal y fidelísimo, la mano maestra de Cervantes.

Tocábase á la sazón el resultado de la fecunda semilla de cultura griega y oriental, que venían informando durante siglos la civilización sarracena, donde ya en los tiempos ante-islámicos aparecen las leyendas caballerescas de los mártires del amor y el tipo del cumplido poeta y caballero en la personalidad romancesca de Antar. Aparte de esto, con el discurso de algunos siglos, se habían borrado no poco las diferencias entre vencedores y vencidos, en lo tocante á las tradiciones y raza; con lo cual, reunidos en mucha parte del suelo español los elementos de la antigua cultura nacional ibero-latina y visigoda con el sirio-árabe, era natural que riñesen batallas contra la barbarie vulgar, en términos que ésta se rindiese, en muchas ocasiones y en disciplinas particulares, á la superioridad de su enseñanza. Tal se mostró en las repúblicas y reinos de que queda hecha mención, donde la historia se modifica considerablemente en su manera de escribirse y de infiel testigo de los tiempos, como lo hubo de ser por necesidad bajo el cálamo de los Temam, de los Arib, de los Razí y de los Aben-Alcuthia, perpetuos panegiristas del califato, merced á más independiente intervención de la raza española, señalada en los escritos de los Aben-Hayán, de Aben-Besam y de importantes autores de Diccionarios biográficos, ahora los de grandes pretensiones literarias, como los de Alhomaidi, Aben-Jacan y Ben Addabi, ahora los más modestos, que se referían á la escuela Ar-Razí, Ax-xoxani y Aben-Abdilbar en el califato, entre los cuales se cuentan Alfaradi, Aben-Baxcual y el continuador de estos dos Aben-Alabar, insigne escritor en verso y prosa.

Desconocemos hasta qué punto influiría la nueva escuela en Almudafar Aben-Alaftas, monarca de Badajoz, quien se consoló de las derrotas que le causaran los guerreros castellanos y leoneses acaudillados por los generales de D. Fernando I, y de D. Alfonso VI, escribiendo la historia política y literaria de su edad en cuarenta tomos; como quiera que sea fácil seguir los progresos de aquel modo de escribir, enriquecidos con datos arqueológicos de precio y puntuales descripciones de costumbres en las obras del elegantísimo Aben-Jacán, en el Moshif del historiador que inmortalizó á Guadalajara y en el *Mogrib*, escrito por los Señores de Alcalá la Real, apellidados de Aben-Zaide.

Al par con tan señalado progreso de las ciencias históricas, lograba peregrino desarrollo el cultivo del cuento y de la novela, de la retórica y de la lexicografía y, en particular, de la poesía, generalizándose de un modo extraordinario una manera de anacreónticas de doble rima, llamadas *Muaxajas*, y los *Ceja'es*.

Habían sido inventadas las primeras para lucir su habilidad los ingenios en los *mechleses* ó tertulias literarias del califato, animando con su lectura los salones de Zahra y de Medina-Záhira; su objeto predilecto era celebrar el amor, el vino y los placeres, y á vueltas de esto la gallardía incomparable de una hermosa, ó de una flor, la generosidad del príncipe, la noche pasada disfrutando el agradable fruto de la vid en la hospedería de una iglesia cristiana; asuntos expuestos con tal plenitud y desenfado, que arrojan curiosas pinceladas sobre las costumbres y los acontecimientos de la época.

No me atrevo á asegurar, si fueron debidos á improvisación verdadera, ó á persistente recuerdo de la impresión producida por alguna tapada de las que se dejaban ver en Córdoba por plazas, cementerios y mezquitas, en ocasiones solemnes, los versos que Çaid, poeta cortesano de Almanzor, dijo en el *mechlès* del ilustre prócer, al presentarle una rosa entreabierta; puesto que aunados la concisión y lo delicado del símil no se perciben del todo mal en castellano, aun á través de desaliñada traducción, que propongo.

El capullo de la flor,
De su fragancia resguardo,
Parece rostro de hermosa
Que se reboza en su manto ³⁹.

Ni creo engañarme, de todo punto, al imaginar que más de un español recordará sin esfuerzo el sabor de algunos cantares populares de nuestra Andalucía, en el dirigido al mismo caudillo que comenzaba de esta suerte:

Yo cuidé un árbol hermoso
A ver si me daba sombra, etc. ⁴⁰.

Ó en este otro encaminado á celebrar la capital del califato:

Á Córdoba me acogí,
Vivo en Córdoba, á Dios gracias,
Do tiene asiento la ciencia,
Junto al trono del monarca ⁴¹.

El sentimiento ibérico y español, unido á las delicadezas de la cultura oriental, se ostenta muy particularmente en las cortes poéticas de Almotaguaquil de Badajoz, que tuvo por ministro al célebre Aben-Abdún, autor de la casida histórica, que corre con

su nombre, de Yahia, Aben-Dzinun, apellidado Almamón ó Almemón de Toledo, émulo de su homónimo de Oriente y patrono muy calificado de las ciencias, al cual dedicó el astrónomo Azzarcall, el astrolabio y las Tablas, que llevaron el nombre del príncipe, en las de los monarcas zaragozanos Ahmedes I y II, que erigieron en su corte el palacio llamado de los *Goces* y la *Estancia dorada*, y, muy especialmente, en la de Yusuf, antepenúltimo de la dinastía, autor de un tratado de matemáticas y protector del filósofo Aben-Pace, en fin, en las de Valencia, Almería y Granada; como quiera que aventajase á todas en aquella generosa competencia la de Mutemid ben Abbad ó Abbed de Sevilla, príncipe formado grandemente en las memorias de la corte de Abderrahmán V, esposo de la legendaria poetisa Romaquia y padre de Botseina, insigne versificadora, varón igualmente ilustre como poeta y como patrono de los cultivadores de la poesía, entre los cuales protegió singularmente á Aben-Ammar, su justicia ó alguacil mayor, quien ciñó bajo sus auspicios la corona del reino de Murcia.

Alternaban con frecuencia en estas cortes cantos de guerra como los del granadino Aben-Isaac con poemas didácticos, y las mencionadas *Muaxajas* y *Cejales*, y cual característica propia de una época en que se sucedían las desgracias y las calamidades para los sectarios del Islam, las sentidas composiciones, en que se describían la grandeza y hermosura de las ciudades de España, deplorando, á la continua, su decadencia y las batallas, que mermaban sucesivamente el poder de los musulimes.

A un viajero del siglo xi pertenecen estos versos en honor de la sultana del Turia.

Valencia es doncella hermosa
 Con traje de seda verde,
 Que vela agraciado rostro
 Con la manga de caireles.
 Todo es gala en el vestido,
 Bajo cuyos anchos pliegues
 La imaginación vislumbra
 Edén de dulces placeres

Y á otro los que siguen:

No ocurre á mi memoria,
 Tu recuerdo, hermosísima Valencia,
 Sin que el labio pregone
 Que no tienes igual en gentileza;
 Pues Dios puso por orla de tu manto
 La grandeza del mar y de tu vega ⁴².

Aunque no era, por cierto, andaluz, sino africano muy amante de España el jeque Abul-Fadl Ben Xarif de Carmona, que celebró la

grandeza del palacio toledano de los Beni Dzinun, no parecerá impertinente que ponga aquí la traslación de sus versos.

Hasta el cenit te elevas en altura,
En ti se gusta néctar que no embriaga,
Radiante de hermosura
Pareces adornado
Con traje de la aurora en claro día 43.

Después de ocho siglos paréceme que ha podido repetirse en días no lejanos, cual muestra de conclusión burlona, este decir de un poeta andaluz acerca de Berja, en la provincia de Almería:

El lino cubre los campos
De alfombra de hermosas flores,
Espárcese en ancha vega
Agua caudal en las hoces.
Doquiera brinda el Edén,
Con apetecibles dones,
Si no se mira al camino,
Tormento de bestias y hombres 44.

Ni ha menguado en sus encantos la sultana del Betis, de la cual decía un poeta de la corte de Mutamid Ben Abbad ó Abbadita:

Sevilla es doncella noble
Que tiene por novio á Abbad,
El Ajaraf por corona
Y su río por collar 45.

Sería proceder en infinito el dar cabida en este estudio á las bellezas, que esmaltan las preciosas composiciones de este género que registran las antologías, y sobre imposible ocioso, después de recogidas en valioso ramillete, y trasladadas en castellano con acierto incomparable por uno de los individuos de esta docta Academia: séame lícito, con todo, el señalar aquí otras pocas, donde campea el colorido del genio meridional con algún encarecimiento.

Tengo para mí, que á nadie ocurrirá duda de que fué ingenio andaluz y sí árabe, más ponderativo de lo que otorga Mr. Dozy á los del Neged ó Arabia desierta, el que escribió este ritmo en elogio de la campiña granadina.

Jáctase altivo Egipto por el río Nil;
Vale más que mil Nilos el Genil.

Ó el que enaltecendo la hermosura de la ciudad de Habus Ben Badis, dijo:

Ni en Egipto, ni en Siria, ni en Irac,
Hay ciudad tan gentil como Granada;
Si hubiera de pedirse en desposorio,
Poco son las demás para dotarla 46.

Como quiera que me parezca más puesto en razón, por los loo-

res, que puede merecer de un árabe la frescura del clima, este otro elogio:

Allá en la vega y sierra de Granada,
Puso el Señor del cielo
Lugares, donde el triste halla posada,
Y el alma acingojada
Grato solaz y plácido consuelo.

Pensó, al salir de ella,
Mi amigo, al contemplar el campo abierto
De blanca nieve bella
En estío cubierto,
Que era la imagen del celeste puerto 47.

He hablado de Granada, la ciudad ó «villa de los judíos» según la apellida el moro Rasis (Ar-Razí), lo cual me conduce como de la mano á exponer la importancia que lograba desde el siglo onceneno, como centro principal de la cultura hebrea, la población llamada por los Hebreos Rimmón, donde reciben nuevo impulso las letras arábicas y rabínicas, merced, en mucha parte, á los sabios hebreos que recogen los tesoros de ciencia, legados por el califato; acaudalándolos copiosamente, sin cesar ni un instante en tal depósito y cultivó hasta la época de su destierro en 1492. Poníase al frente de este movimiento engendrador del rabbanismo ó primera edad rabínica propiamente dicha, es á saber del período que sucede al llamado peculiarmente de los gaones, un sabio de prendas de inteligencia poco comunes, el poderoso y distinguido *catib* de los reyes de Granada, Samuel Aben-Nagrela. Oriundo, según parece, de Mérida y establecido con su familia en Córdoba durante los últimos tiempos del califato, emigró de la corte de los Benu-Omeya ante el saqueo de los Berberíes auxiliares de Suleimán, de donde, al decir de sus biógrafos, pasó á Málaga. Ampliando éstos el testimonio de la crónica de Abraham Ben Dior que acredita haber sido versado en el conocimiento de siete idiomas, señalan que poseía con perfección envidiable el hebreo, el caldeo, el árabe, el castellano, el latín, el provenzal y el berberisco ⁴⁸, y que tenía además primorosísimo carácter de letra para la arábica, calidad sobremanera estimada entre los musulimes. Sirvióle á maravilla dicho particular á conseguir la privanza con Aben-Alarif, gobernador de Málaga, por el sultán berberisco de Granada, que lo era á la sazón Badis, y haciéndose lugar con este monarca á la muerte de Aben-Alarif, á quien sucedió en el cargo de *catib*, desempeñado por Samuel en sus últimos tiempos. Fautor después de Badis heredero inmediato de Habus contra su hermano Boloquín, creció su autoridad de día en día, al punto de que obtuviese entre los suyos el título de Naguid ó príncipe de los judíos, dictado que entre los rabbanistas ó doc-

tos de aquella edad, que aportaban al estudio del Talmud el conocimiento de la filosofía, de la literatura y de las disciplinas gramaticales equivalía al de *Gaón* en lo antiguo.

Ocurrieron, á poco, grandes vicisitudes en Granada que debilitaron la importancia de la escuela hebrea creada en su recinto, forzando á sus principales maestros á buscar un asilo en otras comarcas de la Península Ibérica. Sucedió á Samuel Aben Nagrela su hijo Josef, quien, á pesar de ser extremado en la templanza de carácter, no pudo evitar la persecución iniciada contra los judíos por Árabes envidiosos, en grave y tumultuosa asonada, que le causó la muerte. Muchos de los perseguidos fueron á acogerse á las cortes de los régulos musulimes, émulos de los monarcas granadinos: otros prefirieron establecerse en los estados cristianos. La influencia ejercida por ellos en las comunidades hebreas de las comarcas, adonde se acogían, produjo la segunda época rabanita de los hebreos españoles, período florecentísimo, cuyas lumbreras fueron tres rabinos ilustres designados con el nombre de Isaac, son á saber: Aben-Albalia, condecorado con el título de Nasí en la corte de Mutamid de Sevilla y Rab de Lucena, Abén Giat y Alfassí.

En tanto, se acreditaba en Zaragoza el ingenio de Aben-Gicati-lla comentador de teorías gramaticales, al par que en Barcelona merecían consideración de doctos Ben Rubén el Bargeloni, poeta y talmudista, y Aben Saccai de iguales aficiones, quien andando el tiempo había de ser aclamado, en tierra de Babilonia, Gaón de Pumbedita.

Trascendía á los monarcas cristianos el ejemplo de los reyes musulimes, en lo tocante á honrar con cargos de ministros, secretarios, embajadores y otros de confianza, á israelitas distinguidos, según se vió en la corte de D. Alfonso VI, quien hubo por consejero á Josef Ben Alfarug de Cabra, perseguidor de los Caraitas, y por embajadores á Aben Salbib y á Salomón Aben-Farusal, muerto en la batalla de Uclés, sobrino de Cidello, médico y favorito del monarca.

No hay para qué advertir cuánto influirían aquellos hombres insignes, que figuraban en primera línea, como cultivadores de las letras arábicas y hebreas, en la difusión de la cultura oriental en España.

Hacia este tiempo las importantes reliquias de la biblioteca de Hacam II, saqueada en las guerras civiles de los últimos tiempos del califato, y casi destruída totalmente en las contiendas entre Aben-Abbedes y Aben-Hudes, ponían en circulación obras tenidas por raras en Andalucía. Difundiéronse, entonces, hasta en el Norte y centro de España, al par con las fábulas de Locman de

origen yemenita, los apólogos indios de Calila y Digna ó fábulas de Bidpai, y el Sendebad de procedencia asimismo indiana, copioso contingente de obras filosóficas, matemáticas, médicas, históricas, cosmográficas y geográficas, donde no es raro encontrar á la manera con que se ofrecen en la renombrada de «Los Caminos y los reinos» debida á Obaid Al-Becrí, señor de Huelva y de Salces, ora leyendas tan peregrinas y sabrosas como las populares de «La Hija del rey de Cádiz;» de «La ciudad de Latón», de «El Gigante de Loja», «El falso Anacoreta», ó de «La historia de José», según el Xah-nameh de Ferdusi, ora la romancesca de «La reina Doluca», é interesantes cuentos y descripciones de la India, no sin contribuir al estudio y gobierno de las excelencias de la prosa árabe á la sazón en que el médico español Abul-Muyyad Muhammad Ben El-Moggellis Aben-Essaig, el Antarí, componía ó daba la forma actual en Damasco al libro de caballería, *el Antar*, y Hariri la encantadora novela de crítica literaria y de costumbres, intitulada *Macamas*, esto es, paradas, aventuras ó jornadas de recreo (1055-1123), que elevaba á su última perfección de maestría el empleo de la lengua arábica.

En el territorio de Castilla, mostróse descolladamente el fruto de generosa cultura literaria, durante el primer tercio del siglo XII merced á los escritos de dos ingenios israelitas muy preciados, unidos entre sí por amistad estrechísima; ambos poetas fecundísimos en lengua hebrea y ambos escritores elegantes é insignes en arábigo: Moisés Aben-Ezra y Yehuda Ha-Leví. Desgraciado aquél en su pasión amorosa con una sobrina suya, renovó en sus versos hebreos los acentos de la musa de Abderrahmán V, hasta que errante y alejado de sus parientes, aceptó en tierra castellana la protección con que le brindaba el prócer israelita Salomón Aben-Crispín, cuya torre parece recordada en el *Fuero* madrileño. Abastado en las doctrinas literarias de los antiguos, según las traducciones árabes, y conocedor como pocos de las letras arabigas, hebreas y cristianas, escribió un tratado de poética, de sabor estético, muy cumplido, con ejemplos propios de su erudición casi cosmopolita, ofreciéndonos además el testimonio precioso del cultivo, que alcanzaba la literatura vulgar neo-latina en España. Al castellano Abolhacén Yehuda Ha-Leví, ha tributado cumplido elogio, la crítica de nuestros días, estimándolo cual uno de los poetas más inspirados entre los de un país, donde la inspiración poética ha sido abundante, y una de las figuras literarias más importantes que ha producido la Edad Media.

La dulzura de sus versos, en que no es raro advertir, como terminación y corona de composiciones hebreas, ritmos de palabras

y frase antigua castellana (que pudieran quizá acreditarle como el vate castellano más antiguo que se conoce), mueve á pensar en la deleitable melodía de los versos de Fray Luis de León, y ha inspirado modernamente sentido elogio á la musa de Heine en composición, cuyo principio dice de esta suerte:

Puro y sincero fué su dulce canto
Eco de la pureza de su alma 49.

Fué además de esto, aquel celebrado poeta elegante escritor árabe, insigne talmudista y médico reputadísimo, y aunque aficionado á frecuentar todas las aljamas de España, residió principalmente en Lucena y en Toledo, donde ejercía su profesión en 1130. Para muchos fuera sobrado título á su celebridad el que granjeó entre los suyos de filósofo en la ciencia de las religiones, merced á un linaje de novela de asunto polémico religioso intitulada libro del Juzari ó Cozari, en la cual, respondiendo á la pregunta de algunos discípulos, que le interrogaban sobre el fundamento de su adhesión á las doctrinas rabínicas, combatidas por muchos filósofos, por los cristianos, por los musulmes y hasta por los judíos carraítas, responde con un diálogo en que se introduce la historia de Bulén, rey de los Huzares ó Hazares, es, á saber, el Huzari, quien disgustado de la idolatría escucha de un sacerdote cristiano, de un muslim y de un judío talmudista la defensa de sus respectivas religiones, y se deja persuadir por el último, exponiendo Yehuda Ha-Leví que dicho triunfo es logrado por intervención de la razón y merced á la filosofía; pues á su juicio la buena filosofía, y en particular la de Aristóteles es siempre conforme con los versículos del Antiguo Testamento, entendidos y explicados según su interpretación genuina. Cuadraba á maravilla aquella peregrina conclusión al sentido de una época, en que la cultura arábigo-española, de que formaba en cierto modo parte la de los rabinos en la Península Ibérica, tomaba el carácter de apetecible madurez y reflexión, como que alentados al principio los estudios filosóficos por los almohades, vindicadores de la obra de Algazalí, quemada públicamente por los fanáticos alfaquíes de Córdoba, adquirían notable desarrollo, llegando al punto de que les fué posible influir de una manera directa en la cultura de los cristianos europeos.

Antes de que escribiera su libro Ha-Leví eran ya conocidos dentro y fuera de España los escritos del zaragozano Abén-Pace, es, á saber, Muhammad Aben-Azzaig ó Aben-Bache (m. en 1138), perteneciente quizá á la misma familia que el legendario compilador del Antar. Habíase formado dicho filósofo en la lectura de las obras de Alfarabi, autor de una revista de las ciencias, de un tra-

tado sobre las tendencias de la filosofía en Platón y en Aristóteles y cultivador enciclopédico de los conocimientos humanos, entre los cuales otorgaba especialísima consideración á la música. Residiendo en Sevilla, donde hubo de conocerle Aben-Jacán, escribió, hacia 1118, varios libros de lógica y, en fin, el tratado político que intituló *Régimen del Solitario*, con el propósito de mostrar que una sociedad de *Solitarios*, esto es, de hombres dotados de conciencia filosófica ilustrada, como aquel, de que muestra ejemplo, y de condición tan aventajada en lo moral y en lo físico, no había menester jurisconsultos, ni médicos; consagrada su aspiración á procurar en definitiva la conjunción del entendimiento humano con el intelecto universal: empresa para cuyo logro no bastan sin embargo, á su entender, fuerzas humanas; pues demanda, según él mismo advierte, en su celebrada «Carta de adioses», una intervención sobrenatural que les asista.

Ya que no discípulo de Aben-Pace, fué su admirador é imitóle en obra de índole semejante el guadixeño Aben-Tofail (1116-1185), autor de la novela filosófica Hayi Ben Yacdán, «el vivo hijo del Providente», cuyo héroe, nacido sin padres en una isla desierta hacia el Ecuador, se eleva por propio discurso al conocimiento del Sér Supremo y de las condiciones de la naturaleza humana.

Siguió á Aben-Tofail en el orden cronológico, no sin mostrarse en sus obras el genio filosófico más profundo que haya producido España durante la Edad Média, el afamado Averroes, el Aristóteles árabe ó el amplificador de Aristóteles, uno de los escritores de más generalizada reputación en España y en Europa. Natural de Córdoba, donde había visto la luz en 1126 y perteneciente á una familia de letrados, ocupó su larga vida hasta que murió en 1198, en labor fecundísima para la ciencia. Cultivó la astronomía, la teología, la medicina, la jurisprudencia, la filosofía y las ciencias naturales, ofreciendo un monumento de su laboriosidad en su grande comentario á las obras de Aristóteles, tarea principal de su ingenio, comenzada por recomendación de Aben-Tofail para satisfacer los deseos de Yusuf Abo-Yacub, el Miramamolín almohade. En ella hizo gala el filósofo andaluz de su saber enciclopédico y de su erudición portentosa, aplicando la doctrina del Estagirita enriquecida con muchas ideas y miras originales. Tal ocurre con su comentario medio y grande de la Poética, donde en lugar de ceñirse á la cita y comparación de la poesía helénica, según el texto de Aristóteles se acumulan anotaciones de Antar, de Amru-l-Kais, de Nábiga, de Motenabí y del Kitab-al-Agani, en una palabra, de los grandes maestros anteislámicos, de reputación digna de memoria.

Entre sus otros libros, ora compuestos para allanar el estudio de antiguos autores, como el comentario sobre el tratado *del intelecto* de Alejandro de Afrodisias y el extracto ó compendio de Ptolomeo, ora verdaderamente originales como los *Prolegómenos de la Filosofía*, los tratados *de la locura*, *del intelecto* y *de lo inteligible* y las cuestiones *sobre el cielo* y *sobre el mundo*, descuella gallardamente por la energía del raciocinio, la originalísima que tiene por título *Tehafot ettehafot* (destrucción de las destrucciones), obra que le atrajo graves censuras de los teólogos musulimes, por extremar la defensa de la Filosofía contra los Motecalim, pseudo-filósofos sarracenos, ceñidos á la interpretación de la revelación alcoránica, y en particular, contra Algazali, que en su famoso escrito intitulado *Tehafot* ó «Destrucción de los filósofos» había procurado demostrar la ineficacia de la razón y sus extravíos.

Á tan granados frutos de su entendimiento como á los coetáneos del Aristóteles II español, el gran Maimónides, respondió la intolerancia musulmana con la persecución de tan insignes sabios y con el destierro de sus familias.

Mas, dejada aparte esta contrariedad, repetida después muy á la continua aun entre pueblos de la Edad moderna, que se estiman por grandemente cultos, ello es que literatos árabes y hebreos ganaron de día en día mayor valimiento en los estados cristianos de la Península, adonde se acogían los expulsos por los almohades (1142-1146), no sólo entre el alto clero de Castilla, el cual convirtió en protección resuelta la desafición anterior, puesta la mira en aprender la genuina doctrina de los infieles (ya para oponer al veneno triaca, ya para aprovechar como recomendó San Basilio tocante á la ciencia de los paganos, las flores de ilustración encubiertas en matorrales de punzantes espinas), sino ante la corte del emperador Alfonso VII, quien otorgaba á R. Meir, hijo y sucesor de Josef Aben-Migax, Rab de Lucena, el abrir una escuela talmúdica y encomendaba la defensa de Calatrava en 1146 á Yehuda Aben-Ezra, sobrino del insigne Moisés, no sin remunerar sus servicios, concediéndole por ellos el título de *nasi* ó príncipe de las aljamas de su imperio y elevándolo en 1149 al cargo de mayordomo de su casa. Cuán favorable fuera esta política á los intereses de la restauración, cifrados en debilitar y desunir á los musulimes, testificalo entre otros sucesos lo ocurrido en Granada, durante la minoridad de D. Alfonso VIII, en que judíos conversos al Islam, unidos con otros que habían tornado allí, después del primer momento de la persecución, apoyados por los musulimes de genuina raza árabe, enemigos de los Africanos, fraguaron poderosa conspiración para arrojar á los almohades, favorecida por Aben-Merdenix, genera-

Ísimo de las fuerzas cristianas, las cuales, engrosadas por las de su aliado Aben-Homosc, se presentaron en la vega al tiempo que Safr Aben-Ruiz Aben-Dahri, caudillo de los Hebreos, salía á entregarle la ciudad, á riesgo de incurrir en la venganza de los almohades, que efectivamente persiguieron después de reconquistada la plaza á todos los judíos⁵⁰, con cuya emigración se acrecieron no poco las aljamas de Toledo, de Barcelona y de Provenza.

Por aquel tiempo (1167), moría en Calahorra el ingenioso escritor Abraham Ben Meir Aben-Ezra, poeta, matemático, astrónomo, gramático y cabalista, y demás de esto viajero insigne que recorrió muchos estados de Europa y Asia, y halló favor en la corte del Pontífice al par que daba cima á sus extraordinarios viajes (1165-1173) por Europa, África y Asia, Benjamín de Tudela.

Se engrandecía, entretanto, notablemente la aljama toledana, que llegaba á contar hasta 12.000 vecinos hebreos en el reinado de Alfonso VIII, príncipe que tuvo por valido al insigne Josef Ben Salomón Aben-Susen, muerto en 1205, después de haber edificado en la corte sinagoga de gran magnificencia, y por poetas favoritos á Abraham Ben Alfager ó Hayocer, famoso también como mecánico, que fué su embajador en las cortes de los musulimes y al insigne Harizi, último ingenio superior de la poesía hebrea moderna, los cuales brillaron asimismo bajo el glorioso reinado de D. Fernando III.

Mientras florecía de esta suerte la cultura hebrea en Castilla, sin más contratiempos que los señalados en el motín del año 1180 y por el saqueo de la judería por los aliados en 1197, época en que se perdió el ejemplar más antiguo de la Biblia que había en España (aprovechado por los copistas como modelo y patrón indisputable, llamado Hillelí y escrito hacia el año 600 de nuestra Era), continuábase el cultivo de las letras árabes en el territorio de los musulimes, no sin algún eco en las obras de los hebreos que lograban permanecer en aquel suelo enemigo. La prosa árabe elegante ó de superior atildamiento, puesta de moda por las *Macamas* ó «Sesiones» de Harizi, hallaba imitador reputadísimo en el muslim zaragozano Gemal eddin Muhammad Ben Yusuf Attemimi, llamado vulgarmente Aben-el-Asterconi (muerto en 1143), quien publicaba á su ejemplo 50 *Macamas*, debidas á su invención, con el título de Saracosties ó Zaragozaanas, al par que movía al cordobés Salomón Aben Sachel, israelita deudo del rabino Josef Aben-Sahal y autor de cantares eróticos para danzas, á ensayar en hebreo aquel linaje de prosa difícil en composición de igual género, es á saber, en la novela satírica el *Tachkemoni*, que precede hasta en el título á la de igual nombre del ilustre Harizi, conocido autor

y maestro en Macamas hebreas. Tomada por base de argumento una ficción que se reproduce en el de algunos libros de caballería árabe, señaladamente en el de Zeyyad Ben Amir de Quinena, ⁵¹ tenido quizá presente por el autor para derramar sobre él la redoma del ridículo, se propone el referir las ilusiones y engaños de que fué objeto el héroe del libro, Asser Ben Yehudah, el israelita. Presenta á Asser narrando sus propias aventuras en prosa rimada con mezcla de versos, hasta desenvolver el argumento de la novela, en una serie de situaciones, no siempre interesantes, ni oportunamente descritas. Cuenta el héroe, que cansado de vivir en el retiro con sus mujeres favoritas, resuelve divertirse en amena sociedad y disfrutar de los placeres de la mesa, en el círculo de sus amigos. Al gustar estos nuevos gozes, se ve en la necesidad de abandonarlos, á consecuencia de un billete enigmático, que recibe de parte de una bella desconocida. Tras muchas peripecias, encendido de pasión amorosa penetra en un harén, donde en lugar de la señora de sus pensamientos le sale al encuentro el dueño de la casa, terrible y fiero berberí, que le amenaza con darle muerte. Su contento es grande, al descubrir después que nada tiene que temer por su vida; pues es una heroína esclava que enmascarada y oculta con aquel disfraz ha pretendido asustarle, ofreciéndosele solícita á ayudarle en la consecución de sus designios. Cree al fin logrado su objeto y hallada la bella que busca, y toca y palpa una muñeca, puesta al efecto por uno de sus camaradas, amigo de bur-las y donaires.

Ni se interrumpió, por tanto, el cultivo de la literatura arábica entre los muslimes, por lo que toca á bibliografía general y poesía, en el discurso del siglo xii. Si los almohades ganosos de reconstruir á su favor el antiguo califato, encontraron grandes obstáculos á sus designios en términos de que el ilustre Yacub Almanzor, vencedor en la batalla de Alarcos se limitase á llevar como trofeo que exornase la mezquita aljama de Rabat las puertas de la catedral mozárabe de Sevilla, á la manera que Almanzor Aben-Abi-Amer ordenara conducir y colocar en la aljama cordobesa de los Omeyas las campanas de la catedral de Compostela, dedicaron esfuerzos meritorios á honrar con el esplendor de las letras y de las artes la dignidad imperatoria, aneja al dictado de Miramamolín. Viéronse renacer en las cortes de sus monarcas y en las de los príncipes y gobernadores las famosas *mechleses* ó tertulias literarias, en que lucieron grandemente sus dotes poéticas Jahia Ben Baca, autor de *muaxajas* y de versos melancólicos, Abu-Giafar Aben-Said ó Aben Zaide de Alcalá la Real, Muhammad Ben Isa Aben-Guzmán, el guadixense Muhammad Ben Ahmed Ben Al-Hadda (m. en

1156) un tiempo protegido de los Aben-Somadih de Almería, insigne músico y autor de cantos amorosos, que dedicó á una dama cristiana llamada Eleonora, el médico Aben-Zohr y otros innumerables, aun sin contar al discreto historiador Abdallah Ben Ibrahim Ben Gozamaro Alhigeri, oriundo de Guadalajara, catib y poeta cortesano del zaragozano Almostansir Aben-Hud, señor de Rueda, hasta que separado de este príncipe, que trocó su insignificante estado por la alcaldía de los mudéjares de Toledo, se dirigió con una casida á solicitar los favores del almohade Yacub Almanzor. Era frecuente tratar en las veladas literarias de los Beni-Abdelmumen de bibliografía é historia literaria en formas académicas, interesantes y galanas, que contrastan con la sequedad de estilo de los Diccionarios biográficos y en varias monografías coetáneas.

Ya en el siglo anterior, á la sazón en que la familia del Presidente Gehuar regía los destinos de la república cordobesa, se había dado á conocer cual elocuente panegirista de las glorias de la España árabe, en lo tocante á su fecundidad en obras de ciencia y de ingenio el eruditísimo Abo-Muhammad Alí Aben-Said Aben-Hazm. Tomado motivo de cierta epístola escrita por el letrado de Cairuan Alhacén Ben Muhammad Ben Ahmad Aben-Arrabib Attemimi á Abo-l-Mogueira, tío del escritor cordobés, echando en rostro á los andaluces su negligencia en perpetuar la historia de su patria y en inmortalizar la memoria de sus sabios, poetas, literatos, predicadores, cadíes, secretarios, alguaciles mayores y califas, no sin sacar testimonio de la antología poética intitulada *Icd* ó «el collar» (en que su autor Aben-Abdirrabihi no había incluido siquiera una poesía debida al ingenio español) contestóle Aben-Hazm con respuesta de mucha extensión que se nos conserva, copiada por Almacari del texto incluido en el *Mogrib* de Aben-Zaide, la cual comprende una enciclopedia abreviada de las obras insignes compuestas por los Árabes españoles hasta su tiempo; memoria no menos nutrida é interesante sobre su asunto que la famosa carta de D. Íñigo López de Mendoza al Condestable de Portugal acerca de los orígenes de la poesía castellana. Á los documentos contenidos en aquella vindicación entusiasta, sirve de complemento importante la escrita en el siglo XII por Abo-l-Gualid Ax-xecundí á consecuencia de una disputa mantenida por este docto en el mechles de Abo-Yahia, gobernador de Ceuta, yerno del Miramamolín An-Nasir en competencia con Abel-Al-muallem de Tánger, quien ponía en tela de juicio la superioridad literaria de España sobre los escritores del Mogreb ú Occidente africano. Como encargase el ilustrado prócer á cada uno de los contendientes el escribir un tratado ó memoria sobre el particular que defendían,

presentó Ax-Xecundí en desempeño de su tarea un trabajo importantísimo que completa en muchos pormenores la obra de Aben-Hazm, adicionándola con el estudio de otros escritores de *los reinos de taifas*, del Imperio almoravide y del almohade, sin olvidar el poner ejemplo de los rasgos más felices de insignes poetas y de la especialidad de cada uno.

No hay para qué advertir con cuánto aplauso se recibiría la defensa por los Españoles, ni la difusión que alcanzaría en toda la Península Ibérica en un siglo de frecuente comunicación entre cristianos y musulimes á la sazón en que las cortes de Castilla y Aragón mostraban en sus costumbres y relaciones un carácter oriental muy marcado, comprendiéndose, sin esfuerzo, que aquellos preciados escritos de los Árabes andaluces estaban llamados á lograr no despreciable trascendencia.

IV

Reseñado como antecedente lo expuesto hasta aquí, tocante al pasmoso florecimiento logrado por las letras arábicas y hebreas en España, hasta la última mitad del siglo XII, hora es ya de sentar afirmaciones sobre el influjo de ellas en la cultura de la Península.

Fuera á mi ver temerario empeño, incompatible con la consideración desapasionada de los hechos, el sostener que las conquistas de D. Alfonso el Católico y de D. Fruela, de D. Alfonso III y de D. Ordoño II, de uno y otro Ramiro y de Fernán-González, no aportaron á la sociedad ibero-celta-romano-visigoda ningún elemento nuevo. Los innumerables nombres arábicos que se descubren en las cartas de aquella edad llegadas hasta nosotros, ora pertenecientes á sujetos de progenie mezclada, ora á cristianos reconciliados ó mozárabes, sin hacer cuenta especial de los conversos, testimonios son del influjo ejercido así por el idioma como por las costumbres sarracenas, infiltradas, en especial, copiosamente por la muchedumbre de mozárabes que llevaron de regreso los ejércitos cristianos tras las arriesgadas expediciones de D. Alfonso el Católico á Segovia, y de D. Ordoño II al Mediodía de España. El vocablo *anubda* que suena ya en el privilegio de Valpuesta otorgado por D. Alfonso el Casto en 804, el de *ganafo* en una donación de D. Ordoño I en 857, las *aceñas* nombradas en la donación de D. Ramiro al monasterio de Sahagún en 923, la *veiga* ó *vega*, *izares* y *argana* de otra escritura del mismo año, el *alfanegue*, de 933, los *cerrramenes* de cierta carta de 945, la *almexia* de otra de 965, la *alhagala* y el *alhaje* de otra de 973,

las *almazalas*, *fateles* y *alfanegues* de una escritura de fundación de San Cosme y de San Damián en 97, las *tazolas* y *arredomas*, del tumbo de Sahagún en 996, así como la palabra *attondo* de un documento año 1003, testifican que el latín bárbaro en sus relaciones con el lenguaje vulgar acaudalaba del idioma de los islámies y Hebreos dicciones en abundancia.

Parte debieron ser á facilitar tal linaje de adquisiciones los ciertos pacíficos y relaciones amistosas establecidos, entre musulmes y cristianos hacia la última mitad del reinado de Abderrahmán III, y en particular en el de Alhacam II, como igualmente las empresas belicosas y avasalladoras de Almanzor amirita, en cuyas tropas acostumbraron á figurar muchos nobles castellanos y leoneses, entre ellos los Beni-Gómez ó infantes de Carrión, junto con multitud de mercenarios cristianos. Entonces, comenzaron á usarse y entenderse hasta en el Norte de España palabras que dicen relación á costumbres é instituciones de los Árabes españoles en el orden administrativo, la de *Zabaxorta*, «caudillo de regimentada policía ó cuerpo de vigilancia» que nos muestra el citado tumbo de Sahagún en 1003, y las de *Zabazoco*, por «alcalde del mercado» y *alfoces* por «términos de la ciudad», empleadas en el fuero de las Cortes de León de 1020. Tras esto, las afortunadas campañas de don Fernando I y de D. Alfonso VI, de D. Alfonso el Batallador y don Alfonso VII sobre constituir sus brillantes cortes en centros diplomáticos, adonde concurrían los régulos árabes, aterrados por la insolencia africana y los sabios y traficantes judíos, introdujeron en el territorio cristiano multitud de mozarábes y mudéjares, que hablaban preferentemente arábigo, en particular, sometidas, aunque por breve tiempo, ciudades tan importantes como Valencia del Cid, Córdoba y Almería, y de un modo más permanente Madrid, Alcalá, Hita, Guadalajara, Talavera y Toledo. Del gradual abandono del latín entre la grey cristiana mozarábica pudiera ser no pequeño indicio, si no lo afirmara Álvaro Cordobés, la traslación de la Biblia al idioma arábigo por un tal Sad ó Yahia, Caci Almetrán ó metropolitano de Sevilla, la traducción de los cánones de la Iglesia española, copiada en 1049 por el presbítero Vicente para el obispo Abdelmelic, que guarda la Biblioteca Nacional de Madrid, y el considerable número de escrituras, ora en arábigo y letra mogrebina, ora en el mismo idioma con caracteres rabínicos; riqueza un tiempo de la Santa Iglesia metropolitana de Toledo, depositada al presente en el Archivo Histórico Nacional. Si la leyenda atribuye en el conocimiento de la lengua de los musulmes, al primer emperador nombrado Alfonso, rara habilidad que justifica, por otra parte, su prolongada estancia en la corte de los

Beni-Dzilnun, documentos autorizados nos señalan que el Cid Rui-Díaz, autor de los conciertos con los vencidos valencianos; según la letra de tales pactos y los discursos que ponen en su boca, los autores árabes traducidos en la *Hestoria de Espanna*, escrita por D. Alfonso el Sabio, no sólo era elocuente en el habla de los musulimes, sino á maravilla conocedor de sus leyes y costumbres, puntualizando al mismo propósito, Aben-Bessam, insigne historiador portugués en su celebrada *Addajira*, escrita diez años después de la muerte de aquel adalid de la fe, que «en su presencia se daba lección sobre los libros de algarabía, y que encargaba leyesen las aventuras de los insignes árabes antiguos, no sin advertir que, cuando llegaba la lectura á la historia de Mohallab parecía poseído de éxtasis: ¡tan grande era la admiración que le infundía el ejemplo de aquel héroe!»

Ni el reino de Aragón, adonde acudieron los mozárabes andaluces, que trajo D. Alfonso el Batallador, y á quienes dió tierras en Mallen se libró de esta influencia, que granjeó notable eficacia por las conquistas de Huesca y Zaragoza, y, en particular, por los Hebreos ilustres que residían en su territorio. Bajo la forma doctaneja al uso de la lengua latina, el celebrado israelita Moséh Sefardi, bautizado en Huesca en 1106 teniéndole en las aguas bautismales aquel insigne príncipe llamado á heredar el título del emperador con la mano de la hija y heredera de D. Alfonso VI, escribía su *Disciplina clerical* ó enseñanza de gente culta, en que daba entrada á celebrados apólogos, indios y arábigos, apareciendo quizá como el primero que cultivó este género en la literatura española ⁵², mostrándose en sus diálogos de controversia religiosa eruditísimo en las doctrinas talmúdicas.

Fué sin embargo, el centro más poderoso, de donde se propagó á toda España y á las demás naciones de Europa, la maravillosa doctrina atesorada por los Árabes españoles, la antigua ciudad regia y el foco, de donde radiara tanta luz, la propia sede ilustrada por los Eugenios, Ildefonsos y Julianes.

Entre los monjes de Cluny que había traído á España el arzobispo D. Bernardo, primer metropolitano de Toledo, después de la reconquista, descollaban con otros futuros reformadores de las diócesis de León y de Castilla, Gerardo de Moissac, chantre de Toledo y arzobispo de Braga, Pedro de Bourges (San Pedro), obispo de Osma, Bernardo, primicerio de Toledo, obispo de Sigüenza y después arzobispo de Santiago, Jerónimo y Bernardo de Perigord, obispos de Valencia, de Salamanca y de Zamora, Mauricio Burdino, natural de Limoges, arcediano de Toledo, obispo de Coimbra y de la sede bracarense, el cual cegado por la

ambición se prestó á ser antipapa y en fin, tres paisanos del propio metropolitano D. Bernardo: Pedro, arcediano de Toledo y obispo de Segovia, el prelado de Zamora llamado asimismo Pedro, y Raimundo, que sucedió á aquél en la dignidad metropolitana de 1126.

Encontró aquella sagrada milicia entre los mozárabes, que formaban granada parte de los fieles castellanos, á vuelta de liturgia con tradiciones venerables y de doctrina aventajada en el conocimiento de las ciencias y letras, resabios y costumbres que corregir, tras largo tiempo de disciplina eclesiástica poco severa; y en lo tocante á los infieles, importante cultura científica y literaria: motivo de dificultad no escasa para sus generosas empresas catequistas; con lo cual debió mostrárseles de resalto la necesidad indeclinable é imperiosa de no ceder en doctrina á sus catequizados, si había de salir airoso de su empeño. Menester era que el sacerdote cristiano que disputase con el alfaquí musulim ó con el rabino israelita, conociese no menos que éstos las obras de Platón y de Aristóteles, de Dioscórides y de Galeno, abarcara la enciclopedia greco-latina y la enciclopedia árabe, es á saber, conocimientos de cierta extensión en Dialéctica, Astronomía, Matemática, Medicina y Ciencias Naturales; que dominase, además, la literatura oriental en el ramo de sus filósofos, escritores de apólogos, narradores y poetas, y muy particularmente las doctrinas del Corán, de la Zuna, del Talmud y de los expositores de ellas. Por ventura no faltaban de todo punto tal linaje de sacerdotes en España, donde ya escritores mozárabes, ya conversos como Pedro Alfonso, testificaban más de una vez ilustración generosísima; pero esto mismo debía solicitar no poco la atención de los cluniacenses, y aun de todos los sacerdotes europeos, que pretendieron dirigir por vías doctrinales la corriente de la cruzada, los cuales acudían á la sazón á la Península, para alcanzar los conocimientos indispensables á tan meritoria tarea. Por tal manera, no puede parecer sorprendente que llegara á ser el suelo de España, durante el siglo XII, teatro de glorioso renacimiento, anterior en siglos al operado por los fugitivos de Bizancio, cumpliendo á la imparcialidad del historiador el no convertirse en eco de la conseja vulgar de que se debiese á las Cruzadas la difusión del saber arábigo, que Europa recibió principalmente de nuestros antecesores; pues según advierte juiciosamente Quatremère, no eran los belicosos cruzados, que destruían las bibliotecas en Oriente, á quienes se puede atribuir, por conjetura, la difusión del contenido de los libros que aniquilaban.

Acertó á señalarse con alguna anticipación este movimiento en la corte barcelonesa de D. Ramón Berenguer el Grande, adonde ya en

1116 hallamos al italiano llamado Platón de Tibur, auxiliado por Abraham Bar Chiya el llamado Savasorta. En tanto que éste pasaba al lenguaje latino el libro de astrología intitulado «del aumento y de la disminución», según los indios y los de Ali Ben Ahmed el-Omrani, trasladaba Platón al mismo idioma la obra de Geometría y Agrimensura escrita en hebreo por aquel docto intitulándola *Liber Embadi*, la «ciencia de las Estrellas» del astrónomo oriental Muhammad Albateni (Albatenio), los Esféricos de Teodosio, el *Tetrabiblion* de Ptolomeo, el libro de Astrología compuesto por cierto Alcassim Ben Alcassit, el libro del astro-labio debido al celeberrimo cordobés Ahmed Ben Abdallah Ben Omar el Gafequi, apellidado As-sofar, discípulo de Moslema el Madrileño y uno de los propagadores como éste del método de las Tablas astronómicas llamadas del Sind-hend (Sind-hanta), el cual abandonó su patria, á fin de establecerse en Denia, huyendo de las discordias civiles que estallaron á la caída del califato de Córdoba, y en fin las *Tablas y Capítulos de las Estrellas* del insigne maestro de orientales y occidentales, en aquel método, Muhammad Ben Ibrahim el Fesari, quien los dedicó al califa abbasida Almanzor, después de haberlos extractado de una traducción árabe de dichas Tablas de Sind-hanta, atribuídas al monarca indiano Ziagar.

Pues, con ser tan notorio el prestigio que debió realzar el cultivo de las letras arábicas, merced á aquellas circunstancias favorables, aventaj las todavía más en influjo y eficacia el peregrino apoyo que dispensara á su estudio y divulgación entre los cristianos, la generosa iniciativa del cluniacense D. Raimundo, que había sucedido á D. Bernardo, en 1126, en la sede primacial de España.

Anhelando dicho arzobispo, como la generalidad de los cluniacenses, y quizá con mayor empeño que los otros compañeros suyos, que regían á la sazón las sedes principales de la Península Ibérica, el constituir un clero doctísimo para la controversia con rabinos y alfaquies, no perdonó gasto ni diligencia para que fuesen accesibles en la lengua oficial eclesiástica y común de los sabios cristianos, las obras más importantes de las disciplinas orientales, descollando entre los doctos que le ayudaron en la empresa dos ingenios de patria española, cuyos nombres debe registrar con gratitud la historia de las letras, el israelita Juan Daud ó Juan Aben-Daud, conocido vulgarmente por Juan Hispaniense ó Hispalense (amigo y asociado un tiempo á Platón de Tibur) y el arcediano de Segovia, *Dominicus Gundisalvi* (Domingo González).

Unidos tan discretos varones, para un fin científico común, en

relaciones análogas á aquellas que se muestran en las tareas acometidas en Barcelona por Abraham Bar Hiya y Platón de Tibur, comenzaron por adocrinarse mutuamente en las lenguas latina y alarbe, cuya competencia general no era patrimonio de uno y de otro al principio. Coincidiendo sus primeros trabajos, al parecer, con el comienzo de la prelación de D. Raimundo, dieron principio á la empresa, trasladando Juan ó Yahia Aben-Daud los textos arábigos en lengua vulgar, de donde los vertía al latín el estudioso arcediano. Puntualiza este procedimiento la advertencia latina de una obra en que colaboraron ambos genios por mandato del expresado arzobispo, es á saber, el tratado aristotélico *sobre el alma*, debido á un filósofo afchanita del siglo XI, el inmortal Avicena.

Después, estimándose más nutridos en ambos idiomas cada cual de aquellos beneméritos traductores, no temieron arrojarse á escribir en lengua latina el uno y traducir del arábigo el otro, al punto de realizar por separado trabajos importantísimos. Verificalo por tal manera Aben-Daud para ofrecer al arzobispo la versión latina del libro *sobre la distinción del alma de los brutos respecto del espíritu racional*, debido á Costa Ben Luca, filósofo cristiano de Palmira, coetáneo de *Al-Kendí* (siglo X) y al escribir en 528 de la Hégira (1135), la traducción de la astronomía de Alfergano, astrónomo del califa de Bagdad Almamun, que floreció en el primer tercio del siglo IX de la Era cristiana.

Tras estos trabajos, atendió á enriquecer la ciencia matemática y astronómica de los pueblos neo-latinos, trayendo á la lengua del Lacio el *Quadripartito* y el *Centiloquio* de Ptolomeo, el *Libro de las Figuras* del insigne geómetra de Harran Tabit Ben Cora, muerto en 901, con la *Introducción á la astronomía* de Abu-l-Maxar de Balj en la Sogdania, astrónomo que fuera del abbasida Almostain (siglo IX), con peregrinos estudios de uranografía de Mayallah, judío que había florecido asimismo en Bagdad, desde el reinado de Almanzor hasta el de Almamun, y en fin, los de Abdilaz ó *Alchabicio* atribuídos á Abo-Abdillah Alí Ben Rigal, astrónomo cordobés del siglo XI. Fué también obra suya y de interés especial para nuestras letras, el traslado al latín con dedicatoria á Estefanía, hija del emperador D. Alfonso VII, de parte de un libro que se atribuye á Aristóteles intitulado *Secreto de los secretos* (Poridad de Poridades), en forma de epístola á Alejandro Magno, es á saber el capítulo concerniente á la salud del cuerpo.

Menos aficionado á las ciencias que á la filosofía su compañero el arcediano, quien colaboró con Aben-Daud en la versión latina de la *Psicología* de Avicena, aunque trasladó luego al latín la *Física* de este sabio y su tratado *Sobre el cielo y el mundo*, consagró

principalmente sus vigilijs á traducir en dicho idioma los catorce libros de Metafísica del expresado filósofo, la Filosofía de Alfarabi, el Aristóteles del siglo x, la de Algazali, muerto en 1111, y la *Fuente de la vida* del platónico Aben-Gabirol (Avicbron).

Pero de todos los memorables varones que se consagraron á aquella obra de cultura en la corte castellana facilitando el estudio de los saberes orientales, ninguno igualó en fecundidad á Gerardo de Cremona, autor de setenta y una traducciones del arábigo relativas á libros de matemáticas, de astronomía, de medicina y de ciencias naturales. Merced á sus esfuerzos pudieron gozarse en latín en la segunda mitad del siglo xii, las obras principales de escritores tan distinguidos é ilustres como Aristóteles, Euclides, Arquímedes, Galeno, Teodosio, Alejandro de Afrodisia, Temistio, Menelao, Ptolomeo, Hipsicles, Serapión, Autólico é Hipócrates, entre los Griegos; de Alfarabi, Tsabit Ben-Cora, los hijos de Muza Ben Xaquer, El Juarezmi, Send Ben Alí, Ennairisi, Al-Kendí, Alfergani, Maxallah, Aben El Heitsam, Geber Aben-Aflah, Aben-El-Guafit, Races, Abu-l-Casis de Medina Zahra, Avicena y Aben-Reduan entre los Árabes y de Isaac el astrónomo entre los Hebreos.

Ni dejaban de prestar concurso á tan meritoria empresa sabios pertenecientes á otras naciones de Europa, entre los cuales son dignos de especial recordación, Adelardo Bath, que traducía la *Isagoge menor* del indio Gafar ó Jiafar, tomándola de Abu-l-Maxar, las *Tablas de Aljuarezmi* afamado algebrista y astrónomo del califa oriental Almamun, al cual se debe entre los Árabes la difusión del sistema indio Sind-Hanta, obra que al parecer es en el fondo la *Isagoge mayor* del mismo astrónomo indiano, O'Creath, discípulo de Bath, dedicando á su maestro versiones latinas de obras arábicas sobre cálculo (*helceph*), Hugo Santadiensis Tillemo, Juan Morlay y Filipo de Trípoli, quienes acreditaron su celo por acaudalar la cultura de los pueblos de Occidente con la doctrina y enseñanza orientales 53.

En la fecha de 530 de la Hégira (1136 de J. C.), puesta en una traducción dedicada por Platón de Tibur á su amigo Juan Daud, florecía en la Península un insigne escritor arábigo, gobernador de varias provincias y vate de ingenio superior á todos los poetas de su tiempo, como quien era comparado sin encarecimiento excesivo con Bohtori y con Motenabi, y tanto por el ejemplo de algunos próceres como por la señalada protección con que se honraban los Miramolines é infantes almohades, se continuaba en la España árabe un movimiento literario apreciable, no sólo en el género poético, cuya influencia obtenía notables mantenedores en Muhammad Ben Es-

tebbi ó el de Estepa, autor de sátiras contra los cristianos, muerto en 1171 en el gaditano Nahis Ben Idris, muerto en 1203, en el valentino Aben-Al-Abbar y en Nureddin de Mallorca, sino asimismo en la Historia, en la Gramática y en la generalidad de las ciencias. Cultivaban los estudios históricos Aben-Zaide y Aben-Al-Abbar los gramáticos y retóricos Aben-Oueis de Málaga y Axxerixi ó el de Jerez, los matemáticos Abdallah Adhara, Muhammad El-Gafequi y Abdallah Ben Hagiag Aben-Jasmin, la arquitectura Muhammad Ben Alcatib el guadixense, muerto en 1210, alharife que labró varios puentes sobre el Genil y un edificio para tribunal en Granada, y el insigne geómetra y astrónomo Geber Aben-Aflah, autor de la traza del minarete de la mezquita aljama ó catedral, que erigió en Sevilla el vencedor de Alarcos. La Medicina lograba maestros como Aben-Zohr, el Nieto, la Química cultivadores como Aben-Motrif de Sevilla, la Botánica investigadores eruditos como Diaddin Aben-Al-Beitar, la Mineralogía escritores y prácticos como Abo-Leits As-Secalí, que terminaba, en 1197, el dorado de las granadas labradas para el remate de la torre, que hoy dicen de la Giralda, la Geografía, en fin, expositores y viajeros que como el valentino Aben-Giobair, describían las rutas de su viaje hasta la China.

En Filosofía brillaban aún discípulos insignes del zaragozano Abén-Pace, los cuales formaron el espíritu del metafísico sevillano Muhammad El-Mehri (muerto en 1211) y del insigne sistematizador de la ciencia llamado después el Aristóteles judío Mosseh Ben Maimón ó Maimónides. Había nacido en Córdoba, hacia 1135 este filósofo distinguido, estimado como el último gran dogmatizador de la teología israelita, que compendió en la exposición y comentario de los famosos trece artículos. Víctima durante mucho tiempo de la persecución de los almohades, extremada con sus padres y parientes, fué mucha parte de su vida una manera de Odisea, cuyas peripecias sirvieron á templar su carácter y á completar la educación de su alma. Vivió en Almería durante la época en que fué esta ciudad de cristianos; después anduvo errante con sus padres, permaneciendo alternativamente entre cristianos y musulmes, hasta que pasó á África en 1159. En España había aprendido Astronomía con Geber Aben-Aflah y Medicina con Abu-Becr-Aben-Zohr; con ser el estudio de su predilección la filosofía, en que ejerció notablemente su pensamiento, hasta profundizar en la doctrina del Estagirita como ninguno de sus coetáneos, sin mostrar con tal motivo las discrepancias críticas, ni imitar las prolijas ampliaciones, de que diera ejemplo Averroes. Ya en edad proveya escribió en arábigo su obra teológico-filosófica intitulada «Guía de los Perplejos» dedicada á los hijos de Saladino, re-

conocida universalmente cual una de las obras de teología natural más profundas escritas en la Edad Media; como quiera que justificara, en algunos puntos por la manera de deísmo recomendada por él á sus Mecenas islamitas, así la crítica que le dirigió hacia el fin de sus días (1208) su compatriota Abderrahim Ben Ali el-Fadhel entre los musulimes, como la censura frecuente de correigionarios suyos y de controversistas cristianos.

Ocurría en aquella sazón, escribe un diligente historiador de nuestra edad, el último florecimiento insigne de la literatura de los Hebreos, quienes si por su número predominaban todavía quizá en Babilonia y en Palestina, en ninguna manera conseguían, por lo común, la importancia social y literaria, de que disfrutaban en los estados cristianos de la Península Ibérica. El centro y la inteligencia del judaísmo, añade, estaban en España; como quiera que después de la furiosa persecución de los almohades, la población judía había confluído á los cinco reinos cristianos de Castilla, León, Aragón, Portugal y Navarra. Á consecuencia de este movimiento israelita, que compartieron en algún modo algunos doctores árabes disgustados de la barbarie africana, la aureola de gloria que rodeaba anteriormente á las escuelas hebreas de Córdoba, Sevilla, Lucena y Granada, pasó á ser ornamento de las cortes de la España cristiana, entre las cuales se señaló grandemente en este sentido la industriosa y culta Toledo. Comprendía, entonces, la comunidad ó aljama de esta ciudad, según los historiadores doce mil vecinos judíos, los cuales tenían para su culto muchas sinagogas de tan gallarda traza y belleza arquitectónica, que, al decir del poeta Harizi, no se veían iguales en el mundo, señalando el mismo rimador ilustre que los judíos prestaban el servicio militar en la corte, y sus hijos se ejercitaban á la par con los de la nobleza en las artes de la caballería. Demás de esto, consta por diferentes documentos llegados hasta nosotros que Salomón Aben-Suxen, llamado «el Príncipe» (muerto en 1204), así como Abraham Aben-Alfajer, dicho Hayocer, quien vivía aún el año 1223, desempeñaron altos cargos en la corte, no sin mostrarse como generosos Mecenas del mecánico Honain y de escritores ilustres.

Entre los que merecieron los favores del primero descuella el mencionado español Yehuda Ben Salomón Alharizi (muerto en 1230), insigne cultivador de las letras arábicas y hebreas, que quizá no careció de influencia en las castellanas. Movido de su amor á la bella literatura comenzó por traducir al hebreo mucha parte de las Macamas de Harizi, cuya reputación lograba entonces subido punto, merced á los comentarios del gramático jerezano (As-Xerisi) muerto en 1222; después escribió otras *macamas* de su invención inti-

tuladas en lengua hebrea *Tachkemoni*, según el ejemplo de las de Aben-Sakbel, pero mucho más dramáticas y amenas, donde, como en otras obras muy gustadas de ingenios españoles, se ofrece campo vastísimo á la crítica literaria de poetas anteriores y coetáneos, ejercitándola el erudito hebreo, mediante diálogos, en que disimula su nombre bajo el pseudónimo de Hemán el Ezralita, quien conversa con el aventurero Heber. Tradujo además al hebreo el libro de Galeno «sobre el alma». un tratado de medicina escrito por el cordobés Abderrhamán Ben Ishaq El-Heitsam y el «Libro de las doctrinas ó dichos de los filósofos», debido al filósofo oriental Honain Aben-Ishaq, conocido en la literatura castellana por Juanicio. Esta obra, que en el fin ético guarda estrecha analogía con los «consuelos» del siciliano Aben-Zafer, muerto en 1160, cuya educación literaria en España le movió á escribir, entre otras historias anecdóticas, la donosa relación de amores del caballero Gallego y los «Proverbios elegidos» en época, en que su contemporáneo Abraham Aben-Ezra cita largos pasajes en sus tablas astronómicas de una traducción hebraica del libro de Calila y Dimna, muestra del aprecio que conservaba entre los Hebreos españoles el insigne arte simbólico indio-persiano, dado á conocer ya en lengua latina por Moseh Ha-Sefardi de Huesca en su «*Disciplina clericalis*». Al propio tiempo, florecían en Barcelona Josef Aben-Sabara, autor de un libro de aventuras calcado sobre el de Alharizi, aunque de mérito, no tan relevante, y Abraham Aben-Hasdai, hijo de Samuel, traductor de la Ética de Algazali, el cual además de ser filósofo como su padre y tan profundo que Alharizi le apellida «fuente de la Sabiduría y mar de pensamiento,» dió á conocer en la Península Ibérica la historia de Budha, trabajando y parafraseando en hebreo con el título de «El Príncipe y el Dervis» la introducción del libro budhista sobre los nacimientos del Budha Gotama, última supuesta encarnación de Budha, que coincide con el principio de nuestra Era, á tenor de la versión arábica del texto el pehlvi sacado del Jataka correspondiente. Esto, sin contar el galardón que se debe á la memoria de Sexet Ben Beniste, quien á los setenta y dos años escribió un poema de 124 versos hebraicos en honor de Josef Aben-Suxén de Toledo, ni los merecimientos de otros distinguidos escritores catalanes, como los doctos gerundenses Isaac y Serahia Ha-Levi.

Se acercaba el tiempo, en que debía engendrar sazonados frutos así en la Península Ibérica como en el resto de Europa, la generosa escuela de traductores que, por iniciativa del clero cristiano, se había formado en Toledo, ensanchadas sus tareas diariamente por el concurso de Árabes y judíos refugiados principalmente en

las capitales y grandes poblaciones de las monarquías de la Restauración, hasta producir extraordinario florecimiento para las letras españolas durante el siglo XIII, y tal que sólo pueden comparársele, en ciertos respectos, el renacimiento italiano y europeo del siglo XVI, preparado desde esta época y acaudalado con las enseñanzas de los maestros bizantinos que acudieron á Italia en los siglos XIV y XV.

Antes que transcurriese del todo el primer tercio de la décimotercia centuria testificaban grandemente la influencia del elemento arábigo en las letras españolas, así la *Historia Arabum* del arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada, frecuente traslación de textos árabes muy conocidos, como las «Flores de Filosofía» cuyas máximas puestas en boca de Sócrates recuerdan las que aparecen en multitud de libros orientales: al propio tiempo ó muy poco después se trasladaba al castellano el «Libro de los dichos de los Filósofos,» escrito en Bagdad por Honain (Juanicio) Aben-Ishaq, ya tomado el texto de la traducción latina en que reprodujo el de Cremona las alteraciones hechas por Mobacher, ya de la traducción rabínica de Alharizi; se traducía directamente del latín sobre el texto trasladado por Filipo de Trípoli, con dedicatoria á Guido Valentino, el de *Puridad de Puridades ó Castigos de Aristotil á Alexandre*, trasladado también en parte por Juan Hispalense y se escribía el «Libro de los doce Sabios» cuya doctrina sobre la gobernación aparece influída por dichas obras, y muy señaladamente por los consejos, que un escritor mahometano pone en boca de un sultán para adoctrinamiento de su hijo.

Pero si fué grande el florecimiento é influencia de las letras orientales, durante el reinado del santo hijo de doña Berenguela, aventajóle todavía en tales respectos importantísimos el de su sucesor D. Alonso X, á quien en cumplida justicia, atentos los esfuerzos personales que consagró al cultivo de las ciencias y de las letras, la posteridad no puede escatimarle el título de Sabio. Emparentado este príncipe con Federico II de Alemania, así por su madre doña Beatriz, princesa de Suabia, como por su esposa doña Violante, sobrina del Emperador, señaló desde muy temprano no inferior estima al saber de los musulmes, que la significada á la sazón por el monarca imperial, nieto del normando Roger (inmortalizado como Mecenas de Xerif Al-Edrisi), y uno de los primeros cristianos que estudiaron directamente y censuraron con competencia las obras de Maimónides, al cual como á filósofo consumado dirigía el murciano Aben-Sabín las célebres «Cuestiones sicianas.»

Ya en vida de su padre D. Fernando había dado testimonio de

sus generosas aficiones á la cultura de los musulmes, ora conservando en su escuela al sabio Ar-racutí de Murcia, ora vedando en absoluto que se alterase en lo más mínimo el ornato arquitectónico de la mezquita aljama de Sevilla, y en particular, ayudándose de hombres sabidores de diferentes leyes, los cuales le adoctrinaron singularmente en los distintos ramos de los saberes profesados en Asia y en Europa. Nutrido su ingenio con el elemento de enseñanza copiosísima acometió multitud de empresas literarias, cuya sola enumeración bastaría á inmortalizar su nombre, las más coronadas con aventajado éxito. Muéstrase cual la primera de todas en su propósito de difundir las enseñanzas sarracenas la versión castellana del *Lapidario*, compuesto por el celeberrimo maestro Abo-layts As-secali ó el siciliano, autor ya memorado, el cual había florecido en Sevilla á fines del siglo XII. Adquirió el texto, según reza el prólogo que acompaña á la traducción, el mismo año que ganó el reino de Murcia (1241) rescatándolo en Toledo de un israelita que lo tenía escondido, el cual «no quería aprovecharse del, sin que á otro ouiesse pro,» luego encomendó que lo trasladase á romance de arábigo al Rabí Iehudah Ben Mosseh, llamado el Catón y según otros El Cohen, con el auxilio de su clérigo Garci Pérez. Por el mismo tiempo ignorado trujamán traía al castellano por mandato de aquel docto Mecenas «El libro de Calila y Digna» colección de fábulas sacada como el Josafat (Budasp ó Budsatf ó «El príncipe» de Ben-Hasdai) de los Jatacas de Gotama y tomado como aquél directamente de un libro indiano, el *Lalista-Vara*, vertido al pehvi por Barzuyeh ó Barzoi, médico de Cosroes, el Grande, rey de Persia (531-579), cuya traducción pusiera en arábigo dos siglos después, bajo el califa Almanzor de Bagdad (754-775), el célebre Abdallah Aben-Mocafaa, en días, en que el original sanscrito con algunas alteraciones recibía el título actual de Pantcha-Tantra.

No era ciertamente desconocido hasta entonces para los Hebreos y musulmes de la Península Ibérica este libro de procedencia y de sentido francamente budhista, utilizado habitualmente por la *Disciplina clericalis* y objeto de dos traducciones hebraicas de que disfrutó (á lo menos una) el polígrafo Abraham Aben-Ezra, quien ingirió el prólogo de Barzuyeh en texto hebreo en sus *Tablas astronómicas* compuestas hacia 1159; pero ello es que desde aquel momento aparece divulgado así entre los Españoles como en el resto de Europa imitados y recogidos sus apólogos en los *fablaux* franceses y trasladados á la lengua latina. Cuánta fuese la influencia que ejerció el ejemplo de D. Alfonso entre los grandes señores de su corte se comprueba por el proceder de su hermano el infante

D. Fadrique, quien admirador de la peregrina novela índica llamada *El Sendebad*, compuesta por el sabio de este nombre, encomendaba á otro ingenio ignorado en el año 1253, primero del reinado del conquistador de Huelva, la traducción que hoy se goza con el título de *El Sendebute* ó el *libro assannamientos*, ó *Engannos de las mujeres*, verosímilmente sobre el texto arábigo en que El-Arbaá Ben Abdilaziz Ben Salim había trasladado en la corte del califa Bagdadita del texto pehlvi, debido probablemente al ya nombrado médico Barzuyeh.

Y puesto que sea y aparezca peregrino que los Españoles del siglo XIII, y por su mediación los europeos cultos de aquella centuria, conocieran á fondo el texto de apólogos y parábolas del Budhismo, así como el de la historia de las supuestas pruebas de virtud, atribuídas al fundador de una secta, que, aún hoy, suelen juzgar sólo por referencia, y extractos brevísimos de encopetados maestros de ciencias históricas, ha de templar algo el asombro la memoria de la manera con que habían señoreado Moslema el madrileño Alí Ben Ragel y otros matemáticos españoles el sistema astronómico del *Sindhanta* y el acierto con que compilaron los frutos del saber indio, persa y arábigo las obras astronómicas ó *Libros del saber en Astronomía*, debidos á D. Alfonso el Sabio. Renunciaría de grado á conmemorar los insignes merecimientos científicos granjeados por tan distinguido monarca, al dar cima á difícilísimas empresas en el cultivo de las ciencias físico-matemáticas, estimada la modesta altura, que entonces alcanzaban en Europa, si no constase de muchos el cuidado, que ponía en que dichas obras apareciesen *compuestas* y perfeccionadas en lo posible, en materia de estilo, interviniendo personalmente en ello, según parece del prólogo de los «Libros de la ochava esfera,» en cuya traslación del caldeo y del arábigo «tollo el rey las razones que entendió que non eran en castellano é puso las otras que entendió que conplían et quanto en el lenguaje *endreçolo él por sise,*» y no se mostrara sin esfuerzo, así por las fuentes traducidas ó citadas como por los maestros que trabajaron en dichas obras, el origen oriental de las doctrinas, su relación con el movimiento científico del mundo musulmán y de las laudables asimilaciones emprendidas en el siglo anterior en los estados cristianos de la Península Ibérica.

Relévame, por otra parte, de extenderme en largas consideraciones acerca de los preciados escritos históricos de D. Alfonso, la Historia Universal ó *Grande ó General Estoria* y la que él llamó Estoria de Espanna, los lucidos trabajos de Gayangos, Dozy, Amador de los Ríos, Malo de Molina y Riaño, los cuales testifican unánimes la paladina influencia oriental que los avalora,

exornada y enriquecida la primera con documentos literarios sobre las costumbres, creencias, doctrinas filosóficas y religiosas de los pueblos orientales, en especial de la literatura índica y la segunda con composiciones poéticas y noticias bibliográficas de los letrados árabes españoles sobre manera interesante. Basta leer la interesante enciclopedia de Masudi, intitulada «Praderas de oro», para apreciar la genuidad arábiga de muchos de los informes contenidos en la «Grande é General Estoria», donde, al par de las especies sacadas del libro de Calila y Digna, aparecen las donosas historias de Josef y Doña Zulayme, de la reina Doluca y de la infanta Manene que pertenecen al mismo ciclo, según el texto perdido de Obaid Al-Becri, para quien no debió ser extraño el relato de la historia de aquel patriarca incluido en el *Xah-nameh*, de Ferdusi. Análoga filiación oriental se ofrece en el libro de *Los juegos*; y lo que parece más extraño, doctrinas jurídicas de los musulimes que ya habían hecho su aparición en la Península, en los *Fueros municipales españoles* trascienden á las siete Partidas, código insigne y doctrinal de ciencia del Derecho, escrito por D. Alfonso, donde en la esfera especulativa se asientan frecuentemente como máximas y fundamentos de principios de Derecho práctico, con las conocidas frases de «por eso disseron, ó dixeron los sabios, et dixo Aristotil», sentencias copiadas del libro oriental intitulado, *Dichos y hechos de los filósofos*.

Mientras florecían de tal suerte los estudios orientales en Castilla cultivados con fortuna por israelitas y cristianos, señalábanse los judíos de Aragón en las disciplinas gramaticales y filosóficas, no sin tomar por guía en sus importantes tareas el conocimiento de las obras del gran maestro Maimónides. Era ilustre á la sazón en la escuela de Zaragoza el rabino Salomón Ben R. Jacob, traductor de las glosas del *Seder Neziqin*, que el mencionado Bar Maimón había escrito. No tardaron en contrarrestar sus enseñanzas cuatro escuelas anti-maimonistas, que, exponiendo, en rigor, doctrinas generales de saber metafísico, brindaron motivo, para las limitaciones puestas al estudio de la Filosofía, á principios del siglo xiv. Distinguióse en primer término la de Gerona con sus maestros Ben Xexet y Najmán, la cual, con atribuirse título de ortodoxa, resucitaba la teoría de la metempsicosis y otras cavilaciones. Señalóse como segunda, la segoviana, llamada exegética que, bajo la dirección de Jacob el joven y de Moseh Ben Simón de Burgos, no se proponía nada menos que explicar la Biblia y el Talmud por los principios de la exégesis; siguieron la semi-filosófica llamada de Isaac Aben Latif y la mística de José Gicatilla, que se fundió en la escuela de Toledo y en la llamada del *Sohar*.

Como pretendiesen los adversarios de las doctrinas expuestas como de Maimónides ganar influencia en las escuelas francesas, interesaron á los cristianos en su parcialidad, y pidieron á los magistrados de las ciudades que quemaran las obras Bar Maimón, con lo cual aparejaron camino para que se solicitase después contra ellos la quema de los Talmudes, á que siguieron los autos de fe y la expulsión de los judíos, que se decretó, al fin, por Felipe el Hermoso en 1306.

Más clementes los monarcas de Aragón se prestaron á las doctas aunque peligrosas controversias de religión, iniciadas en España con la de Najmani y Pablo Crestiá en 1263, los cuales mantienen el calor de la discusión teológica durante el siglo XIV y el XV. Al terminar el siglo XIII daban aún sus enseñanzas en la Península, demás de la escuela cabalística y mística del *Sohar*, la sincretista de Josef Falaquera, autor de la novela filosófica *Ha-mecabex* ó «el investigador», la semi-averroista de Isaac Albalag, que distinguía como los cartesianos las esferas de la religión y de la ciencia (ambas escuelas establecidas en las comarcas andaluzas) y la alegorista profesada por D. Jayim de Villafranca en los estados aragoneses de Provenza, cuya doctrina fué, á la postre, condenada por D. Vidal Menahem Ben Salomón Meiri, teólogo dialéctico y rigorista, que explicaba en Gerona. Exageró las tendencias de este teólogo judío, confundiendo la ciencia con la herejía Abba Mari, rabino de Montpellier, conocido también por los nombres de don Astruch y En Durán de Lunel, quien excitó al templado maestro Ben Adderet de Barcelona á proscribir el estudio de la Filosofía. En vano, salió á la defensa de tan importante enseñanza el insigne Profacio, decano de la Facultad de Medicina de Montpellier, conocido entre los rabinos por Jacob Ben Majín Tibbon y benemérito desde su juventud por la importante cooperación, que prestara en las tablas astronómicas, que llevan el nombre del monarca aragonés Pedro III; Ben Adderet concluyó por asociarse al pensamiento de rigor, que imperaba en el ánimo del rabino principal toledano, el renombrado maestro alemán R. Axeri, firmando con éste en 1307 un decreto, que vedaba á los israelitas la lectura de las obras de ciencias profanas y de filosofía, antes de cumplir treinta años.

Mientras las disputas filosóficas y religiosas enconaban los ánimos entre los judíos de Aragón, al par que daban pretexto á la persecución cristiana, que arrojó al fuego copia de libros hebreos, en 1306, por órdenes emanadas de monarca tan conciliador como D. Jaime II; en Castilla continuaba pacíficamente la influencia de la literatura oriental bajo los sucesores de D. Alfonso X. Reci-

bíala señaladamente en el libro de «Castigos ó Consejos» á su hijo D. Fernando, el valeroso príncipe que se llamó D. Sancho IV, acostumbrado á depositar su confianza en dos letrados insignes hebreos, el médico distinguido Abol-hacén Meir Abén-Haritz y el sabio D. Todrós Ben Josef Ha-Levi de Burgos sobrino de D. Meir Abolafia, celebrado filósofo místico, el cual disfrutaba título de *Nasi* ó príncipe de las comunidades israelitas, y era conocido por el dictado de el *Nasi de Burgos*. La llegada de D. Todrós á Francia en compañía de D. Sancho, con objeto de celebrar vistas con el monarca de aquel país, inspiró poesías á sus compatriotas, gozosos de la consideración que disfrutaba en la corte de Castilla, en especial, á D. Abraham Ben Bedarsi ó de Beziers, quien compuso una canción que comenzaba de esta suerte: «Yo me he presentado ante Su Alteza, etc.,» y al terminar la revista de los vates coetáneos, decía el mismo poeta en su composición intitulada: *Espada que centellea*. «Si yo no hallo justicia en vuestra edad indiferente, me dirigiré á lo menos á Todrós Ha-Levi el príncipe de España y el más grande de los poetas».

Ocurría esto á la sazón, en que, D. Diniz, monarca de Portugal, nieto del rey Sabio y continuador de sus empresas literarias, mandaba traducir la interesante Historia de España, compuesta por Ahmed Ben Muhammad Ar-Razi, conocida entre el vulgo con el nombre de «Crónica del Moro Rasis».

El espectáculo de la cultura é influencia creciente de Arabes y judíos así en España como en otras partes de Europa, movió por entonces á la Santidad de Clemente V, en el Concilio de Viena (año 1311) á dictar la constitución famosísima, tocante á la fundación de cátedras de hebreo, arábigo y caldeo en las universidades de París, Oxford, Bolonia y Salamanca, y dondequiera que la curia romana estuviese. Medio siglo había que estableciera el rey Sabio en Murcia y en Sevilla estudios de arábigo, y cerca de una centuria, desde que los PP. predicadores hacia 1220 habían comenzado á fomentar en sus casas de estudio, el de los idiomas orientales, que Raimundo Lulio procuró generalizar en el Oriente de España y en las islas Baleares. Merced á estas escuelas religiosas, se formaron los dos atletas de la controversia cristiana en el XIV siglo, Fr. Domingo Pascual, obispo de Jaén, que escribió el libro «contra la secta mahometana» y fué versadísimo en las historias de los Arabes y Fr. Raimundo Martín, autor del *Pugio Dei*, insigne polemista que disputó con Rabí Ben Adderet, como quien debe estimarse en el concepto del ilustrado doctor Neubauer, cual uno de los más doctos é inteligentes concedores de las *Agadas* y escritos talmúdicos, que han existido en la Edad Media.

Hasta los clérigos seculares se mostraban á la continua versados y muy instruídos en la literatura oriental, según parece de las poesías del archipreste de Hita, quien, aparte de la forma de *macama*, que da al libro de sus amores, testifica en sus versos que compuso cantares para moras, que conocía el arábigo y podía señalar los instrumentos más á propósito para canciones compuestas en este idioma; como quiera que, demás de esto, varios cuentos é historietas árabes que compilara en sus escritos se hallan también en el libro de los *Huertos*, de su coetáneo el granadino Aben-Asim, quien dedicó su famosa compilación á Yusuf II, rey de Granada.

Pero donde parecieron recogerse, como en albergue hospitalario, los preciados estudios de las enseñanzas orientales fué entre los próceres, señores á las veces de vasallos de raza muslim ó hebrea, acostumbrados á emular en esplendor y liberalidades con los mismos monarcas. Tal fué D. Juan, hijo del infante D. Manuel, quien imitó en su libro *del Infante ó de los Estados los Jatacas* budhistas de la leyenda de Barlaam y Josafat, en tanto que alternaba en su celebrado libro de «Patronio», relaciones antiguas históricas con cuentos populares castellanos, con fábulas del *Pancha-Tantra* ó de la *Disciplina clericalis* y con hechos históricos expuestos por los escritores arábigos. Llegó á punto la influencia de la educación oriental, más adelante, que en la segunda mitad del siglo xiv, el insigne escritor y canciller de Castilla, Pero López de Ayala señalaba en su renombrada crónica los años de la era de César por la cuenta de los castellanos, los de la Creación según los judíos y los de Mahoma para el uso é inteligencia de los alarbes.

Tiempo había que el imperio de los musulimes se desmoronaba en España, donde la batalla del Salado postró para siempre las fuerzas de la morisma, dado que continuaran, no obstante, los monarcas granadinos en procurar el bien de los suyos con el fomento de la industria, del comercio y de las artes liberales, no olvidados los nobles ejercicios y costumbres de la caballería. En tales circunstancias, florecen entre otros escritores insignes en el reino de los Benu-Nasr el africano Aben-Jaldón, originario de Sevilla y el insigne Muhammad Aben-Aljatib, ministro de Muhammad V. Autores ambos de obras históricas señaladas, distínguese el primero por el plan y método de la suya, precedido de un aparato de conocimientos generales etnográficos, religiosos, políticos y administrativos estimados como indispensables para trazar una historia universal del mundo, sin excluir los fastos de los cristianos europeos, ni de las más apartadas naciones de Norte, Mediodía y Oriente; esmerado en el estilo el segundo, poeta, compositor de *macamas*,

redactor de cartas diplomáticas, de memorias clínicas y médico, astrónomo, militar y político, en quien constituye enciclopedia variadísima, la suma y conjunto de sus obras, se limita como historiador á la exposición de los hechos del mundo árabe y en especial de Andalucía y del reino granadino, cuya geografía describe con primor, al par que no se cansa de loar la virtud, la bizarría y el ingenio de los hombres ilustres, que nacieron en sus comarcas.

Al extinguirse el siglo xiv y comenzar el xv, la serie de mantanzas de judíos que inauguran las predicaciones del arcediano de Écija, no impide que florezcan poetas tan insignes como Jacobo Ben Durán ni sabios tan ilustres como los de la familia de los Crescas, benemérita por los trabajos filosóficos é históricos de Hasdai cuyas doctrinas pretendió impugnar Espinosa, y por los del cosmógrafo balear Jaime del mismo apellido, auxiliar del infante de Portugal, D. Enrique, en su escuela de navegantes. Selomoh Ha-Leví ó D. Pablo de Santa María atraía por el mismo tiempo, al seno del Cristianismo, merced á su conversión, hijos y deudos insignes, versados los más de ellos en las letras orientales.

Durante la centuria xv, los judíos españoles cuentan todavía con un talmudista reputadísimo, el Rab Campantón de Toledo, último de los gaones castellanos, tienen un místico esclarecido en Josef Albo y un cabalista de mucho renombre en Pablo de Heredia, sin que les falten poetas insignes, como D. Bienveniste Labi, autor de la parábola «Efer y Dina»; metafísicos de la fama de Abraham Ben Sem Tob, rabino de Huesca y de Zaragoza, y eruditos cual lo fué Alí Ben Jusaf Habilio de Monzón, que tradujo en hebreo algunos escritos de Scoto, de Guillermo de Ocam y de Santo Tomás de Aquino.

Precisamente al terminar dicha centuria, la cultura de judíos y de árabes influye en los acontecimientos más granados que separan los tiempos medios españoles de la Edad moderna; la entendida y previsora administración de los Abarbaneles acude á allanar las dificultades, que estorbaran, por largo tiempo, el logro de las expediciones dirigidas contra Granada, y la ciencia arábica trasladada á libros vulgares y latinos favorece el impulso de remotas navegaciones; pues según refiere Cristóbal Colón en una de sus cartas dirigidas á los Reyes Católicos, la lectura y consideración de lo expuesto por Aben-Ruiz (Averroes), le movieron y aun estimularon á la empresa de descubrir las Indias occidentales 51.

Resta decir de la influencia de los idiomas arábigo, hebreo y ejercida por rabínico en los lenguajes de los diferentes estados y comarcas de la Península Ibérica.

Con tal motivo, cumple á mi propósito el señalar que sale de

los términos de este estudio el exponer, con puntualidad prolija, multitud de voces, frases y modismos que ocurren en los escritos aljamiados, cuyos autores se dirigían ordinariamente á hermanos de raza y religión, que no habían olvidado del todo el vocabulario y gramática de sus antepasados.

Y puesto que se reconozca la deficiencia y pobreza de los diccionarios de nuestras lenguas peninsulares, ajenos á acopiar el caudal entero de elementos semíticos de la lengua del vulgo, puesta alguna excepción respecto del común español y del portugués, estudiados en este concepto por varones eruditos, no parecería atrevimiento el recibir que acuden con mayor contingente en esta consideración el valenciano y el mallorquín, comparados con el catalán de España y Francia. Por lo que toca al castellano, no es menester consideración muy detenida, para distinguir en la opulenta copia de sus palabras, giros y expresiones, la huella imprecadera de las razas, que han pasado por nuestro suelo. De la preciada lengua arábica conserva la nuestra abundante caudal de dicciones, que son las más significativas, para denotar el carácter y las costumbres interiores de la sociedad á que pertenecemos. Á la manera de gallardo trofeo y copiosa ganancia, lograda por nuestros abuelos en sus dilatadas empresas con los moros, nos rodean á la continua memorias indelebles del mundo sarraceno, cuya atmósfera parece que respiramos, al escuchar un sinnúmero de palabras empleadas frecuentemente en los varios usos de la vida. Con ser relativamente sobria en influencias sobre nuestro idioma la gramática sarracena, ha aportado, sin embargo, entre otros pormenores á los dialectos españoles la terminación en *i* é *ies* de algunos sustantivos y adjetivos, multitud de nombres que comienzan por las sílabas *al*, *az*, *al* y *ar*, las formas *en* y *e* del artículo relativo é interrogativo, que corresponden en usos á las *men* y *me* de los Árabes, los artículos indefinidos *fulano* y *zutano*, los adverbios *adrede* y *quizá*, las preposiciones *vera* en sentido de «al lado» y «hasta», las interjecciones *ojalá*, *xo* etc., la frase mixta «*guájate por guájate*», y la genuina fórmula del islamismo, pronunciada al uso vulgar por los castellanos y reducida á la palabra *li-la-ila*. Agréganse, además de esto, y robustecen dicho elemento oriental, que matiza, ya que no altera profundamente *el carácter predominante latino de nuestro idioma* frecuentes asimilaciones del lenguaje escrito y hablado por los Hebreos, cuyas formas vulgares caldaicas y arameas se acercan á maravilla al arábigo, no sin ofrecerse de resalto condiciones peculiares suyas, según se muestran especialmente en las voces *badil* y *lisonja*, en la de *malsin*, técnica del «calumniador» en derecho judío y defini-

da como designación de especial delincuencia en la crónica de Pero López de Ayala, en la de *cáñama* en lo rentístico, en la de *res* por cabeza en ganadería, en la de *mata* por ciudad ú objeto adherido á la tierra, en la de *lobas* por vestido ⁵⁴ y en otras vulgares frequentísimas.

Mas, con ser de interés notorio estas influencias, mayores quizá pudieran descubrirse con el estudio paciente y detenido de nuestros monumentos jurídicos y literarios, así como de las voces y modismos conservados en usos provinciales, comparados con el texto de escrituras castellanas de agarenos y de judíos y de las obras más preciadas, que éstos compusieran en la época de su florecimiento.

Los Hebreos y especialmente los Árabes, escribía yo hace algunos años, «han dotado á España de copiosísima historia, en épocas en que sólo se escribían crónicas descarnadas, han testificado un sentido artístico, exquisito y peculiar en palacios l brados, según la expresión de fray Luis de León, por el *sabio moro* y han acaudalado el conocimiento de la geografía antigua romana y gótica, que reciben superior ilustración de sus escritos. El español, como europeo, reconociéndose parte de la sociedad de naciones, que se extiende desde los Urales al Océano Atlántico, mirará en Grecia y en Roma las civilizadoras comunes de Occidente; pero como habitante de la Península Ibérica, recordará con orgullo los tiempos en que Ingleses, Alemanes, Franceses é Italianos acudían á beber ilustración y ciencia en las escuelas de Toledo y de Andalucía.

HE DICHO.

1 Puede leerse acerca de este asunto la serie de documentos señalados, al discutir las opiniones de Bladé, Hasslin y otros escritores coetáneos, en mi obra en publicación *Los primeros pobladores históricos de la Península Ibérica*, dada á la estampa por EL PROGRESO EDITORIAL.

2 «En resumen y como deducciones probables: el actual pueblo vascongado se puede considerar como la unión de un pueblo ibero ó afine al berberisco y un boreal que tiene algo del finés y del lapón, con mezcla posterior de un pueblo kimri ó germano». Aranzadí, *El pueblo Euscalduna*: San Sebastián, 1889, pág. 42. Para el estudio comparativo de los cráneos de los Z. netas Beni Mzab, al Mediodía de la Argelia, y de los Morduinios, brindan subido interés las observaciones expuestas en las páginas 37 y 38 de tan importante estudio antropológico.

3 Lenormant, *La Langue primitive de la Chaldée et les idiomes turaniens*, 1875.

4 Van Eys, *Grammaire comparée des dialectes basques*, Paris, 1879, pág. 96.

5 Van Eys, ob. cit., pág. 360. Campeón, *Gramática Vascongada*, págs. 193 á 195. Hindoglou, *Grammaire Turque*, París, 1834, pág. 131. El participio de presente activo termina *و* en *chi*, *ch* ó *tch*, el de presente en *xok*.

6 Sobre el carácter relativamente moderno de la cultura é influencia aria, véase á Weber, *Vorlesungen über indische Literaturgeschichte*, 2.^a ed., 1878. *Die Griechen in India*, 1890.

7 Campeón, *Gram. Vascong.*, pág. 114.

8 Seguramente el artículo indicativo egipcio, en su forma masculina *pa*, muestra notable analogía con el euscara *ba*, dado que por una evolución lingüística, que pudo enlazarse en dicho idioma con su antiquísimo sistema de escritura, se antepuso como en el hebreo y en el árabe. En el turco se pospone rara vez bajo la forma *bu* demostrativa, pudiéndose conjeturar como probable recuerdo de que el artículo se posponía también en el primitivo egipcio el pronombre demostrativo *pen*, «este ó aquel», el cual se usa siempre pospuesto, v. gr. *haru-pen* «este día», *em-her-pen* «en este día». V. á Brugsch, *Grammaire Hieroglyphique*, pág. 9. Por lo que toca al euscara, haciéndose cargo Van-Eys, *Dictionnaire Basque-Français*, París, 1873, de la partícula ó sílaba *pen* de uso pospositivo, se expresa en estos términos, pág. 323: «Cette terminaison forme des substantives dans tous les dialects. Nous ignorons ce qu'elle signifie, v. gr., *eros-pen*, *iduris-pen*, *nahaste-pen*, *oroi-pen*, *sortza-pen*». Como *eros-pen* (de *erosi*, comprar), significa compra ó el acto de la compra, «el comprar», é *irudi pen*, «apariencia», de *irudi*, asemejarse, etc., se comprende la posibilidad de que *pen* antiguamente haya tenido valor de demostrativo ó artículo.

9 Pudiera ser imperativo de *השש* ó *השש*, *exultare*, con valor de «alegraos». El turco ofrece el término *اشوش* *Exux* ó *Ixux*, palabra que significa «valiente y bravo». Menniski, en su *Thesaurus Linguarum orientalium, Turcicae, Arabicae, Persicae* (Viennae Austriae, MDCXXX), col. 259, art. 2, interpreta «strenuus».

10 «Claro» se dice en turco *اچقده* *atchiq*, *atchin* ó *achui*; «seco» *قرو* *curu*, «hombre» *كس* *guex* ó *كشى* *guixi*, «mujer» (señora), *هند* *ana* ó *هنة* *ant*, «señora de casa» ó «señora que manda», *هند سور* *ana-ssuer*, ó *هنة سرا* *Anat-sere*, «beso» *ابوش* *apux*, «ciruela» *اركت* *arik* ó *ariñ*, «balsa» *بالجف* *baltsiq* ó *balsiq*, «lodo» *كومره* *cumareh* ó *cimareh*, «avena» *يولاق* *yulac*, «voluntad» *كوكل* *guguel*, «hurto» *اوغر* *ogor*, «bueno» *اوكان* *onat*, «cañizo» *ساز* *sets*.

11 Klaproth, *Journal Asiatique*, t III, I serie, p. 209.

12 Maspero, *Les formes de la conjugaison en Egiptien antique ou demotique et en Copte*. pág. 37. Según este autor, pág. 26, el auxiliar *tu* del egipcio antiguo, equivalente al parecer al vasco *du*, en *det* ó *dut*, no suele usar (en los documentos leídos hasta ahora), el pretérito correspondiente al imperfecto vasco con la nasal *n*,

que es exponente de pasado, pero sí la emplea el verbo *un* en esta forma, *u-nan*, cuya transposición corresponde al *nuan* vasco. Sobre analogías del vasco con otros idiomas africanos que, al parecer, le son conexos, como el amariña de los Abisinios, el cual usa el artículo pospuesto en *u* para el singular y en *oc* para el plural, véase á D'Abbad'e, *Journal Asiatique*, V. serie, t. XIII, pág. 92.

13 La primera persona del presente empleada en el auxiliar vasco *nai*z «yo soy ó yo he», escrita con letras hebreas, así como la segunda *ai*z, escrita con iguales letras en las formas *אית* y *נית*, fácilmente se reconocerían como tales por un hebraizante, aun prescindiendo de la *n* de la primera y de la *c* que se ofrece en la segunda en la variante *c-erade*, que forma *c-erate* para el plural. Lo mismo puede decirse del gerundio é infinitivo *izan* con significación de «habiendo ó haber», que pudiera entenderse *itpael*, arameo, del verbo *היה* suavizada la pronunciación de la *tau* característica con terminación idéntica á la arábica, de igual significado, en *an* ó *a* con *nunación*, y análoga á la en *am*, que se muestra en la lengua hebraica para algunos adverbios de tiempo. Por lo que toca al auxiliar *du*, las terminaciones usadas en un dialecto vasco *du-t*, *du-c*, *du*, y en otro *de-t*, *de-c*, *de-u*, son las mismas del egipcio en el verbo *mer-a* «yo amo», que se conjuga *mer-ek* «tú amas», *mer-eu* «él ama» (Maspero, ob. cit., pág. 6), sin más alteración respecto del hebreo y arameo que la *a* por *t* en la terminación de la primera persona, la cual se deriva del pronombre *anuk* «yo», que se dice casi del mismo modo en hebreo y en árabe, y cuya final cambiada en *t*, modo turánico, produjo quizá la terminación semítica. No es el momento de quilatar, si la *d* en *d-ut* tiene ó no en vasco valor pronominal objetivo en tal verbo y la *t* en el *tu* egipcio, pero merece observarse que, así como *dut* se suple ó sustituye en euscara por *c-erate*, hay otro verbo *ri* en egipcio variante del verbo auxiliar *tu* (Maspero, ob. cit., pág. 33). En tuco moderno, muy influido por el persa y por otros idiomas ariacos, se conserva aún, según Meninski é Hindoglou, una variante del verbo auxiliar ordinario, la cual se conjuga *ida-m*, *aida-k*, *aid-ei*.

14 *Buru*, en el sentido de «cumbre y de esplendor», se encuentra usado en accadio y en asirio. Sayce, *Grammatik*, pág. 27 y 31. En el de «príncipe y cabeza» en el orden moral bajo la forma *פרע* *peru* ó *feru* hebrea. V. Gesenio, *Thesaurus Linguae Hebraicae et Chaldaicae*.

15 Oppert, *Elements de la Grammaire assyrienne Journal Asiatique. Cinquieme Serie*, t. XV, París 1860, pág. 102. Dicha duplicación se observa asimismo en *Chingarra* «tocino», de la voz aramea que en arábigo se dice *خنزير* *ginzir* ó *ginzaro* y significa «jabalí».

16 La palabra *zabal* en el sentido de grande ó ancho, proviene evidentemente de *גבל* *gabal*, que en hebreo significa lo mismo, trocado el sonido de *guimel* ó *g* en *z*, según acostumbra los berberiscos, que llaman á los *gymnetes* griegos *zenetas*, y los judíos modernos que escriben en caracteres rabínicos *muzier* por «*mugier*». Asimismo es completamente semítica la palabra *jaquin*, con que los vascos designan al doctor ó sabio, en caldeo *הכיב* *jaquim*, de significación idéntica.

17 *Abar* «ramo» parece derivado del semítico *עבר* *abar*, del cual se derivan *עבור* *ábur* y *עבורא* *áburá*, que según el mencionado *Thesaurus*, de Gesenio, significa lo mismo. *Acher* «envidia» de *אכל* *achel* ó *achal* «comer ó morder calumniando». *Acheri* «becerro» de *אגל* *échel* ó *áchel*, usado con la misma significación en el texto hebreo del *Éxodo*, XXXII, 4, 8, en el *Levítico*, IX, 28, y en el *Deuteronomio*, X, 16, etc. *Adar* «cuerno» es nombre del mes de los hebreos, á que corresponde el signo de Aries. Entre los asirios era nombre del Dios de la Guerra, es á saber, de un Dios solar como el *Amon*, de los egipcios y el *Hammon* ó numen del calor representado con cuernos, común á berberiscos y á cartagineses. V. Sayce, *The Hibbert Lectures*, 1887, pág. 545. *Adin* «entendi-

miento», del hebreo y caldeo הדין «el juicio». *A lin* «edad» de ידן *ádan é ídan*, con la vocalización aramea conservada en el arábigo عدن *ádden*, que con imalación se pronuncia *addin*. *Ageri*, testimonio, de גלה *ga'ah*, «revelar», de donde *galui*, *gelui* y *geli*, «lo revelado». *Agin* «diente ó muela», de השן *axen ó axin*, que significa lo mismo. *Ortza*, del arameo ערצא *órtsa*, (en arábigo عارض) con igual acepción. *Ahalge* «vergüenza», de החלכה *ahalche* «abyección», ó de הלך *halaq* «ser lúbrico». *Ahlu* ó *halu* «débil», de הלה *hala*, «ser débil». *Ahur* «hüeco de la mano ó puño», de אהור *ahur*, «parte posterior de la mano, puño y puñado». *Ain* «sí», condicional de אבו *im* en hebreo ó *in* en arameo y en arábigo. *Ak* «mucho», de la partícula אך *ak* hebrea en sentido afirmativo. V. *Samuel*, XVI, 6; *Jerem.*, II, 35; *Is.*, LXIII, 8, y á Winer, *Lexicon M. Hebraicum et Chaldaicum*, que identifica el valor de esta partícula cerca de un sustantivo con el del adjetivo alemán *voll*). *Al* «principal» de אל *al ó el*, hebreo y siriaco. (V. *Ezequías*, XXXII, 21). *Alge* «hierba», de לה *laj*, «ser de color verde», אלחה *aljeñ*, «lo que verdea». *Alperrá* «perezoso» de פרע *parah ó perrah*, con pronunciación aramea ó asiria, voz usada en los *Proverbios*, I, 25; IV, 15, en la acepción de *praetermisit* y *neglexit*, de donde *ha-perra* «el descuidado». También se usa en el hebreo bíblico la palabra פרהה *pirhah* (*Job*, XXX, 12), con el artículo *apirhah* en la acepción de «vil, despreciable y depravado». *Ama* «madre» de אם *em* lo mismo, en la forma aramea אמת *ama*. *Anaya*, *anaiea* ó *anajea* «hermano», de an ó han, forma antiquísima del artículo hebreo, y אה *aj*, que significa igualmente «hermano» en la generalidad de las lenguas semíticas. *Arge* «resplandor», ó «cosa brillante», de רקיע *raquiah ó raquí* «cielo», con artículo *arraquí*, que por su etimología de רקע de *racá*, puede significar lo extendido, como lámina de metal, lo parecido al firmamento, al cristal, etc. Obsérvese que el firmamento, donde parecen fijas las estrellas (*Gén.*, I, 14-17), es descrito por los hebreos como esplendente y lleno de luz. (*Ex.*, XXIV, 16, *Dan.*, XII, 3). *Arrazi* «humilde», de הרזי *arrazi*, lo mismo. *Argal* «delgado», de רחל *rachal*, «ser más largo que ancho». *Ardo*, «vino», de רדה *radá* «pisar uva», voz paralela á οἰνοτριβή en griego. *Arrapa* «espuma», de רפף *rapap*, «agitarse». *Arro* «vanidoso», de הרדח *Arruch ó arruaj* «viento». *Arza*, tomar, de ערצ *arats*, «acumuló, adquirió». (*Gén.*, XI, 4; XII, 5, XXXI, 1), ó de ארה *arah* «tomar, coger», *Cant.*, V, 2. *Assi* «principio», de אשש *asas* «echar cimientos», de donde אשיש *asis*, «cimiento ó fundamento». *Asco* «bastante ó mucho», de שקק *sabas*, fué suficiente, ó de שקע *sacah, sacco*, «inundo», de donde השקע «la inundación». *Asmar* «pensar», de זמם *zamam*, ó זמה *zámah*, que significa lo mismo. *Ate*, «puerta», de אטה *atsah ó attah*, «cerrar con madera», de אץ *ats ó att* («*l Reg.*, VI, 23; *Neh.*, VIII, 5»). *Atsa* «dedo», de אצבע *hatsbah*, de igual significado. *Aunz*, «cabra», de ענז *unz*, arameo (en arábigo عنز) con el artículo inicial *Auts*, «polvo», de עג *uch ó udj*, arameo (en arábigo عجاجة *uchachat*). *Ayobia* «elamor», de יבב *yabab*. *Azal* «piel», de סלה *ssalah*, «desollar», ó de שליה *silia*, «membrana que envuelve». *Azal* «manifestar», de גלה *galá ó zalá*. *Azaro* «simiente», de הזרע *azaro*, en arameo con idéntica significación. *Azlu* «olvido» de השלך *hasseleu ó hasselu*, «error, delito, abandono».

18 L'état emphatique (esto es, el nombre con la terminación *a'ef* ó *a* final), remplace l'article de l'hebreu et de l'arabe et il sint presque toujours à cet sujet les regles des langues araméennes». O. pert, *Grammaire assyrienne. Journal Asiatique*, V Serie, t. XV, pág. 100.

19 Rodríguez Campomanes, *Apéndice á la Educación Popular*, 1775. Parte I, página 421.

20 *Les Langues de la Chine avant les Chinois*. París 1888, págs. 122 y 175.

21 Cádiz, *Gades* en latín, del fenicio גדר *Gader ó Gadir*, que según Avieno

significa *vallum* «muro ó cercado», en conformidad con la acepción señalada á este nombre en el hebreo bíblico, Ez., XLII, 7, etc.

22 *Malaca*, de מלכה *malca* «reina», ó de מלחת *malachat* «salazones». *Sisapo* de כסף *Cesef* «plata», ó «metal blanco»; los terminados en *ipo*, como *Acinipo*, de יפה *iafe* «hermoso», ó de יפו *iafo* ó *iapo* «hermosura».

23 *Indibil* y *Endovelico*, de מצעבעל *metsobal*, ó מצעבעל *netsohbaal*, «estrado ó pedestal de Baal», con los cambios de vocales y consonantes comunes á las lenguas semíticas y una *i* ó *e* usual que puede proceder del artículo más ó menos imitado, ó de una pronunciación, que anticipa á la *m* ó *n* el sonido *e*, según lo verifican los berberiscos.

24 Fournel, *Les Bereberes*, t. I, pág. 212.

25 Véase mi libro en publicación «*Los primeros pobladores históricos de la Península ibérica*».

26 *Getuli*, *Getae* dicuntur fuisse qui ingenti agmine locis suis navibus, loca Syrtium nacti sunt, in Lybia, et quia ex Getis venerant derivato nomine *Getuli* cognomine in Lybia se nuncupaverunt et opinio est apud Gothos ab antiqua cognatione Mauros consanguinitate propinque vocare». *Elym.*, lib. IX, cap. II.—*Mando* y *Mandonio* son nombres paralelos en formación á *mulado* y *mulato*, de donde *mula*, pues ידע *yadah* ó נדע *nadah*, de donde se deriva, expresa la generación puramente natural ó sin elección, como en ילד *ilad* ó ولد *wad* de donde *mula* y *mulato*.

27 *Aben-Adhari*, *Bayan-l-Mogrib*, ed. de Leiden, t. II, p. 113.

28 *Almaccari*, ed. de Leiden, 1849-51, t. II, págs. 83-92.

29 Schwab, *Itineraire juif d'Espagne en Chine. Extrait de la Revue de Geographie dirigée par M. Drapeyron*. Paris, 1891.

30 *Bayano-l-Mogrib*, ed. de Leiden, pág. 8 del texto árabe y 97 del Glosario.

31 *Almaccari*. t. II, pág. 254.

32 V. Hammer Purgstall, *Literaturgeschichte der Araber*, t. V, pág. 17.

33 *Dozy*, *Histoire des musulmans*, t. III, págs. 90-92.

34 *Almaccari*, ídem, t. I, pág. 135.

35 *Graetz*, *Geschichte der Juden*, t. V, pág. 312. *Resp. Schaare Zedek*, p. 20, n.º 12.

36 *Harizi*, *Macam*. XVIII, traducción de Zedner; *Auswahl hist.*, Stücke, 70.

37 *Cat'ogue des Manuscrits hebreux, etc.*, de la *Bibliothèque impériale*. París, 1866, pág. 186, números 1028, 1029, 1093 y 1094. *Abregé du traité d'arithmétique en deux livres*, de Nicomaque de Gerasa, accompagné d'un commentaire par *Abou Soläiman Rabia Ben-Yahia évêque d'Elvire*, traduit de l'arabe en hebreu, par *Qalonimos*.

38 *Massudi*, *Praderas de oro*, ed. de la *Sociedad Asiática de París*, t. III, pág. 69 y siguientes. Véase también mi traducción en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1.ª serie.

39 *Almaccari*, ídem, t. II, pág. 54.

40 *Almaccari*, ídem, t. I, pág. 397.

41 *Almaccari*, ídem, t. II, pág. 145.

42 *Ibidem*, t. I, pág. 110 y 111.

43 *Almaccari*, Ms. de Gotha, n.º 408, fol. 234.

44 *Almaccari*, ed. de Leiden, t. I, pág. 144 y más amplia en *Von Hammer*, *O. C.*

45 *Almaccari*, ídem, t. II, pág. 143.

46 *Almaccari*, t. I, pág. 94. Que estos versos lograron imitación en la poesía castellana, testificalo el que á mediados del siglo xvi todavía se cantaba un romance con parecidas frases, puestas en boca de D. Juan II de Castilla, al contemplar la sultana del Genil desde su anchurosa vea:

«Granada, si tú quisieses
 Contigo me casaría,
 Daréte en arras y en dote
 Á Cordoba y á Sevilla,
 También te daré á Jerez
 (Que cal'e si la tenís),
 Granada, si más quisieres
 Mucho más yo te daría »

Cancionero de Romances. Zaragoza, 1550.

Sobre la fecha de este romance véase á Fernando de Baeza, *De la suma que hizo estando en Granada.*

47 Almacari, t. I, pág. 109.

48 Munk, *Journal Asiatique*, 1850, Aben-Danan, *Chenda Gerusa*, etc.

49 Heine, *Romancero*, JEHUDA B. HALEVI, en Graetz, *Geschichte der Juden*, t. VI, página 129. Véase también á Geiger en la obrita intitulada: *Divan des Castilier Abulhasan Juda Halevi*, donde se hace mérito de los versos arábigos y castellanos en que terminan algunas de las composiciones hebreas de este escritor, páginas 135, 137, 138 y 141. En la de la última página señalada, donde se transcribe un manuscrito, escrito probablemente en Italia, y en el cual el copista seguramente ha olvidado marcar el punto del *dagesch* y ha confundido el \daleth ó *d* con el \daleth ó *r*, se leen á través de dichas alteraciones estos versos, que en el metro original son hemistiquios de uno solo :

*Venid la fesca inven, çennillo.
 ¿Quem conde meu coragã n fen tillo?*

Dado el sentido de la composición, el primer hemistiquio parece referirse á un amigo suyo y el segundo á su propia persona. En el mismo concepto, la palabra *conde* debe entenderse por *esconde* ó *venda*, según la interpretación de Geiger á otro pasaje de la misma poesía.

50 Graetz, ob. cit., t. VI, págs. 175 y 176. Gayangos, *History of the mahometan dynasties*, t. II, Ap. IV, p. 23.

51 *Historia de Zeyyad Ben Amir de Quinena*, libro de caballería en arábigo, hallado con otras obras de recreación por el autor de este discurso en un manuscrito de la Biblioteca Escorialense. Ha sido traducido por él al castellano y publicado con una introducción crítica. Fortanet, 1882, fol. (Tirada especial de 30 ejemplares).

52 Acerca de la conversión de Pedro Alfonso al cristianismo y de los nombres con que es conocido después de ella, véase la *Maxima Bibliotheca Patrum*, tomo XXI, donde también se incluyen sus *Diálogos*. La supuesta prelación de Cayo Julio Higino, como escritor de apólogos en la literatura latina española, sólo se funda en la errada interpretación del título de la obra, que escribiera el bibliotecario de Augusto (*De fabulis*), la cual comprende 277 historias de númenes falsos, es á saber: fábulas mitológicas, expuestas en escolios, destinados en su mayor parte á la ilustración de los poetas.

53 Consúltense sobre esta materia los importantes estudios de Jourdain de Leclerc y de Steinschneider.

54 «El Aristotil dice que e te mundo es pequeño y es el agua muy poca, y que fácilmente se puede pasar de España á las Indias, y esto confirma el Avenruiz (Averroes) y le alega el cardenal Pedro de Aliaco». *Tercer viaje de Cristóbal Colón*. Relación del Almirante, según la carta inserta por el P. Bartolomé de Las Casas en su *Historia de Indias*. Navarrete, *Colección de los Viajes y Descubrimientos*, etc., t. I, pág. 261.

55 «Badil» בדיל *badil*, es palabra usada por *Ezequiel* (XXII, 18); é *Isaías* (XX, 2, y

VII, 12). En la acepción de un metal blanco parecido al cinc en los *Números*, XXXI, 22, bajo las formas arameas בדיל *badil* y בדילא *badila*, es un instrumento que sirve para separar. *Lisonja* «alabanza afectada de una persona» y *lisonjear*, aunque pudieran derivarse de *lisan*, que en arábigo significa «lengua», logra explicación más inmediata del caldeo y hebreo moderno לישן *lison*, que en estado enfático se dice

לשנא *lisanaiia* ó *lisoniia* (Dan., III, 4, 7, 31; V, 19; VI, 26; VII, 14). *Malsin* מלשין *malsin*, es participio de forma *hiphil* del verbo *lasan*, que significa ordinariamente en hebreo «abüsar de la lengua», con forma *puhal* «murmurar y acusar», y con la expresada forma *hiphil* «calumniar», según ocurre en los *Proverbios*, XXX, 31, de donde se sigue que *malsin* en rigor técnico ha de interpretarse «calumniador» ó «el que habla mal calumniando», en cuyo sentido se emplea en el capítulo III de la *Crónica del rey D. Juan el Primero*, por D. Pedro López de Ayala, t. II de la edición de Llaguno, págs. 126 y siguientes, al referir, como solicitaron los judíos que les diese el rey un albalá para su alguacil, «que si ellos le mostrasen y dixeren que entre ellos era algún judío *malsin* que le ficiese matar». La palabra *lobas*, muy usada en los documentos hebreo-castellanos, parece derivarse en algunas acepciones del verbo לבש *latas* «vestir», pues con ser raíz común al arábigo, su forma es próxima á la *libos* hebrea. *Res* «cabeza» de ראש. *Mata* «ciudad» de מתא en arameo. *Cáñama*, en acepción de tributo ó repartimiento, de קניאמא que significa lo mismo. Véase mi traducción del *Ordenamento de las aljamas hebreas*, formado en la Asamblea de Valladolid en 1432. Fortanet, 1884, pág. 79. La voz *tablajero*, por «cortador público de carne», no parece derivado en rigor de *tabula*, sino del hebreo y rabínico טבח *tabaj*, carnívero».

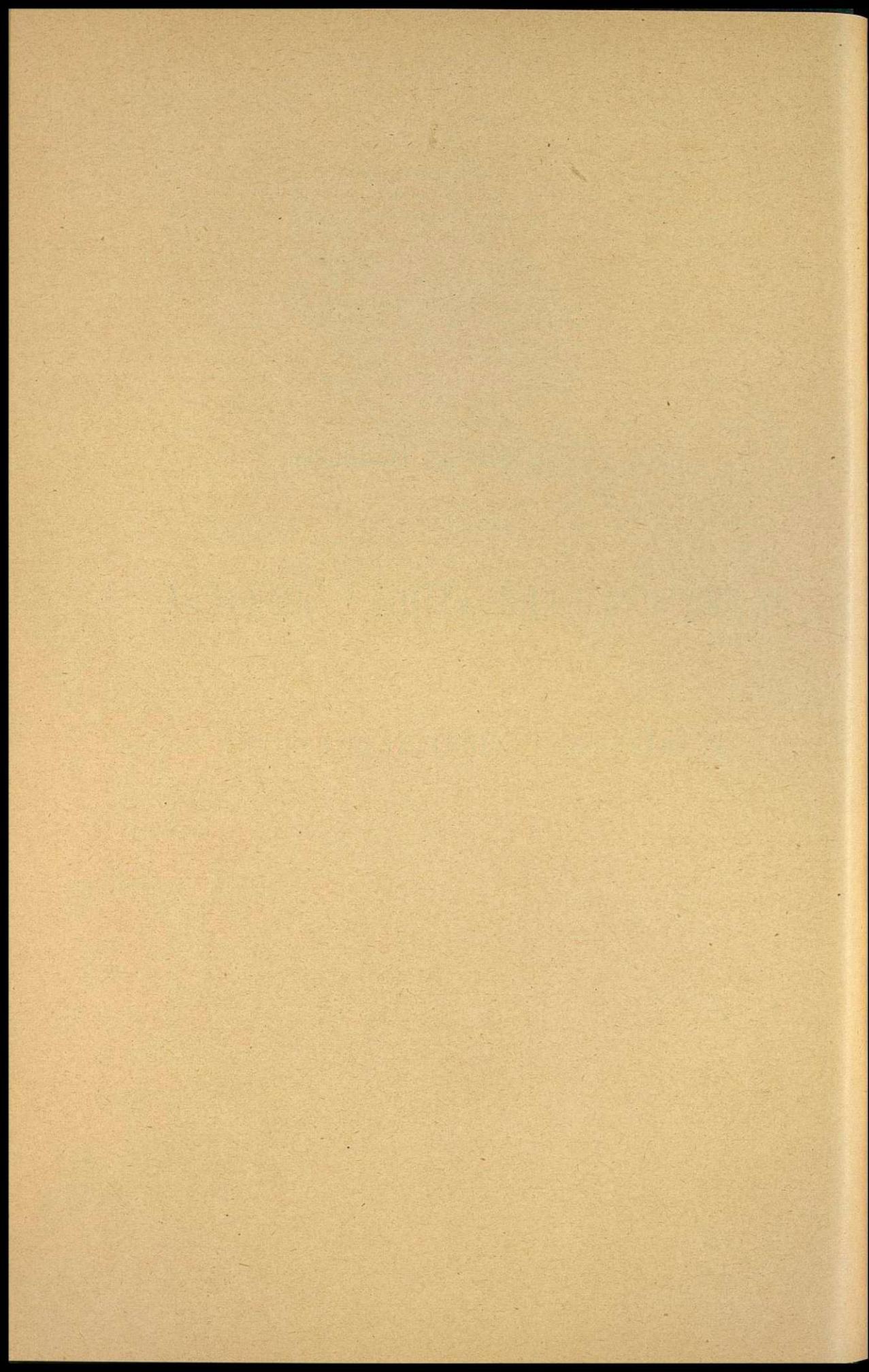
CONTESTACIÓN AL DISCURSO

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. FRANCISCO FERNANDEZ Y GONZALEZ

POR

D. FRANCISCO A. COMMELERÁN Y GÓMEZ



No temáis, Sres. Académicos, que mis palabras fatiguen largo rato vuestra benévola atención. Acabáis de ver justificada por completo la unanimidad de vuestros sufragios al elegir al Exce-lentísimo Sr. D. Francisco Fernández y González, para ocupar la vacante que dejó entre nosotros en edad prematura todavía aquel fecundo y esclarecido vate que se llamó D. Antonio Arnao, á quien su superior instinto, robustecido y educado en las purísimas re-giones de la estética, hizo sentir como á ningún otro de sus con-temporáneos ilustres la armonía y dulzura de nuestra hermosa lengua castellana. Además, os veo impacientes esperar el mo-mento en que la honrosa insignia que, con frase oportuna y feliz llamó uno de vosotros el toisón de oro de la literatura españo-la, luzca sobre el pecho del docto maestro, que sin haber pasado todavía los umbrales de la vejez, ha sabido conquistarse autori-dad tan respetable en los estudios á que preferentemente consa-gra sus anhelos, que no ha de parecer en mis labios retórica lison-ja, la confesión sincera, de que tengo para mí por tan extraordi-nario como inmerecido honor, el gratísimo encargo de dar hoy la bien venida en vuestro nombre á quien tanto y tan bien ha mere-cido de las letras españolas. Y como no he de retardar el espera-do instante, habréis de contentaros con que, á la breve reseña de los merecimientos del nuevo académico, harto conocidos dentro y fuera de España, agregue consideraciones muy ligeras acerca del eruditísimo discurso que acabáis de oírle.

Entendimiento clarísimo, perspicacia singular, tenacidad infati-gable en la investigación literaria y científica, y una insaciable avaricia de saber, tales son las condiciones de carácter con que desde sus primeros años el Decano ilustre de la Facultad de Fi-losofía y Letras de la Universidad matritense, ha labrado su en-vidiable y merecida reputación de docto en todo género de huma-nas disciplinas. Porque el Sr. Fernández y González no es sólo un orientalista distinguido, como pudiera creer el vulgo de las gentes. La historia, la crítica literaria, la ciencia de lo bello y la jurisprudencia han sido por él beneficiadas con éxito más que li-sonjero para la cultura nacional contemporánea, y en el mismo grado que la filología le son deudas de grandes servicios y no-

tables adelantos, que ni le envanecen, ni acaso le dejan satisfecho; porque así como el avaro, que guarda receloso sus tesoros, siente avivarse su ambición en la misma medida que acumula sus riquezas, así el Sr. Fernández y González llevado de vocación irresistible hácia el estudio, acumula con afán y desde antiguo los caudales de erudición vastísima y variada, que son el fruto de su laboriosa vida; pero lejos de ocultarlos como el avaro oculta sus caudales, el nuevo Académico, sin mirar á la recompensa ni escatimar el trabajo, los derrama y difunde á manos llenas en las lecciones de su cátedra y en libros, folletos, discursos y monografías innumerables, entregándolos á la crítica de los sabios, que con su honroso aprecio compensan en parte la positiva y material remuneración, que de seguro le niega la fortuna: por eso en premio de tan grandes sacrificios y de tan generoso y liberal desprendimiento, ni la ciencia le oculta sus arcanos, ni la opinión le niega sus aplausos, dándose el caso de que dos Academias ilustres, antes que la nuestra, la de la Historia primero, y la de Bellas Artes después, le hayan recibido en su seno, haciendo cumplida justicia á sus indiscutibles méritos.

Filólogo y orientalista, el Sr. Fernández y González ha traducido del árabe el *Calendario agrícola de los Marroquies*, la leyenda de *La hija del rey de Cádiz* y *El libro de Ziyad Ben Amir el de Quinena*; ha interpretado unas cartas rabínicas que se conservaban en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, y publicado el texto rabínico del *Ordenamiento de las aljamas hebreas*; ha hecho además muy provechosos estudios sobre un códice siríaco y otro persa de las poesías de Hafiltz; del alemán ha traducido y regalado á la Academia de la Historia, un estudio sobre las antiguas cartas de marear, y del inglés la *Historia de Cartago*, enriquecida con extensas ampliaciones y gran copia de inscripciones fenicias y cartaginesas trasladadas directamente de los textos originales; y por último, el Sr. Fernández y González ha solemnizado el cuarto centenario del descubrimiento de América, publicando dos extensos é importantes estudios, el uno sobre *Los lenguajes hablados por los indígenas del Norte y Centro de América*, y el otro sobre *Los lenguajes hablados por los indígenas de la América meridional*. Tiene además presentados á la Academia de la Historia un *Suplemento á la Biblioteca arábigo-hispana de Casiri*, con *excerpta* de materia histórica, un *Catálogo y estudio crítico de los MSS. rabínicos conservados en la Biblioteca del Escorial*, el texto y traducción de una *Crónica arábiga*, que sobre los últimos tiempos de Granada fué descubierta en la Biblioteca escurialense, y dos estudios: uno sobre *La batalla*

de *Alcazarquivir según los documentos arábigos*, y otro sobre los *Orígenes históricos de la pólvora*. El mejor elogio que de estas obras puede hacerse es consignar aquí que el docto Instituto, reconociendo la incuestionable importancia de semejantes trabajos, ha recomendado su impresión.

Pero no es solamente el campo de la filología, donde el señor Fernández y González ha conseguido merecer que se le considere cultivador benemérito de las letras. Ya en 1860 publicaba las *Alteraciones producidas en la sociedad española por el elemento visigodo*, ilustrando así uno de los períodos más oscuros y difíciles de nuestra historia nacional; dos años después estudiaba con acierto la *Importancia de la cultura de los Árabes españoles*, y traducía directamente del árabe las *Historias de Al-Andalus por Aben Adhari de Marruecos*. Con estas obras se anunciaba por entonces la predilección que toda su vida ha manifestado á los estudios orientales nuestro docto decano de la Facultad de Letras. Con ellas adquiría el título de experto orientalista, que vió sancionado honrosamente, cuando en 1866 la Academia de la Historia le premió por el notable libro titulado *Estado social y político de los Mudejares de Castilla*. Sobre cuestiones que más ó menos se relacionan con el orientalismo en nuestra península, la erudición del Sr. Fernández y González ha dado á luz tan estimables trabajos como los *Ultimos tiempos del reyno árabe granadino*, y estudios tan estimables y completos como el *De los moros que quedaron en España después de la expulsión de los moriscos*, el de *algunas espadas y objetos árabes pertenecientes al último rey moro de Granada*, el relativo al *trofeo conservado en el monasterio de las Huelgas de Burgos con el nombre de bandera de las Navas*, el de *los monumentos y antigüedades españolas descritas por los Árabes*, y sobre *El Mesianismo en la Península Ibérica á principios del siglo xvi*, empenándose últimamente en asuntos de investigación tan difícil como *Los primeros habitantes de la Península Ibérica*, obra nunca intentada hasta el presente en nuestra patria, y á la cual sólo pueden compararse los recientes y doctísimos trabajos de mi ilustre paisano Sr. D. Joaquín Costa, sobre *Antigüedades ibéricas*, y muy especialmente *El litoral ibérico del Mediterráneo en el siglo vi. v. antes de J. C.*, estudios que reunidos en interesante volumen serán dentro de breve espacio admiración y deleite de los doctos. *El humanismo en las universidades españolas en la época del Renacimiento* y la *Crónica de los reyes francos por Gotmaro II, obispo de Gerona*, completan la dilatada serie de notables trabajos, que debe la historia á la docta pluma de nuestro nuevo colega.

La estética, ciencia que en la Universidad profesa el nuevo aca-

démico, le debe eruditísimas lucubraciones como la *Idea de lo bello y sus conceptos fundamentales*, *Influencia del sentimiento de lo bello como elemento educador en la historia humana*, *Metafísica de lo bello*, *Lo sublime y lo cómico*, *La escultura y la pintura en los pueblos de raza semítica*, *Naturaleza, fantasía y arte*, *Lo ideal*, estudio de psicología estética, y *Lo real y lo ideal en el arte*. Ha probado además su competencia de crítico en obras como *Berceo ó el poeta sagrado en la España cristiana del siglo XIII*, y en el estudio titulado *Una poesía del último rey moro de Granada*, y en otros como el *Examen del manual de estética de D. Isaac Núñez Arenas*, *Plan de una biblioteca de autores árabes españoles*, *La Exposición de Bellas Artes en 1865*, *El doctor iluminado Raymundo Lulio*, *D. José Amador de los Ríos y sus obras*, y la *Historia de la crítica literaria desde Luzán hasta nuestros días*, obra esta última, cuyo mérito quedará suficientemente encarecido con decir que fué laureada en 1867 por esta Real Academia.

Sobre la ciencia del derecho ha publicado trabajos tan luminosos y concienzudos como las *Instituciones jurídicas del pueblo de Israel en España*, *El llamado fuero de Salamanca y las instituciones municipales de Castilla*, y en fin, *El Jurado en los tiempos antiguos y durante la Edad Media, y su manifiesta incompatibilidad con los sanos principios jurídicos renovados y ampliados en la época del Renacimiento*.

Tal es, Señores Académicos, ligeramente bosquejada la hoja de méritos y servicios, que, aun á riesgo de mortificar la delicada modestia de nuestro nuevo compañero, me atrevo á presentar, confirmando con ella ante los profanos la rectitud y justicia de vuestro juicio, que le llamó á tomar parte en vuestras doctas deliberaciones: y no incluyo en ella la serie de discursos académicos en que el Sr. Fernández y González hizo inconsciente alarde de su muchísimo saber, dilucidando asuntos de la mayor importancia. Hoy mismo por no perder esta que ya es en él inveterada costumbre, le vemos presentarse á tomar posesión de su plaza de número en esta Academia con un discurso, en que, con erudición verdaderamente benedictina, y poniendo á contribución la historia, la filología y la crítica, desenvuelve el luminoso y exactísimo concepto que con su reconocida pericia ha formado acerca de un punto tan espinoso y difícil, como es la *Influencia de las lenguas y letras orientales en la cultura de los pueblos de la Península Ibérica*.

Ya habéis visto el método que en la magistral exposición de sus ideas sigue el nuevo Académico al desarrollar tesis de tal empeño y trascendencia literaria. Desde el examen de la lengua éuscara hasta los últimos destellos de la civilización y cultura de

los Árabes y judíos españoles en el momento de su expulsión definitiva por los Reyes Católicos, todo lo abarca y estudia minuciosamente. Acaso echéis de menos que su investigadora diligencia no se haya extendido á las épocas interesantísimas romana y visigótica, durante las cuales no dejó ciertamente de manifestarse la influencia oriental característica, de origen ibero, que quizá pueda explicar un fenómeno, que la crítica señala como muestra de la inevitable decadencia de las letras latinas en nuestra patria.

No puede dudarse que en la lengua y literatura de un pueblo es precisamente donde con mayor claridad se refleja el influjo que en su cultura y civilización hayan podido ejercer la literatura y la lengua de otros pueblos; por eso el Sr. Fernández y González tomando desde el principio la historia de la influencia oriental en la cultura española comienza por fijar nuestra atención en los primitivos habitantes de la Península Ibérica y dando por sentado que el idioma vasco fuera el que habló aquel pueblo de la Edad de Piedra morador de nuestra península antes de que á ella arribaran los Fenicios y los Griegos, acude al idioma éuscaro para descubrir en él la primera huella, que la civilización de Oriente dejó impresa en la de aquellos remotos antepasados nuestros.

No afirmaré yo que la lengua vascongada sea, tal y como en la actualidad existe, el habla de aquellos primitivos pueblos; mas tampoco negaré, porque sería negar lo evidente, que allá en el fondo incorrupto de su mermado caudal primitivo conserva restos y caracteres apreciables de remota cultura oriental, como la tierra guarda en sus entrañas los restos fósiles de organismos vivientes que pasaron. Y así es en efecto. Quien sea capaz de dudarlo, medite seriamente sobre las analogías que nuestro nuevo colega descubre entre la lengua vasca y la turca y samoyeda, y aun con el primitivo idioma de Sumir y Acad, por más que hoy parezca muy difícil comprobar la existencia de tan remotas influencias, puesto que sabemos que este primitivo idioma sufrió primero el influjo de los invasores Cusitas, que estaban á punto de hacerlo desaparecer, cuando llegaron los Semitas á posesionarse de las llanuras de Caldea. De aquí se infiere naturalmente que el primitivo idioma turanio de la Caldea septentrional y meridional se descompuso en dialectos, que perfeccionados por las tribus descendientes de Sem y de Cam, se convirtieron en lenguas que hoy clasifican los filólogos entre las semíticas unas como el hebreo, el árabe, siriaco, etc., y otras en otro grupo de las que podríamos llamar casi semíticas como el fenicio, egipcio y cartaginés, por la semejanza que tienen con las del grupo anterior.

No es de extrañar por tanto, que como peritísimo filólogo des-

cubra el Sr. Fernández y González marcados caracteres turanios y semíticos en la lengua vasca, y que afirme por consiguiente la influencia positiva, que las lenguas y civilización de Oriente ejercieron en la cultura de nuestra patria en aquellas remotísimas edades. No es necesario poseer el caudal abundante de erudición filológica que el docto catedrático posee, para penetrarse de la exactitud de sus deducciones, á las cuales llega, libre su juicio de todo género de preocupaciones científicas, y guiado solamente por las indicaciones de una lógica inflexible y rigurosa, de tal suerte, que aun cuando al parecer se inclina á pensar, que del sufijo comparativo *-ena* común á las lenguas turca y éuscara pudiera derivarse acaso el sufijo aumentativo en *-on* del vasco actual, y que de él lo haya tomado nuestra lengua, no llega á afirmarlo terminantemente, considerando sin duda, que no hay que remontarse tan lejos para buscar el origen de nuestros aumentativos castellanos. El sufijo *-on* con que tales aumentativos se forman, como *boc-on*, *cabez-on*, *pe-on*, existía ya en la lengua del Lacio en palabras como *bucc-o*, *bucc-on-is*; *capit-o*, *capit-on-is*; y *ped-o*, *ped-on-is*, que tenían sentido aumentativo, si bien primitivamente lo tuvieron posesivo; y aunque no sea improbable la opinión apuntada por el Sr. Fernández y González, tampoco aparece enteramente desprovista de fundamento la de Bopp, que ateniéndose al sentido posesivo que primitivamente ostentaba el sufijo latino *-on*, supone que no es otra cosa que una metamorfosis natural del sufijo sánscrito *-in*, que entra en la formación de palabras como *dan-in*, que tiene riquezas, rico, de *dan-á*, riqueza; *kès-in*, que tiene cabellera, cabelludo, león, de *kès-á*, cabellera; y *kar-in* que tiene trompa, elefante, de *kar-á*, mano ó trompa ¹.

Tal vez por este lado pudiera señalarse en el vascuence la huella de una influencia ariana; pero sería muy difícil, por no decir imposible, demostrar que tal influencia fuera directa y no mediata y por conducto del latín. Porque es evidente que á pesar del indómito carácter de los habitantes de Cantabria, su primitivo lenguaje ha sufrido en todos los tiempos, y de otros idiomas, extrañas ingerencias, que ante los ojos de la crítica echan por tierra la opinión, que atribuye al idioma éuscaro el carácter de lengua primitiva y matriz. No bastan los fervores del más exaltado patriotismo para fundamentar afirmación tan temeraria. La filología comparada no le podrá negar el blasón de su antiquísima estirpe, después que ha descubierto y reconocido en él positivas conexiones y lazos de parentesco innegable con otros idiomas primitivos;

¹ *Grammaire comparée des langues indo-européennes*, IV, 281, 928.

pero jamás llegará á divinizarlo, afirmando hiperbólicamente, sin fundamento ni razón alguna, que el vascuence fué lengua formada por sólo el ingenio de Dios ¹. Si tal afirmación pudiera científicamente demostrarse, habríamos llegado á descubrir la lengua primitiva, que como castigo impuesto por Dios á la soberbia de los hombres se fraccionó en las llanuras de Caldea en aquellos dialectos primitivos, de donde tomaron después origen las lenguas que componen las tres grandes familias aria, semítica y turania.

No puede admitirse por consiguiente la teoría que atribuye al idioma vasco desmedida influencia en nuestra lengua castellana, puesto que la mayor parte de los sufijos, aumentativos y diminutivos castellanos son de origen directo latino; y aun la afijación enclítica de dos ó tres pronombres personales al verbo, bien pudiera suponerse más que herencia ó imitación de una lengua huérfana de los esplendores de toda literatura, efecto natural de la descuidada ortografía primitiva ².

Acaso más que la lengua vascongada en la castellana, ha influido ésta en aquélla; pero aun así siempre será el vascuence más bien que una curiosidad filológica, una verdadera lengua en que buscarán los sabios la solución de interesantes y oscuros problemas filológicos.

¹ Larramendi.—*El Imposible vencido*.

² En los antiguos monumentos de nuestra literatura, se encuentran á cada paso motivos para convertir en tesis la hipótesis apuntada. Fijémonos en el poema del Cid (edición Vollmöller). En el verso 700 se lee.

Las azes de los moros *yas mueven* adelant.

Por *ya se mueven*: en el 2.452

Aquestos que *gelos* dier.n, non *gelo* auien logrado,

por *se los* y *se lo*: y en el 2.642

Dixo myo Cid yo *desto* so pagado,

por *de esto*. Por donde se ve, que en el primer caso el pronombre se afija á un adverbio, en el segundo se afija un pronombre á otro, y en el tercero un pronombre á una preposición. Este mismo descuido propio de la infancia de todos los idiomas, hace que en el mismo poema, verso 697, se lee

Veriedes armar se moros apriesa entrar en az

y en el 713:

Dan le grandes golpes mas nol pueden falsar

y en el 720:

Ferid los caballeros, por amor de caridad

donde los pronombres *se*, *le* y *los* aparecen separados de los verbos á que se posponen mientras que en el 750 y 751

Diol tal espadada con el so diestro brazo
Cortolo por la cintura el med o echo en campo

le y *lo* aparecen unidos á los verbos *dió* y *cortó*, probando así la indecisión, que dominaba en la ortografía en esta época.

La historia nos atestigua que los cántabros no sufrieron el yugo de la dominación romana hasta los tiempos de Augusto, conservando con la rudeza de sus costumbres la sencillez primitiva de su lengua: y aunque en el resto de España había arraigado por entonces la civilización romana, y con ella la lengua latina, todavía, á pesar de la superioridad evidente del pueblo conquistador, debía conservarse en nuestra península aunque muy desfigurado en lo accidental, pero no en lo esencial, el primitivo lenguaje indígena cuando Cicerón decía: *Similes, enim, sunt Dii, si ea nobis objiciunt, quorum neque scientiam neque explanationem habeamus, tanquam si Poeni aut Hispani in Senatu nostro sine interpretibus loquerentur* ¹. Esto mismo confirma Tácito cuando refiere que habiendo un individuo del pueblo de los Terrestinos vengado con la muerte del pretor Lucio Pisón las injustas exacciones y desafueros con que vejaba á los Españoles, puesto el matador en el tormento á fin de arrancarle el nombre de sus cómplices en tal venganza, *voce magna, SERMONE PATRIO, frustra se interrogari clamitavit* ². Este hecho confesado por los mismos conquistadores, al par que acredita el carácter más saliente de nuestra raza, á saber: la aversión ingénita y constante á todo cuanto parezca imposición extranjera, demuestra y patentiza la resistencia prolongada y enérgica que á la invasión latina opuso la lengua de los pueblos que Roma avasalló en nuestra península.

Por consiguiente, á pesar de las alteraciones que hayan podido introducir en ella los gérmenes de las civilizaciones latina y visigótica en un principio, y más tarde las de nuestro propio romance castellano, no es maravilla que todavía conserve la lengua vascongada caracteres visibles de su antiquísima alcuernia, y que del mismo modo que los muros de Bagdad, levantados con materiales procedentes de aquellas ruinas en que los siglos habían convertido las grandiosas construcciones babilónicas, presentaron á los ojos de Rawlinson el nombre de Nabucodonosor, que este poderoso rey hacía imprimir en los ladrillos con que labraba sus palacios, descubra ahora en su fondo, ante la vista de los sabios, huellas visibles de origen semítico y turanio, que al par que comprueban por modo evidentísimo la influencia oriental en la cultura y civilización del pueblo ibero, hacen de este singularísimo idioma en el campo de la ciencia un punto, quizá el más avanzado y estratégico, de que puede hoy disponer la filología para aproximarse al descubrimiento del idioma primitivo, si fuera posible esta quimera.

Resistióse, es verdad, el pueblo éuscaro al influjo de la lengua

¹ *De Divinatione*, II, 64.

² *Annales*, V, 45.

y civilización romanas; pero en el resto de la península y al tiempo de la invasión visigótica la lengua y civilización del pueblo rey habíanse convertido en nuestra lengua y civilización nacional. Aquel pueblo ibero sobrio, valeroso, que sólo confiaba de sí mismo, que odiaba sistemáticamente al extranjero, que menospreciaba la vida con glacial indiferencia y amaba la libertad con fervoroso entusiasmo, aquel pueblo que, al fundirse con los Celtas en el centro de nuestra península, fundando la gente celtibérica hizo predominar en aquel cruzamiento de razas su primitivo carácter, se sometió tan por completo á la superioridad de Roma, que llegó un tiempo en que el gaditano Lucio Cornelio Balbo obtenía en la metrópoli del mundo la dignidad de cónsul, y otro Balbo, sobrino suyo alcanzaba los honores del triunfo después de haber vencido á los garamantas. Españoles fueron también Marco Ulpio Trajano, Elío Adriano y el gran Teodosio, que empuñaron el cetro de los Césares. Mas no se limitaba al orden político la influencia de Roma en nuestra península, que en el orden intelectual llegó á romanizarse de tal modo, que, aunque fuera en tono de censura, ya Cicerón hablaba de aquellos poetas cordobeses *pingue quiddam sonantibus atque peregrinum*, y los Balbos gaditanos habíanse mostrado oradores eximios, y Porcio Latrón dejaba oír en la metrópoli del mundo los vigorosos acentos de la elocuencia española, al tiempo que Junio Galión se hacía admirar por el poder de su dulcísima palabra, y Turrino Clodio por la solidez de sus conceptos conquistaba la merecida reputación que otro hijo de su mismo nombre supo sostener brillantemente, cuando en el cielo de la elocuencia hispano-latina lucían como astros de secundaria magnitud Cornelio Hispano y Víctor Estatorio. Además el mayor de los citados Balbos, amigo íntimo de Cicerón, ilustraba en sus efemérides, hoy perdidas para la historia literaria, las hazañas de Julio César, y en otra obra que tampoco ha llegado á nuestros días condensaba el pensamiento filosófico-religioso que informaba á la sazón la civilización gentilica de Roma; Cayo Julio Hygino difundía desde la biblioteca palatina las luces de su vastísima erudición; Marco Anneo Séneca se esforzaba en salvar de su inminente ruina á la oratoría, enseñando en Roma el arte de la retórica, y compilando en sus *Controversias* y *Suasorias* los más acabados modelos de aquella elocuencia, ya decadente por entonces; Lucio Anneo Séneca, su hijo, excitaba en el foro la envidia de Calígula en los primeros tiempos de nuestra era, según atestiguan Suetonio y Dión Casio, y en sus libros *De Consolatione ad Helviam matrem*, *ad Marciam*, y *ad Polybium*, daba elocuente muestra de su fortaleza de espíritu para sufrir las contrariedades

de la vida; como maestro de Nerón, hizo concebir esperanzas que luego defraudó aquel monstruo coronado, y en sus obras filosóficas y en sus tragedias se manifestaba como encarnación viva de las dudas y vacilaciones que agitaban los espíritus de aquel tiempo, en que los resplandores del Evangelio empezaban á transformar profundamente, para regenerarlo, el mundo antiguo. Casi al mismo tiempo Lucano, sobrino y discípulo de Lucio Anneo Séneca, arrebatada á Nerón en público certamen el laurel de Apolo, y después de acrecentar con la *Pharsalia* los timbres gloriosos de su familia ilustre, víctima de la envidia y de los hipócritas rencores imperiales, rotas sus venas y recobrada la serenidad perdida en los primeros momentos, moría en lo más florido de su edad, recitando como el cisne en sus postrimerías aquellos versos de su famoso poema:

Scinditur avulsus, nec, sicut vulnere, sanguis
Emicuit lentus; ruptis cadit undique venis;
Discursusque animae diversa in membra meantis
Interceptus aquis, nullius vita perempti
Est tanta dimissa via. 1

Por aquel entonces Marcial, el poeta de Bilbilis, no excitaba la envidia de las musas imperiales, ni alcanzaba las altas dignidades del Estado; pero á pesar de su picante obscenidad burlesca y de su maliciosa desenvoltura, obtenía la admiración y aplausos de la romana plebe, subyugada por la agudeza incomparable de aquel altivo ingenio aragonés, que como era de su natural culto y urbano, parecía empeñado en restaurar el arte de los poetas clásicos. La restauración de las letras clásicas procuraban también Columela con sus doce libros *De re rustica*, de los cuales el décimo, *De cultu hortorum*, es el único poema latino en que se recuerda la pureza y elegancia de las Geórgicas; Silio Itálico, que aunque falto de alientos é inspiración para seguir las huellas de Homero y de Virgilio, intenta, en el poético relato de las guerras

1 *Pharsalia*, III, 638.—En opinión de muchos críticos estos son los versos que, según refiere Tácito, recitó el insigne vate cordobés al morir desangrado para cumplir la sentencia de muerte, que Nerón fulminó contra él por haber tomado parte en la conjura que tramaba Cayo Pisón. Otros opinan que los referidos versos son estos otros:

Sanguis erant lacrimae: quaecumque foramina novit
Humor, ab his largus manat cruor: ora redundant,
Et patulae nares: sudor rubet: omnia plenis
Membra fluunt venis: totum est pro vulnere corpus.

(*Pharsalia*, IX, 811.)

La opinión de unos y otros se funda en estas precisas palabras del historiador citado: «Recordatus carmen a se compositum, quo vulneratum militem, per ejusmodi mortis imaginem obisse tradiderat, versus ipsos retulit, eaque illi suprema vox fuit.» *Annales*, XV-LXX.

púnicas, devolver á la lengua de Roma la expresión castiza propia de sus mejores tiempos; y el insigne Quintiliano, que con su libro *De institutione oratoria* y sus veinte años de público magisterio, trabajaba en apuntalar la decadencia manifiesta y patente de la elocuencia antigua; y el discreto, florido y elegante Lucio Anneo Floro, que honraba el glorioso nombre de sus antepasados, compendiando á Tito Livio en el *Epitome rerum romanarum*, al tiempo que Cayo Voconio como poeta y Antonio Juliano como retórico ilustraban el nombre de la patria ibera.

La luz del Evangelio comenzaba á iluminar el mundo, y la doctrina de Cristo había conmovido profundamente los cimientos de la sociedad gentilica, que ya decrepita y minada por la podredumbre de todos los vicios defendía con desesperación su degradante esclavitud, procurando ahogar en su cuna el Cristianismo naciente, y afectando regenerar la lengua y la literatura con la savia de anacrónicas reminiscencias clásicas. Pero al fin la luz triunfó de las tinieblas. Aquellas persecuciones horribles que los emperadores decretaron y consumó el fanatismo de un pueblo envilecido, no pudieron contener los progresos de aquella doctrina redentora que señoreando las inteligencias y subyugando las voluntades, había en plazo no lejano de hundir en los abismos del no ser á toda la civilización del mundo antiguo. Era por consiguiente natural que resultaran ineficaces los esfuerzos que Hygino, los Sénecas, Marcial, Mela, Columela, Silio Itálico, el mismo Floro y hasta los emperadores Trajano y Adriano hicieron por reavivar el clasicismo agonizante; porque el pueblo romano caminaba hacia su ruina con la velocidad del vértigo, y el poderoso imperio de los Césares iba á hacerse en pedazos de los cuales habían de formarse otros imperios, y su habla iba á romperse en dialectos que más tarde convertidos en lenguas, serían la encarnación viva del generoso espíritu innovador de la civilización naciente. La poderosa y elocuente voz de los Padres de la Iglesia, iluminando el entendimiento de Constantino el Grande con la luz de la doctrina de Cristo, puso dichoso fin á aquella repugnante bacanal inmensa, en que perdida la razón, y menospreciado todo humano decoro, parecía complacerse el mundo en el más estólido y vergonzoso suicidio. La noble tierra de Iberia regada con la sangre generosa de los mártires sus hijos, hizo fructificar al punto las palmas del martirio; y el grande Osio, el padre de los concilios como se le llamaba en su tiempo, combatía con fogosa elocuencia la herejía de Arrio; Cayo Vecio Aquilino Juvenco cantaba la vida del Salvador del mundo en limpios y sonoros hexámetros, refrigerando su inspiración en la purísima fuente del Evangelio, y

fundiéndola en el molde de los modelos clásicos; la arrebatada fantasía del cesaraugustano Prudencio rompiendo las torpes ligaduras del fatalismo, que refrenaban el vuelo del pensamiento clásico, hacía saltar en pedazos los antiguos moldes estrechos y mezquinos para la sublimidad del pensamiento cristiano; el papa español San Dámaso ensalzaba en sus briosos himnos el triunfo de la verdad cristiana, y cuando aquella tempestad que se cernía sobre el carcomido imperio de los Césares lanzó sobre la civilización de Europa aquellas miriadas de gentes bárbaras que la arrasaron, pasando sobre ella como el huracán, y sembrándola de ruinas y de estragos, contra las pérfidas acusaciones del paganismo se levanta la voz enérgica y robusta de nuestro Orosio, que en sus *Historias* reivindica al Cristianismo de ser causa de aquella devastación universal, y que en el *Apologético contra Pelagio* defiende el libre albedrío enfrente de los errores de la herejía priscilianista y pelagiana; Draconcio en inspirados versos lamentaba las desdichas de la Bética su patria, sojuzgada por la barbarie de los Vándalos, y saludaba con entusiasmo las águilas del imperio conducidas por Castino á libertar aquella preciada región de nuestro suelo; y en su poema *De Deo* refutaba victoriosamente los delirios del politeísmo, los errores de la herejía y la degradación de la barbarie, cantando la majestad y la grandeza, la bondad y la justicia y el poder infinito del Dios único; Orencio en su *Commonitorium* procuraba fundamentar sólidamente la educación moral y religiosa de la cristiana grey, en versos dotados de menos lozanía que los de Draconcio, pero en los cuales aunque llega á su total eclipse la prosodia latina como elemento importante de la metrificaci6n clásica, se descubre, no obstante, cierta sobriedad, claridad y dulzura no muy comunes en aquel tiempo de bárbara y fatal decadencia literaria y en el cual el insigne Idacio traza con vigorosa mano en su *Cronic6n* el cuadro pavoroso de desolaci6n y luto, á que se veían reducidas la Iglesia y la patria iberas por el frenesí exterminador de los bárbaros, ministros inconscientes de la justicia divina.

Vemos, pues, que durante el imperio la raza ibera se había sometido enteramente á la cultura y civilizaci6n romanas, pero sin abdicar en absoluto de su genial y primitivo carácter. Los defectos que los gramáticos y retóricos señalan en los Sénecas, Lucano y Floro en la época gentilica, y en Juvenco, Prudencio, Orosio, Draconcio é Idacio en la época cristiana; mirados sin las preocupaciones propias de la retórica y de la gramática, acaso sean virtudes dignas de sincero aplauso, porque responden al carácter de la raza ibera, y son consecuencia natural y lógica de aquella indó-

mita fiereza, que tan mal se avino con la servidumbre, á que fué por la República sometida nuestra patria. Acaso atentamente examinados esos defectos, que á los citados escritores mancillan en opinión de la crítica menuda, sean la prueba más concluyente de la influencia oriental en la lengua y literatura de nuestra patria, durante la época que rápidamente y á grandes rasgos dejo bosquejada. El espíritu oriental manteníase vivo en la literatura hispano-cristiana de aquel tiempo por el estudio de las sagradas escrituras en que con preferencia se inspiraban y nutrían los ingenios españoles, contribuyendo en gran manera á robustecerlo y vigorizarlo la circunstancia de que escritores como Orosio acudiesen al África y al Asia á recibir las inspiraciones y enseñanzas del Águila de los Doctores y del Doctor Máximo de la Iglesia Católica. Así se explica la inclinación decidida de los escritores de esta época á la exuberancia y fastuosidad propias de la escuela africana, inclinación, que es una prueba más de la influencia oriental de que por motivos de raza no podían librarse, y que se manifestaba patente no sólo en los rumbos por donde encaminaban su inspiración, sino hasta en esas alteraciones de la lengua que para muchos son señales ciertas de corrupción y decadencia.

Con la caída del imperio de Occidente y la invasión de los bárbaros cambia la faz de Europa. España padeció entonces la barbarie de Suevos, Vándalos y Alanos, hasta que en ella se establecieron los Visigodos, bárbaros también, que despojaron á la raza vencida de todos los derechos, declarándola de inferior condición desde el momento en que los vencedores prohibieron que su sangre se mezclara con la de los vencidos, y procurando por todos los medios que ponían en sus manos el fanatismo y la barbarie pervertir y dominar el corazón y la inteligencia del pueblo sometido, embruteciéndolo en el error de la herejía arriana. Pero aunque abatida al presente la robusta y enérgica elocuencia de los apologistas españoles no llegó á debilitarse hasta el punto de enmudecer; perdió, sí, la lozanía y brillantez de los pasados tiempos, no ostentaba las galas propias de un arte refinado que no podía existir en aquella edad de confusión y de tinieblas; pero animaba sus acentos con el tono de noble sinceridad y sencillez severa con que Elpidio, y los hermanos Nebridio, Justiniano y Severo, obispo de Málaga, procuraban, según San Isidoro, mantener viva en los vencidos la llama de la fe, y extinguir en los vencedores la peste de la herejía. Aquella edad verdaderamente de hierro tuvo, sin embargo, entre los Hispano-romanos hombres que como Justo, obispo de Urgel con la *Exposición mística del Cantar de los Cantares*, Liciniano con sus epístolas, y Apringio á quien San Isi-

doro, por su *Comentario al Apocalipsis*, llama *dissertus lingua et scientia eruditus*, demostraban á las claras, que si desfallecía, no había muerto el espíritu de nuestra raza, y que si su genio podía eclipsarse, no era posible que se extinguiera por completo.

La soberbia de los dominadores visigodos había contribuído eficazmente á mantener la raza hispano-romana libre del contagio de la herejía. El espíritu de los Hispano-romanos se había fortalecido de tal suerte en medio de la persecución organizada contra sus hombres más ilustres, que el fracaso más vergonzoso fué el único resultado obtenido de aquel célebre conciliábulo que Leovigildo hizo reunir en la ciudad de Toledo, con el fin de propagar entre los Hispano-romanos la pestilencial doctrina de la herejía arriana. Entonces fué cuando el despecho de los opresores ciegamente empeñados en tan temeraria empresa, no volvió de su asombro, contemplando, á pesar suyo, honrada la púrpura real con la sangre del martirio. Entonces fué cuando en toda su majestad y grandeza apareció la colosal figura del insigne obispo hispalense San Leandro, que en unión de su ilustre hermano San Isidoro, compendia y personifica el genio, las virtudes y la cultura de aquella raza, que si humillada y abatida pudo pasar, sin protesta, de la servidumbre de Roma al dominio de los bárbaros, tuvo en su inmerecida desgracia la serenidad de ánimo bastante para conservar inextinto el fecundo germen de la cultura de otros mejores tiempos. San Leandro, doctísimo en las lenguas latina, griega y hebrea, cumplía la pena de destierro, á que había sido condenado, pasando de España á Constantinopla, emporio en aquel entonces de las ciencias y las letras, y empapándose en la doctrina de las Santas Escrituras allí, donde el gran Justiniano resucitaba el esplendor y la majestad augusta del Imperio; allí, en aquel ambiente embalsamado todavía con el suavísimo perfume de las virtudes, del saber y de la elocuencia más que portentosa de los Padres de la Iglesia griega, templaba nuestro insigne compatriota las armas de su cultivado ingenio para combatir en dos libros y con estilo vehemente y enérgico los errores de la herejía y para animar y exhortar á sus hermanos los obispos españoles á que sin tregua ni descanso combatieran en la lejana y conturbada patria la heterodoxa doctrina del presbítero alejandrino. Su voz autorizada encontró eco en aquellos á quienes se dirigía, y muy especialmente en Juan de Biclara, godo de nación, que había sido educado en Constantinopla y entretenía sus ocios escribiendo lo mismo que Máximo, obispo de Zaragoza ¹, la historia de aquellos tiempos,

¹ San Isidoro.—*De viris illustribus*. XL, VI.

dejando á un lado las galas del estilo, acaso porque la grandeza de aquellos acontecimientos embargaba por completo las facultades de su espíritu.

La solicitud y esfuerzos del santo obispo de Sevilla preparaban en tanto la realización de aquel glorioso acontecimiento, por el cual, en el tercer concilio toledano, Recaredo, el Constantino español, iba á abjurar la pravedad herética, á dar la paz á la Iglesia, á realizar la unidad política y religiosa de España y á poner término á aquella época de confusión y de tinieblas, que la venida de los bárbaros había inaugurado en nuestra patria. La elocuencia de San Leandro celebró aquel acontecimiento memorable con una homilía, que aun á pesar de los desdenes con que la crítica de nuestro tiempo suele juzgar las obras de aquella época, ha merecido ser, por el más eminente de nuestros críticos, considerada como un trozo de elocuencia digno de San Juan Crisóstomo. Inauguróse á la sazón en nuestra patria una nueva era en la cual, lejos de romperse las tradiciones literarias que durante el imperio habían predominado en la península, recibieron vigorizadora y nueva savia con la vecindad de los Romano-bizantinos, que dominaban todavía en gran parte de nuestras costas orientales y meridionales. El latín aunque transformado por la evolución, que ya se manifestaba en él visiblemente, llegó á ser entonces además de idioma común de los católicos la lengua favorita de la corte, cuyos magnates la estudiaban acaso porque iba sustituyendo ya á la lengua goda en los tribunales y en la cancillería. Por otra parte, la escuela de Sevilla, cuyos fundamentos había echado San Leandro, producía sus más sazonados frutos; y el gran San Isidoro, educado por sus hermanos Leandro, Fulgencio y Florentina, formado su gusto en el estudio de las letras latinas y griegas, conocedor profundo de la filosofía helénica, y empapado su entendimiento en la doctrina de las Sagradas Escrituras, cultivó primero la poesía y difundió luego con prodigiosa actividad toda la ciencia antigua, echando los cimientos de la cultura de la Edad Media en las obras tituladas: *Originum ó Etymologiarum libri XX*, *De Differentiis verborum*, *De Differentiis rerum*, *De proprietate sermonum* y *De natura rerum*, donde á par que la propiedad y acierto con que trata los asuntos, campean la pureza y profundidad de la doctrina, y el respeto y amor que profesaba á la ciencia de Griegos y Romanos. En los libros *De viris illustribus* y en la *Historia de regibus Gothorum, Wandalorum et Suevorum* procura alentar los esfuerzos del clero español para sostener el triunfo obtenido en el tercer concilio de Toledo, y estimular la bravura del pueblo visigodo, cual si previera en porvenir no lejano la

degeneración fatal de aquella indomable raza. Sus *Orígenes* pueden considerarse como la enciclopedia de los conocimientos humanos de la Edad Media ¹. En ella ocupan lugar digno y adecuado la teología y la filosofía, las ciencias naturales y las matemáticas, la astronomía y la agricultura, la medicina y la ciencia del derecho, la historia y la cronología, la arqueología, la literatura, la filología y la música, y todo, en fin, cuanto se relaciona con la ciencia divina y humana. En esta obra compendia y enriquece todo el saber de la antigüedad y de la decadencia latina, y al tratar de la retórica y exponer la doctrina referente á las formas oratorias y de argumentación, y á los predicamentos ó categorías, demuestra con claridad y por modo incontestable que en las escuelas españolas había florecido la doctrina del filósofo Estagirita mucho antes de que los Árabes invasores de nuestra patria tuvieran de ella noticia por conducto de muzárabes y muladíes. La diferencia que establece entre la astronomía y la astrología, considerando á la primera como verdadera ciencia, y á la segunda como superstición, es una prueba palmaria de que la poderosa inteligencia del sucesor de San Leandro, lejos de contaminarse con las tinieblas de su tiempo, procuraba desvanecerlas y ahuyentarlas con los purísimos destellos de su profundo saber. Digno es también de admirar como ya en aquel tiempo presenta la medicina limpia de las preocupaciones que más adelante la obscurecieron, y como en la mineralogía describe los mármoles, piedras preciosas y metales, sin atribuirles las fantásticas y caprichosas virtudes, que en siglos posteriores les atribuyeron Árabes y judíos. De esta suerte el Doctor de las Españas, como le llamaba su santo amigo el obispo cesaraugustano Braulio, recogiendo en sus *Orígenes* todo el tesoro de la ciencia antigua, lo transmite cual precioso legado á las generaciones venideras, que después de la espantosa ruina del imperio visigótico, acuden á salvarlo, para remediar en lo posible aquel gran desastre, que parecía aniquilar la civilización hispano-romana.

No fué San Isidoro el único cultivador de la poesía en esta época: Máximo, obispo de Zaragoza, y Conancio, obispo de Palencia, reverdecen los laureles de la musa cristiana con los dulces acentos de sus piadosos himnos. La ciencia de San Isidoro inspiró la musa de San Eugenio de Toledo, que al contemplar las virtudes heroicas de los mártires y confesores de Cristo prorrumpía en juveniles arrebatos de entusiasmo lírico, y en tristes acentos elegíacos, cuando la corporal dolencia le lleva á la contemplación

¹ Marius Michel, *Le livre des Origines d'Isidore de Seville*, 1891.

de la fragilidad y la flaqueza humanas; y cuando en los últimos años de su vida aspira á difundir la ciencia por él atesorada, manifiéstase poeta no desprovisto de la claridad y método propios de la didáctica.

En el raudal purísimo de la ciencia isidoriana se inspiró la elocuencia apostólica, vigorosa y solemne de San Ildefonso, para combatir con su famoso libro *De perpetua virginitate Sanctae Mariae* la herejía de Helvidio y Joviniano, que nacida en el siglo iv, amenazaba todavía en el vii quebrantar la unidad religiosa y política proclamada en el tercer concilio toledano. Movido de ardiente celo por la gloria de María, mostrábase en ésta obra el santo arzobispo de Toledo, impetuoso, grandilocuente y amplificador á tal extremo, que acaso sea efecto de la influencia oriental la verbosidad y amaneramiento que un crítico eminente¹ echa de ver en este libro, y que no afectan á sus otras obras *De cognitione baptismi* y *De itinere deserti*. Su discípulo y sucesor en la silla toledana, San Julián, poeta, orador, filósofo y teólogo, en su *Historia rebellionis Pauli*, apartándose del patrón á que se ajustaban los cronicones de aquel tiempo, se acomodaba á la pauta de la historia clásica, si bien dejándose en la exuberancia, tono declamatorio y abuso de metáforas y figuras de sus arengas, translucir el germen de orientalismo, cuya existencia era imposible evitar en escritores de raza ibera, acostumbrados al relato histórico de la Biblia. El ejemplo de San Isidoro movió también la pluma de Paulo Emeritense para escribir á imitación de San Gregorio su obra *De vita et miraculis patrum Emeritensium*. Tajon con sus cinco libros de las sentencias acrecentaba el brillo del renacimiento científico y literario, promovido por el hermano de San Leandro, mientras que Valerio, apartado del mundo y de los modelos clásicos en sus *Visiones* y *De vana saeculi sapientia*, desdeñando la gala de los ornamentos retóricos y la pompa de las palabras, traza al lenguaje y al estilo desconocido rumbo, pretendiendo aderezar la prosa de su poética elocuencia con el atavío de la rima. En suma, fué tal y tan poderoso el impulso dado á las ciencias y á las letras por el egregio doctor de las Españas, á pesar de las preocupaciones de raza mantenidas con tesón por el pueblo visigodo aún después de la victoria completa y absoluta conseguida sobre él por la cultura hispano-romana, que la historia literaria nos atestigua, que cultivaron con predilección y esmero la lengua de los vencidos, el conde Bulgarano, gobernador de la Galia gótica, y los reyes Sisebuto y Chindaswinto. Sin embargo, la superstición pagana no

¹ D. José Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española*, I, IX, 401.

había sido aún extinguida por completo en aquella sociedad á fines del siglo VII, y la raza visigoda, aun reconociendo la superioridad de los Hispano-romanos, y cediendo á la mayor ilustración de su clero, mantenía por su parte en todo el primitivo rigor, la intransigencia antigua; y si bien la dignidad real estaba patrocinada por la Iglesia, sólo podían ascender al solio regio varones de la más alta nobleza visigoda. Al fin los reyes recelándose quizá del sagrado poder que los ungía, sentaron en la sede metropolitana y en otras muchas del reino á hombres de la raza visigoda, en los cuales ya no se reflejaban ni las virtudes, ni el saber de los Leandros, Isidoros, Braulios, Eugenios é Ildefonsos. Entonces sin apagarse por completo los resplandores de la ciencia isidoriana, sufrieron prolongado eclipse, debido á la decadencia moral á que había venido la raza visigótica, en cuyas costumbres habían echado profundas raíces las preocupaciones gentílicas, que aun combatidas sin cesar en los concilios por el celo de los Padres, no sólo no llegaron á desaparecer enteramente, sino que por el contrario tomaron mayor incremento y precipitaron la ruina del imperio visigótico, cuando los abusos del poder real neutralizaron la influencia legítima y bienhechora del episcopado hispano-romano, dando participación en él á la raza visigoda. En aquella sociedad sin ventura fructificaron entonces la disolución alentada por todo género de supersticiones en la plebe, y la degeneración y degradación más espantosas fomentadas en la nobleza por todo género de concupiscencias. La depravación en el orden moral, y la anarquía en el político, minaron hondamente los cimientos de aquella sociedad prematuramente decrepita; y aquel pueblo valeroso, que había fundado su imperio sobre la ruina de otros pueblos bárbaros, aquel pueblo que al convertirse al catolicismo había entrado en el camino seguro de su regeneración, llegó á tal estado de apocamiento y debilidad moral, que no pudo impedir aquella horrorosa catástrofe, que en aguas del Guadalete hundió para siempre al que había sido poderoso y temido imperio visigótico. Y no bastó que la Iglesia previera aquel desastre providencialmente anunciado desde los tiempos de Wamba, y vuelto á recordra en los reinados de Egica y de Witiza. No bastó la ciencia de San Isidoro para contener el desquiciamiento que se vislumbraba. La torpe superstición gentílica se había infiltrado de tal suerte en las costumbres de los Visigodos, que los magos, los nigrománticos, los pulsadores, los agoreros, adivinos y encantadores, gozaban de gran prestigio en aquella sociedad supersticiosa y fanática, que se precipitaba en el abismo de los placeres sensuales, emulando las *comessationes* de los emperadores romanos, el desen-

freno de las gentílicas fiestas de Himeneo, las pompas de los funerales paganos, la licenciosa demencia y frenesí del circo y del anfiteatro, y el escándalo y torpeza de las representaciones escénicas, que merecieron que el teatro fuera por San Isidoro calificado de prostíbulo; pompas, desenfreno, torpeza y escándalo á los cuales prestaban su misterioso y seductor encanto la danza y la poesía. Quiso poner la Iglesia oportuno y eficaz remedio á tanta disolución y desvarío, para encauzar, ya que no fuera posible detener aquel torrente de cieno que amenazaba ahogar al prepotente imperio visigótico: y aquella afición malsana, que el pueblo manifestaba hacia la poesía, fué satisfecha y bien dirigida con los himnos y cánticos en que además de solemnizar los grandes misterios de la religión, y celebrar el triunfo de los mártires de Cristo, dulcificaba la Iglesia los dolores de aquel pueblo, santificaba y purificaba sus alegrías, refrenaba sin violencia sus desordenadas pasiones, y echaba al mismo tiempo los cimientos de la poesía popular española. No es difícil en algunos de estos himnos advertir los gérmenes visibles del orientalismo, que se descubre en general en las producciones de la que podríamos llamar literatura hispano-latina. Así por ejemplo en el himno que lleva el título *De nubentibus*, se lee la siguiente estrofa:

Epithalamia usque dum reddita
Voce paradica receptant gratiam:
Crescite, clamitat, replete aridam,
Ornate thori thalamam,

en donde se ven traducidas en el tercer verso las palabras del texto hebreo רִבְרִיאַר אֶת-הָאָרֶץ, por *replete aridam*, más literalmente que en el *replete terram* de la Vulgata, puesto que el adjetivo substantivado *aridam* corresponde más exactamente que el nombre *terram* al אֶרֶץ hebreo, que en los capítulos I y XXVIII del Génesis significa «la parte seca de la tierra», en oposición á los mares; y á tal punto llega la fidelidad con que la palabra latina corresponde á la hebrea, que acaso tenga más de real y positiva que de ingeniosa ó fantástica la opinión que supone á ambas procedentes del mismo origen.

En la composición de estos himnos, único monumento de la poesía á la vez popular y erudita de aquellos tiempos, no tuvo parte alguna el pueblo visigodo: el clero hispano-latino los compuso, como hemos indicado, para encauzar aquella ciega y deatentada afición, que los Visigodos sentían por las costumbres y ritos del paganismo. La mayor parte de ellos fué compuesta en el siglo VII, sobre todo los que pueden considerarse como propios de la monarquía visigótica, y deben por tanto atribuirse, en opinión del

doctísimo Amador de los Ríos, á los insignes varones, que alcanzaron mayor influjo y autoridad en aquella época. La importancia de los preciosos documentos literarios comprendidos en el Himnario hispano-latino-gótico se comprende sin gran esfuerzo, considerando su fin altamente moral y civilizador. La lengua en que están escritos dista mucho de ser la lengua de Virgilio y Horacio y de la solemne entonación de los poetas clásicos: su forma poética se derivaba de la forma clásica; pero así como el artificio de ésta se fundaba en la cantidad prosódica, en la de los himnos predomina el acento y hace su formal aparición la rima, fundamentos ambos en que se apoya la forma poética de nuestra lengua castellana. La claridad y sencillez del lenguaje poético, que en la mayor parte de estos himnos predomina, responde á la necesidad de que fueran entendidos por Godos y Españoles á fin de suavizar las bárbaras costumbres de los unos y mejorar la situación precaria de los otros; y por eso quizá en estos poemas líricos se ostenta de más alto relieve el carácter nacional de nuestro pueblo, que en el resto de los monumentos que nos ofrece la historia literaria de aquella edad, por lo mismo que representan el triunfo definitivo de la civilización de los Hispano-romanos, esencialmente católica, sobre la superstición arriana y la barbarie visigótica.

Sea como quiera, es imposible negar que la lengua y civilización romanas fueron la base de nuestra lengua y civilización, modificadas primero por el carácter de la raza ibera y después por la doctrina del Cristianismo: así que sin incurrir en exageraciones censurables bien puede afirmarse que desde Sextilio Hena y Marco Porcio Latrón hasta Paulo Emeritense y San Valerio y los autores del Himnario hispano-latino-gótico, los destellos de la cultura oriental no llegaron á apagarse enteramente en la civilización del noble pueblo hispano-latino, heredero del genio y de las tradiciones de la raza ibera. No llegaron, es verdad, á sobreponerse á la civilización y cultura, que encarnada en su lengua había impuesto á los habitantes de nuestra península el poder de Roma; pero llegaron á imprimirle el sello y los caracteres, por los cuales se distingue y adquiere en la historia literaria personalidad propia y distinta la literatura hispano latina. La misma lengua en que César y Tácito, Horacio y Virgilio condensaban su pensamiento, declarándolo en el menor número posible de palabras, aquella lengua de la cual se ha dicho con fundamento sobrado que era la más á propósito para escribir en mármoles la historia del pueblo más grande de la tierra, se desbordaba exuberante y copiosa al servir de forma y de instrumento expresivo á las concepciones de la ardorosa fantasía de los ingenios españoles influidos acaso con exce-

so por el calor natural de aquella sangre ibera que corría por sus venas.

Los gloriosos destinos á que la divina Providencia llamaba á la raza española se adivinaban ya en la época, que termina con la decadencia de la dominación visigótica. Aquel pueblo que, durante la dominación de la República romana, había en sus costumbres y lenguaje, y para decirlo de una vez, en su cultura nacional, rechazado con entereza y tenacidad la influencia del pensamiento romano, amolda á él las nobles facultades de su espíritu, cuando el imperio le convierte de siervo en aliado y amigo, llamándole á la participación de todos los derechos: entonces hace suya toda entera la civilización romana, imprimiendo en ella el sello de la independencia de su espíritu, que prevalece y se fortifica con la idea cristiana, hasta el punto de regenerar por su sola virtud y esfuerzo la barbarie de los conquistadores visigodos y salvar de su corruptora influencia los gérmenes de la futura civilización española.

La empresa era magna. La fuerza y poder civilizador de la raza ibera se había mostrado en los Hispano-romanos suficientemente; pero acaso se había adormecido en ellos con la servidumbre su primitivo amor á la independencia, y para despertarlo vigoroso y potente era preciso que aquel pueblo sufriera una terrible sacudida, cuyos estragos venían preparándose por los excesos y la ignorancia del pueblo visigodo, venido á tal estado de flaqueza y debilidad, que no pudo contener ya por más tiempo la invasión de los Árabes y la completa ruina del imperio fundado por Ataulfo.

En la derrota del Guadalete puede decirse que es donde acaban de una vez las diferencias de raza entre los Hispano-romanos y los Visigodos. Desde aquel momento, el poder no es patrimonio de esta ó de la otra raza, sino del más digno: la ejecutoria de nobleza se conquista en el campo de batalla, y el sacrificio llevado hasta el heroísmo y realizado en aras de la patria, son los únicos caminos por donde se llega á las más altas dignidades. El mismo espíritu que había realizado la conquista intelectual y moral de nuestra patria, después de la invasión de los bárbaros, se disponía ahora á salvar la civilización aquella, que levantaron San Leandro y San Isidoro, y á reconquistar materialmente y palmo á palmo la tierra, que por obra de la fuerza y de la perfidia ocupaban los enemigos de la religión y de la patria. De entre las ruinas del poderoso imperio visigótico renace entonces y se levanta, y se extiende y acrecienta aquel generoso espíritu que armó el brazo robusto de Viriato, para detener la marcha triunfal de las legiones romanas.

Discutan cuanto quieran los eruditos, para poner en claro si el primer caudillo que opuso resistencia formal y afortunada á las huestes agarenas en las montañas de Asturias pertenecía ó no á la regia estirpe visigoda; aleguen documentos, pruebas y razones de todo género en favor de una ú otra opinión; lo que no podrá negarse es que en aguas del Guadalete pereció para no levantarse jamás la degradación espantosa, física y moral á que en los últimos tiempos había descendido la raza visigoda, y que sobre sus ruinas se levantó el genio enérgicamente restaurador de los Hispano-romanos, para dar aliento y vida á los héroes, que lo mismo en Covadonga que en la peña de Uruel, acometieron la empresa verdaderamente épica de salvar de aquella catástrofe horrosa la civilización española y cristiana.

Ocho siglos duró la gigantesca lucha de la civilización cristiana contra la civilización arábigo-oriental. En este tiempo, alguna influencia pudieron y debieron ejercer los Árabes en la cultura de nuestra nación; mas no la ejercieron tal, que desde el primer momento se dejara sentir en nuestra cultura la acción de los conquistadores. Un escritor francés, de cuyo nombre no quiero acordarme, haciéndose eco de preocupaciones injustas, hoy desechadas en todo ó en parte por los mismos que las sostuvieron y propalaron, afirma con el mayor desenfado que la cultura de España en tiempo de los reyes visigodos parecía la de un pueblo semibárbaro, y que apenas terminada la conquista dieron los Árabes principio á su labor civilizadora. No es extraño que tales cosas afirme, quien da muestra bastante de su estupendo saber, afirmando de antemano y con envidiable desalogo, que la fusión de las dos razas hispano-latina y visigoda, fué bastante íntima, y que lo fué mucho más, cuando después de la invasión se alzaron en armas los refugiados de Asturias, y aduce, para probarlo, el hecho de que el título de *hidalgo, es decir, hijo de Godo* (sic) se considerara entonces como título de nobleza.

Si el testimonio de los historiadores árabes no desmintiera semejante especie con el relato fiel de las riquezas artísticas acumuladas por los reyes visigodos en sus alcázares, palacios y basílicas, relato en el cual se ve y se toca el asombro y entusiasmo que en los Árabes produjo la contemplación de aquella portentosa cultura material; si los escritores de la raza hispano-romana y principalmente el Gran San Isidoro, no nos hubieran dejado en sus obras la prueba más concluyente y esplendorosa de la avanzada cultura intelectual y moral de aquellos tiempos, bastaría considerar que la civilización romana, después de sembrar de monumentos las provincias y ciudades de la Península y de haber dado gloriosa y per-

durable muestra de su espíritu en las obras de los ingenios españoles, necesitaba más tiempo y una debilidad que nunca tuvo la raza ibera, para que en ella fuesen extinguidos los gérmenes de la civilización latina, y que era preciso mayor empuje por parte de los bárbaros, para aniquilarla é impedir su renacimiento. No era posible que cediera á la bárbara violencia de los hijos de Agar el espíritu generoso que rechazó, como hemos visto, la civilización de Roma, mientras no tuvo otro fundamento que la fuerza; y que si la aceptó y la hizo suya más tarde, fué cuando la Metrópoli del mundo, amortiguados ya los estímulos de la ambición y la soberbia, admitió al pueblo vencido, pero no domado, al goce de todos los derechos y prerrogativas, hasta consentir que con sus virtudes y talentos honraran la púrpura imperial algunos esclarecidos hijos del suelo de Iberia. No era posible que la raza que tan porfiada lucha había sostenido con la heterodoxia arriana de los Visigodos, llegando á vencerla en el tercer concilio de Toledo, se anonadara y humillara ante el empuje avasallador de los hijos del desierto, que no pudieron por consiguiente representar en la historia el papel de restauradores, siquiera, de una civilización que por lo mismo que no había muerto, ejerció influjo poderoso en la civilización y cultura de los invasores árabes, con la misma y aun con mayor razón que antes la había ejercido en la cultura de los invasores visigodos.

No es esto negar la verdadera y positiva influencia, que la lengua y civilización arábigas tuvieron en la civilización española; para llegar á tal extremo sería preciso borrar de nuestra historia el recuerdo de la corte de Alfonso VI, que mantenía en su cancillería sujetos encargados de redactar su correspondencia árabe en purísima prosa; sería preciso olvidar completamente la existencia en el siglo XI, de aquella escuela toledana que aun después de la conquista de Toledo por los cristianos continuaba todavía hasta los reinados de San Fernando y el rey Sabio sus tradiciones literarias; sería preciso suprimir los esfuerzos del hijo de San Fernando por enriquecer con traducciones del árabe las letras y las ciencias castellanas, y que no existiera la *Historia arabum* del arzobispo D. Rodrigo, ni el caudal no despreciable de voces árabes, que desde los orígenes del romance vinieron á enriquecer el habla castellana.

Sin embargo, fuera de la época del califato, la influencia de los cristianos españoles sobre los Árabes fué mayor que la de éstos en nuestra civilización, y eso que el influjo oriental árabe tuvo en el pueblo judío un auxiliar poderoso y constante. Aun en la época del califato influyeron no poco los cristianos españoles en el apogeo de

aquella deslumbradora civilización, único faro que lució en medio de las tinieblas en que yacía sumida Europa por entonces. Los Árabes que invadieron nuestra península no eran un ejército de poetas, artistas, filósofos y literatos; eran á lo sumo una masa heterogénea compuesta de Árabes, Judíos, Asirios, Bereberes, Bizantinos y Visigodos, sin aspiraciones comunes, que unieran estas gentes entre sí, y hasta sin plan alguno para llevar á cabo la conquista. Su influjo en la cultura española fué, pues, completamente nulo en los primeros momentos, y aún puede decirse que su civilización nació en España por los mismos medios y en la misma forma que había nacido en Oriente; como nace la civilización de todos los pueblos que han vivido en prolongada infancia, hasta que lanzados por el camino de las conquistas, consiguen llegar á la mayor edad. La imitación de las civilizaciones de los pueblos superiores fué el principio generador de la cultura esplendorosa de los Árabes en Oriente primero, y después en Occidente. Las discordias religiosas y políticas ahuyentaban de Constantinopla á muchos sabios cristianos, que refugiados en la corte de los califas de Bagdad, tradujeron del griego en árabe y siriaco los tesoros de la ciencia y filosofía helénica. Abderramán I, para fundar en Córdoba las escuelas que en tiempo de sus sucesores alcanzaron el mayor apogeo, se vale de los mismos medios que en Damasco, en el Cairo y en Bagdad habían empleado los poderosos califas enemigos mortales de su estirpe. Sin embargo, aquella cultura tan brillante y celebrada, era, como no podía menos de ser, entre los Árabes importación extraña. La filosofía, cuya existencia desconocieron por mucho tiempo, llega á ellos por traducciones imperfectas, de las cuales ninguna acaso se hizo directamente del griego. Su decantada civilización era en opinión de un afamado crítico, «selva confusa, en que con estrechez íntima andaban unidas la sofistería, la superstición, la incultura y la utilidad... Adelantaron notablemente la astronomía haciéndola servir para vanísimas predicciones. Debióles la medicina admirables aumentos al tiempo que la afeaban con especulaciones imaginarias y monstruosos sistemas. Con nueva y feliz maestría aplicaron la química al auxilio de las dolencias, y la llenaron también de enigmas portentosos y credulidades, que animaba la execrable hambre del oro... Tomaron de la docta Grecia la general noticia de las doctrinas é interpretando perversamente sus escritores pervirtieron aquello mismo que les sirvió de norma ¹.»

Á la pompa y ostentación de la ciencia y literatura de los Árabes

¹ Forner.—*Mérito literario de España*.

inclinados de suyo á lo sobrenatural y maravilloso, y que vivían en medio del fausto que les proporcionaban las riquezas acumuladas por la conquista, se oponen desde el principio la sobriedad y sencillez de la ciencia y literatura de los mozárabes, consecuencia natural y lógica del aislamiento en que vivían, de la falta de medios y de estímulos para realizar gloriosas empresas, y del acicate de su fe ardiente y sincera, que les llevaba á sostener una lucha de la cual no esperaban otro lauro por de pronto que los desdenes y menosprecio del mundo. Lejos de rendirse á los esplendores de la cultura arábigo oriental el espíritu de la raza hispano-romana, armó en las montañas del Norte el brazo de sus más esforzados hijos para reconquistar la patria perdida; y en las ciudades del Mediodía, en medio de la servidumbre á que se veía reducido por los conquistadores, luchaba valerosamente contra el estancamiento y paralización mortal á que pretendía reducirle la política astuta y previsora de los califas, y se retiraba al *sancta sanctorum* de las letras para consolar con ellas sus amarguras y tristezas, y alentar sus esperanzas.

La ciencia isidoriana en esta época muestra su vitalidad potente en los escritos de Juan, obispo de Sevilla, que á mediados del siglo VIII traducía del latín en lengua arábigo las Sagradas Escrituras, comentándolas y exponiéndolas con tal claridad y rigor lógico, que mereció de Álvaro de Córdoba el dictado de *romanae dialecticae caput*. En la vida de San Ildefonso recoge Cixila la tradición popular de los prodigios realizados por el insigne arzobispo, y la noticia de sus famosas obras literarias. Isidoro Pacense retrata con melancólicas tintas en su *Epítome* el miserable estado en que vivían los cristianos en los primeros tiempos de la invasión árabe, y exalta el entusiasmo de los oprimidos con la memoria gloriosa de San Isidoro de Sevilla, de San Braulio, obispo de Zaragoza, Tajón, San Eugenio, San Ildefonso y San Julián, perpetuando así el recuerdo de las virtudes y del saber de aquellos egregios varones representantes ilustres del genio de la raza hispano-romana, durante la dominación visigótica.

Para que nada faltara á tan calamitosos tiempos, asoma la herejía su repugnante faz entre la grey cristiana, y Elipando, metropolitano de Toledo, y de estirpe visigoda, incitado y sostenido por Félix, obispo de Urgel, propaga y extiende el error de Nestorio, que con enérgica templanza combaten victoriosamente desde las montañas de Liébana y de Asturias Beato y Eterio, y Theodula desde su cátedra de Sevilla, renovando así la gloria de los apologistas debeladores de la herejía arriana. Beato, además comentando el Apocalipsis, daba la más evidente prueba de que no

se había extinguido entre los cristianos el fuego sagrado de la erudición escrituraria.

La primitiva tolerancia á que se vieron obligados los Árabes al principio de la invasión empezaba á desaparecer. La intransigencia del pueblo conquistador nace con los esplendores del califato; y tan decidido y firme era el propósito que de influir en la cultura española abrigaban los soberanos cordobeses, que Hixén proscribió en sus dominios el uso de la lengua latina, y ordena que á las escuelas públicas fundadas por él acudan los hijos de los cristianos á recibir su educación y á olvidar la lengua de sus padres. Ciertamente que si por estos medios consiguió que sus correligionarios le apellidaran *justo y bueno*, por lo mismo que no abonan su tolerancia y menos su escrupulosidad en respetar las capitulaciones otorgadas, no debían respecto de los cristianos granjearle otro título que el de tirano. Las primitivas franquicias concedidas á los muzárabes por sus nuevos señores, iban poco á poco desapareciendo á medida que el poder musulmán se consolidaba en nuestra península. El espíritu de proselitismo inspiraba la política de los califas cordobeses; y á la invasión religiosa, científica y literaria, oponían los muzárabes el inexpugnable antemural de la ciencia isidoriana, como los refugiados de Asturias y de la Peña de Uruel habían opuesto á la conquista material el muro invencible de sus generosos pechos. Lejos, pues, de someterse los cristianos independientes y los muzárabes á aquella civilización que el nuevo estado de cosas hacía predominar en España, la rechazaron unos y otros desde el primer momento, defendiendo heroicamente sus tradiciones y robusteciendo en lo posible y por todos los medios el espíritu nacional, que como el fénix empezaba á renacer de sus cenizas. Por eso en medio de situación tan angustiosa, las escuelas cristianas de Córdoba continuaban las gloriosas tradiciones de las escuelas fundadas en la metrópoli visigótica por el cuarto concilio toledano; y lejos de mostrarse avasallada ó al menos influída por la de los musulmanes, la literatura muzárabe se esfuerza en resucitar la tradición clásica, puesto que no les eran desconocidas las obras de Tito Livio y Tácito, ni las de Virgilio y Horacio, ni las de Cicerón y Quintiliano; y el abad Speraindeo con su *Apologetico contra Mahoma*, alentando la fe de los cristianos y combatiendo la superstición musulímica, renueva los triunfos de la oratoria sagrada, y enciende el celo de los cristianos hasta el punto de que Perfecto, Juan é Isaac alcanzan la palma del martirio por haber secundado valerosamente los nobles propósitos de Speraindeo. Numerosos mártires sellaron entonces con su sangre la firmeza de su fe y acreditaron ante la historia el

profundo abismo, que separaba al fanatismo musulmán, con todos sus esplendores, del noble espíritu de los cristianos muzárabes, aún agobiado bajo el peso de sus desdichas y miserias. Bajo el poder de los califas retrata San Eulogio en el *Memoriale Sanctorum* los triunfos de los cristianos en aquella persecución horrible, y escribe en las cárceles de Córdoba el *Documentum martyriale* para reavivar el ardor de los cristianos en la lucha; y en el *Apologético de los Santos*, da claro testimonio de que aun en medio de tanta humillación y desventura no podía enmudecer la elocuencia de la raza hispano-romana, á que pertenecía este santo escritor, que en aras de su religión y de su patria derramó gloriosamente su sangre en aquella calamitosa época tan fielmente retratada por él en sus escritos. Su amigo Álvaro, otro atleta que luchaba como San Eulogio contra la civilización arábiga en defensa de la cristiana, conocedor de los modelos más acabados de la literatura clásica, y muy principalmente de Virgilio, según se ve por sus epístolas, en el *Liber scintillarum* condensa y esclarece la moral de la Iglesia, y combate denodadamente la errónea doctrina del Corán en el *Indiculus luminosus*, y se lamenta con amargura y reprende acerbamente el olvido en que la juventud cristiana tenía las letras latinas y la predilección que manifestaba por la literatura arábiga; y aunque de no muy altos vuelos no deja de merecer el título de poeta en algunas de sus composiciones inspiradas por el sentimiento religioso, y en las cuales aparece ya franca y decididamente arraigado el uso de la rima, que autorizan los prosistas anteriores desde Valerio, según queda consignado.

Los opresores propósitos de los califas fueron servilmente favorecidos y apoyados por Servando y Hostegesis, y la opresión que padecían los muzárabes se recrudeció y agravó más y más con la doctrina herética mantenida y propagada por Hostegesis, obispo de Málaga, combatido briosamente en el *Apologético* del abad Sansón, sucesor de San Eulogio y de Álvaro de Córdoba, en el celo por la propagación de la fe y la conservación de la cultura latina. El presbítero Leovigildo y el arcipreste Cipriano, el primero con su libro *De habitu clericorum*, y cultivando el segundo la poesía latina con éxito para aquellos tiempos estimable, evidencian que á fines del siglo ix no había desaparecido entre los muzárabes el verdadero germen de la cultura española.

Mas esta lucha verdaderamente heroica sostenida de una parte por la debilidad de los muzárabes sometidos á la más insupportable servidumbre, y de otra por la pujanza de los Árabes dominadores y dueños de todos los recursos materiales y morales que da la posesión del poder, debía terminar forzosamente y terminó con

el triunfo material de la barbarie, cuando llamados del África los almoravides para sostener el vacilante imperio de los musulmes califas, publica Ali ben Yuzeph el famoso edicto que arroja á la raza muzárabe fatigada y extenuada por la lucha á perecer en los arenales del África. Sucumbieron al fin en aquella porfiada contienda á manos del fanatismo musulmán los heroicos defensores de la cultura hispano-gótica; mas para la civilización española no fueron estériles la abnegación y los sacrificios de la desventurada raza muzárabe, puesto que además de que su espíritu se transmitió á los cristianos, que desde las montañas del Norte habían reconquistado parte importante de la perdida patria, algo y mucho se debe á los muzárabes en el desarrollo de la cultura, de que hicieron ostentoso alarde los califas cordobeses.

Alguna luz habían de reflejar necesariamente en la civilización arábigo-española las famosas escuelas que sostuvieron los muzárabes en Toledo y Sevilla, y la que más adelante fundaron en Córdoba y de la cual fueron lumbreras Speraindeo y sus discípulos San Eulogio y Álvaro de Córdoba.

Sabido es que Yahya-ben-Ishac, el famoso médico de Abderramán III, era un muzárabe renegado é hijo de otro médico insigne. El sabio orientalista Mr. Raynaud Dozy, confirma que Ibn Hazén, docto gramático, filósofo y poeta del siglo XI, era bisnieto de un español cristiano, y merced á esta circunstancia explica el delicado espiritualismo que distingue á este escritor. El hecho de que el médico oriental, conocido por Rasis ó El-Razi, cita más de una vez en sus obras á un escritor de agricultura llamado *Yunius*, y la circunstancia de que los Árabes españoles siguieran en la práctica la doctrina de Columela, hace sospechar muy fundadamente á otro insigne orientalista laureado por esta Academia ¹, que una de las primeras obras que los muzárabes tradujeron del latín en lengua arábica para ilustrar, y acaso para servir á sus opresores, fuese el tratado *De re rustica* de Cayo Junio Moderato Columela.

Tan cierto es que el espíritu de los Hispano-romanos se transmite de los muzárabes á los cristianos que defendían en las montañas de Asturias su religión, su patria y su independencia, que á medida que los reyes cristianos iban adelantando en sus conquistas, levantaban basílicas y fundaban monasterios, á los cuales entre otras riquezas y preseas donaban colecciones de libros depositarios de la tradición gloriosa de la ciencia isidoriana y que servían de instrumento poderoso, no sólo para la conservación,

¹ Don Francisco Javier Simonet. *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los muzárabes*.—Primera parte, cap. II, pág. 53.

sino también para la propagación de la cultura española; pues como atestigua el docto Mariana, los monasterios eran en aquella edad escuelas, de donde salieron innumerables varones aventajados en el conocimiento de las letras divinas y humanas ¹. Los obispos muzárabes, que desposeídos de sus cátedras por la bárbara persecución agarena asistían á la consagración de aquellos templos que la piedad de nuestros reyes levantaba, contribuían eficazmente á restaurar la civilización vencida á orillas del Guadalete, hasta tal punto, que por encargo expreso del tercer Alfonso, Sebastián, obispo de Salamanca, á fines del siglo ix, acomete la meritoria empresa de reanudar la historia de España en el mismo punto donde la dejó San Isidoro en la suya *De regibus Gothorum, Wandalorum et Suevorum*, y lisonjea las aspiraciones de aquel rey esclarecido, intentando probar que la monarquía fundada por Pelayo era la heredera legítima y forzosa de la fundada por Ataulfo en la Península Ibérica. Esta crónica con la del Pacense, contiene el relato completo de los acontecimientos ocurridos en nuestra península desde la invasión árabe hasta el reinado de Alfonso Magno, y para que no le falten caracteres de parentesco con las crónicas de la época visigótica, obsérvase en ella, que el autor procura resarcir los defectos de su desaliñado estilo y decadente lenguaje, con el artificio de la rima. Por aquel tiempo ve también la luz la *Crónica Albendense*, que copiando y extractando los libros historiales de San Isidoro y San Julián, refiere someramente los acontecimientos de la reconquista, dando la preferencia á los hechos de Alfonso Magno, á cuyo reinado parece que sirve como de introducción todo el relato precedente, y sin limitarse á las gloriosas expediciones de aquel glorioso monarca, refiere además las luchas intestinas en que se aniquilaban los descendientes del renegado Muza, hace el catálogo de los caudillos que en nombre de los califas de Oriente gobernaron la Península y el de los emires independientes y sus genealogías y estudia, por último, el origen de los godos. Vigila, monje de Albelda, autor de la segunda parte de esta crónica escrita, según todas las probabilidades, á fines del siglo x, añade al catálogo de los reyes de Asturias el de los sucesores de Alfonso Magno hasta Ramiro III, con una breve noticia de los reyes de Navarra, desde Sancho García Abarca, hasta Sancho el Mayor.

El cronicón de Sampiro, obispo de Astorga, refiere los acontecimientos de nuestra historia realizados en el espacio de ciento diez y seis años, comprendidos entre el reinado de Alfonso Mag-

¹ *De puerorum eruditione*. I-I.

no, hasta la muerte de Ramiro III, ó sea hasta fines del siglo x. Es cierto que en esta crónica, más aún que en la *Albendense* y la de Sebastián, se advierte una decadencia notable en el estilo, y la casi total desaparición del elegante hipérbaton de la lengua latina; pero también se ven en ella y con más claridad en las crónicas posteriores, y en los documentos de donaciones, fundaciones cartas-pueblas, etc., los caracteres típicos de aquel romance, de donde surge la hermosa y clásica lengua castellana de los siglos quince y diez y seis. Á la misma época pertenecen también el cronicón de D. Pelayo, obispo de Oviedo, que si históricamente considerado no merece gran estimación, tiene indudablemente gran importancia, desde el punto de vista literario y filológico, y la crónica del monje de Silos, que de estilo menos desaliñado y de lenguaje más correcto, viene á restablecer los cronicones anteriores, alterados por el obispo D. Pelayo, y que al lamentarse de la decadencia de las artes liberales, producida por la invasión musulmana, pone de manifiesto, cómo á mediados del siglo oncenno se mantenía vivo entre los cristianos el espíritu de protesta contra la civilización arábiga, y cómo no se había debilitado en lo más mínimo al cabo de cuatro siglos de lucha el entusiasmo fervoroso, que les hacía ver su salvación en el preciado tesoro de la ciencia contenida en las obras del insigne doctor de las Españas.

Llega por fin el venturoso día, en que merced al esfuerzo del sexto Alfonso, ondea vencedora sobre las murallas de la ciudad de los concilios la enseña de Castilla. Á partir de aquel momento se dulcifican las condiciones impuestas por los vencedores cristianos á los vencidos musulmanes, y ya no se venden como esclavos los prisioneros de guerra, sino que respetadas sus leyes, sus costumbres y su religión, se convierten en vasallos del nuevo rey con el nombre de mudejares. Los muzárabes, al verse libertados por los héroes de la reconquista, los enriquecieron con los tesoros de la cultura latino-visigoda, á costa de tantas penalidades conservados bajo la dominación sarracena, y acrecentados por el ingenio vigoroso de San Eulogio y Álvaro de Córdoba.

Tres acontecimientos de la mayor trascendencia en la cultura española, á saber: la importación de la orden de Cluny, la sustitución del rito muzárabe por el romano á fines del siglo oncenno y la abolición de la letra hispano-latina ó isidoriana, vienen por esta época á debilitar transitoriamente el espíritu de resistencia á toda invasión extraña y de propagación de la cultura hispano-romana, que hasta entonces había animado á los muzárabes como á los cristianos independientes. La Iglesia principal y casi única promotora de la cultura nacional, acaudala su literatura con nuevos

tesoros y los estudios clásicos nunca olvidados en nuestra patria, reciben mayor y más poderoso impulso, y á ello contribuye muy principalmente la propagación de la orden de Cluny, que á la tradición isidoriana, fuente hasta entonces única de la cultura española, agregaba el precioso caudal de la ciencia atesorada en sus renombrados monasterios. La lengua latina, sin embargo, se resiste á ceder al lenguaje vulgar las preeminencias de que había gozado hasta entonces, y robustecida con la autoridad de la Iglesia, cuya lengua oficial era y continúa siendo todavía, y contando además con el apoyo de la tradición, y restaurada algún tanto por los doctos esfuerzos de los cluniacenses, conservaba aún la fuerza necesaria para impedir que la lengua vulgar la sustituyera en las preeminencias de idioma literario, y la relegara al panteón de las lenguas muertas; por eso la vemos que sirviendo de instrumento á los doctos en la interpretación de las Sagradas Escrituras, defiende todavía la poesía popular de las intrusiones del romance, y con la *Gesta Roderici Campidocti* en el siglo XII, la *Historia Compostellana*, la *Chronica Adefhonsi Imperatoris* y la *Vita beati Dominici confessoris Christi*, disputa á la lengua vulgar el dominio de la historia. Munio Alfonso, Hugo y Giraldo, autores de la *Historia Compostellana*, á vuelta de las pretensiones de la elevación de estilo, que no pasa de ser declamatorio, y de la inevitable decadencia del lenguaje, alardean de erudición clásica, poniendo así de relieve el continuado esfuerzo de literatos y escritores por mantener contra la influencia musulmana vivo el espíritu de resistencia que palpita en toda nuestra civilización y cultura.

En toda esta época tampoco enmudece la poesía. Consérvanse, ya que no las producciones de sus ingenios, el nombre de Romano, prior de San Millán por los años de 871 de nuestra Era, de quien la historia recuerda que nutría su inspiración en el libro de los Salmos, y de Salvo, que escribió sus composiciones con elegancia poco frecuente en el noveno siglo. En la vida de *Santo Domingo Manso* se han conservado algunos himnos de Grimaldo y de Philipo Oscense, que dan testimonio bastante de la no vulgar inspiración de estos poetas, y del camino que seguía la rima para imponerse á la poesía vulgar. La poesía popular latina, inspirándose en los grandes principios de la religión y de la patria, después de la completa ruina del reino visigodo había multiplicado los himnarios de tal suerte, que desde las vertientes orientales del Pirineo hasta las costas de Galicia apenas había diócesis, ciudad, parroquia ó monasterio, que no tuviera su himnario propio. Aunque no son muchos los monumentos que de la poesía popular latina han llegado hasta nosotros, son los bastantes sin embargo,

para evidenciar el influjo del clasicismo en este género de literatura, del cual no estaba proscrita la influencia oriental bíblica, como se ve en el poema de Almería, donde se dice de la innumerable hueste extremeña, que

Opperit terram velut innumerata locusta,

palabras que recuerdan aquellas otras del libro de Judith:

«*Et profectus est ipse et omnis exercitus cum quadrigis et equitibus et sagittariis, qui cooperuerunt faciem terrae sicut locustae*», en que se describe el ejército de Nabucodonosor. En el mismo poema se advierten patentes reminiscencias clásicas y bíblicas cuando compara al conde D. Ponce con Héctor y Ajax y con Sansón y Jonatás, y cuando llama *legión* al ejército cristiano, y cuando traduce por la palabra *cónsul* la dignidad de conde de que se hallaron investidos D. Ponce, D. Ramiro de Guzmán y Pedro Alfonso.

En forma completamente clásica, pero inspirándose en el sentimiento popular, refiere el autor de la canción del Cid las gloriosas hazañas del héroe castellano, á quien el rey D. Sancho da el mando de la primera *cohorte*, y á quien el poeta compara con Héctor y Paris. Y aun antes en el epitafio de Borrell III, verdadera elegía, en que el autor se lamenta de la muerte del ilustre caudillo acontecida en 1018, se ve que prescindiendo en parte del ornato de la rima, pretende el poeta dar á su composición cierto carácter fundado en la imitación clásica, imitación que más adelante en la canción titulada *Versus ad pueros* escrita por los años 1082, se eleva á la categoría de precepto formulado en estos dísticos:

Pervigil oro legas, cecinit, quod Musa Maronis:
Quaeque Sophia docet, optime, disce, puer.

.....
Neglige ne juvenis pia facta Catonis:
Quaeque Sophia docet, optime, disce, puer.

y sin olvidar, antes al contrario, armonizando y combinando la erudición sagrada con la clásica, como expresamente lo declaran estos otros:

Omnia disce canens cecinit quod carmine psalmum:
Quaeque Sophia docet, optime, disce, puer.

.....
Omnia vincit amor, tibi sit Sapientiae amor dulcis:
Amorque Xristi (semper) personet ore tuo.

Por donde se ve que la educación estaba por aquel tiempo fundada sobre cimientos tan sólidos, que no era fácil que la alterase corriente alguna de influencias extrañas, y extraña era entre los cristianos independientes y entre los muzárabes la influencia ará-

biga á que ciertos críticos han dado, sin razón alguna atendible, tan exagerada importancia.

Á pesar de estos esfuerzos constantemente dirigidos á la imitación clásica, la independencía del carácter ibero revelada por la natural osadía y la grandilocuente facundia de los Sénecas, y modificada y robustecida después en la época cristiana por la influencia bíblico-oriental, es el más poderoso y fecundo germen de orientalismo, que empujando á través de los siglos por nuevos derroteros la lengua y la literatura hispanas, consigue transplantarlas definitivamente de los estériles y ya esquilados campos del clasicismo á las vírgenes y fértiles tierras bañadas con las aguas del Betis y del Ebro y fecundadas por el ardiente sol de la doctrina evangélica, para que aquí, con la savia del elemento vulgar retoñen y crezcan y prosperen con espontánea energía y adquieran por fin los caracteres propios de nuestra nacionalidad literaria. Porque es evidente que la lengua vulgar venía forjándose hacia siglos y sirviendo acaso de expresión al sentimiento popular en los cantos que debieron componerse en celebridad de las bodas, coronaciones y triunfos de los reyes. La evolución de la lengua clásica impulsada por el genio ibero había producido por este tiempo en nuestra península además del romance castellano, los romances gallego y lemosín, de los cuales, son derivación directa é inmediata el portugués y catalán. Entramos por tanto en una nueva época. La lengua y la literatura hispano-latina tendrán que defenderse en adelante, no sólo de la invasión del elemento arábigo-oriental; sino también de lo que llamaremos elemento vulgar, cuya existencia, como veremos más adelante, es anterior á la invasión musulmana. En esta lucha no sucumbirá ciertamente la lengua y literatura de los doctos; pero sufrirán transformación tan honda, que sin alterar su esencia, aparecerán completamente nuevas en la forma. La lucha sostenida por los cristianos muzárabes para conservar incólume la tradición isidoriana como base y fundamento de la cultura española, será contrapesada desde ahora con la influencia de los mudejares árabes, postigo no muy amplio por donde entrarán los pocos elementos de influencia arábigo-oriental que la crítica puede reconocer en la civilización y cultura de nuestra patria. Y no podía ser de otra suerte. Si dominadores y en el apogeo de su esplendorosa cultura, no pudieron los Árabes durante el califato vencer la resistencia heroica de los muzárabes y Españoles independientes, vencidos y en decadencia ahora, no ha de esperarse que la cultura nacional les deba grandes progresos y menos que se convierta en tributaria de la decadente civilización arábica.

El romance castellano adquiere en tanto importancia y vigor suficiente para sustituir á la lengua latina, que desde los tiempos de Séneca hasta los de nuestros fueros y cartas-pueblas, experimenta una evolución constante, que paulatinamente se verifica por obra y gracia de la contienda mantenida con igual esfuerzo y tenacidad por el elemento tradicional y erudito y el popular ó vulgar, que caracterizan las diversas épocas de nuestra literatura. A la sombra de esta incesante lucha, cuando el elemento vulgar llevaba ya la mejor parte, aprovechando quizá el descuido de los combatientes, y por obra también del propio esfuerzo consigne al cabo la cultura musulmana imprimir en la española algunos de sus caracteres, cuya existencia es imposible negar; y la lengua adquiere reducido caudal de palabras de castizo abolengo arábigo, y la literatura refleja ligeros destellos así de la decadencia arábica como de otros más felices tiempos, según puede apreciarse en la *Disciplina clericalis*, libro en el cual hace su primera aparición el elemento simbólico oriental, sirviéndole de intermediario el ingenio del hebreo Rabbi Mosseh, converso conocido con el nombre de Pero Alfonso. Y aunque en su obra *De Consolatione rationis* sostenga briosamente la lucha por parte del elemento erudito Pedro Compostelano, día llegará en que á pesar de lo rudo y porfiado del combate, logre el elemento popular con el peregrino libro de *Calila et Dimna* y el *Libro de los Assayamientos et Engannos de las mogieres*, introducirse el apólogo oriental en nuestra literatura, inspirar los atrevimientos y desenvoltura del arriscado y maleante arcipreste Juan Ruiz, y armonizar como en *El Conde Lucanor*, con el elemento tradicional español el simbolismo oriental, si bien avalorado como en el libro *Calila et Dimna* y el *de los Assayamientos et Engannos de las mogieres*, con los fulgores del orientalismo índico, al cual su carácter ario sirvió indudablemente de recomendación y salvoconducto para penetrar en la genial cultura de nuestro pueblo, que en modo alguno podía desmentir y menos renunciar á las inclinaciones naturales y propias de su abolengo ibérico.

Los hijos de Israel, Semitas como los Árabes, poca ó ninguna influencia ejercieron en nuestra lengua y literatura. Cultivaron, es cierto, todos los ramos del saber; y cuando los tiempos lo permitían, llegaban al más alto grado de florecimiento sus escuelas de Córdoba, Sevilla, Lucena, Granada, Toledo, Zaragoza y otras, según lo demuestra minuciosamente el erudito discurso del Sr. Fernández y González; pero esa ilustración y cultura, fuera de los contados casos que consignados quedan, no trascendió á la lengua y literatura castellanas. El pueblo español miraba al judío con el

mismo recelo que al pueblo musulmán: veía en él un enemigo de su religión y de su patria y de su raza: y en estas condiciones no era posible que las letras castellanas se dejaran influir poco ni mucho por la literatura hebrea. Cuando algún israelita por su propio valer personal ó por otras causas y medios alcanzaba en la sociedad cristiana las más altas posiciones, ó se convertía al Cristianismo como Pero Alfonso y combatía la secta judaica, ó la perseguía con encarnizamiento de neófito como D. Pablo Santa María, ó permaneciendo fiel á su creencia religiosa, y gozando de la privanza y favor de los reyes concitaba contra sí los odios de la nobleza, del clero y de la plebe hasta acabar su vida como Simuel-ha-Levi en el tormento, injusto, si se le mira por el lado de la lealtad y celo con que sirvió á su amo, y merecido, si se le mira por el lado de las vejaciones, que su privanza impuso á los pueblos, y por el de los grandes tesoros que acumuló á cuenta de sus buenos ó malos servicios.

No se había olvidado en ningún tiempo entre los cristianos, que los más eficaces auxiliares de la invasión agarena habían sido los judíos, y el instinto popular veía en ellos desde entonces el obstáculo más serio y persistente con que tropezaba la empresa heroica de la reconquista. Por otra parte, su conducta en muchísimos casos daba fundamento á esta creencia popular; y las persecuciones crueles que sufrieron de parte de los cristianos agobiados á veces por las artes de la astucia israelita, ahondaban más y más el abismo que separaba á las dos razas, de suerte que no era posible que los aborrecidos hijos de Israel influyeran positivamente en nuestras letras.

Con las armas en la mano y á viva fuerza rechazaban nuestros padres la invasión musulmana; con leyes prohibitivas procuraban defenderse de aquella invasión judaica, que pacífica en la apariencia, era considerada por el instinto popular como un cáncer incurable, que había de concluir tarde ó temprano con la existencia de la nacionalidad española. Es en la historia un singular fenómeno, que D. Martín de Aragón, que justamente se había conquistado el sobrenombre de *humano*, sólo dejara de serlo con los desventurados hijos del pueblo deicida; y que señora de tan altas prendas y tan acrisolada piedad como doña Leonor, esposa de D. Juan I de Castilla, rechazara las ofertas pecuniarias, que los atribulados hebreos le hacían, y que á las consideraciones con que su confesor procuraba inclinarla á que las aceptase, contestara diciendo: «Nunca tales dineros tomaré yo, nin pediré á las aljamas» lo que nunca les pedí fasta agora: que non quiera Dios que les yo »pida cosa por qué ellos hayan de maldecir á mi señor el rey, é á

«los infantes mis hijos é á mí.» Cosa es también muy singular, que los católicos reyes D. Fernando y doña Isabel, á quienes la historia reconoce como fidelísimos intérpretes del sentimiento nacional español y afortunados cumplidores de sus patrióticas aspiraciones, fueran los que en 31 de Marzo de 1492, á los tres meses de la conquista de Granada, firmaron el famoso edicto expulsando á la raza judaica de los dominios españoles, como si hubieran querido con esta disposición trascendentalísima completar la obra gloriosa de la unidad nacional llevada por ellos á término feliz con tanta prudencia y tacto político, y á costa de tantos y tan grandes sacrificios: y era que el pueblo judío por su especialísimo carácter, por sus tendencias y por el aislamiento en que voluntariamente se encerraba, venía á ser en el seno de la sociedad genuinamente española, desde los tiempos del reino visigótico hasta el día mismo de la conquista de Granada, un cuerpo verdaderamente extraño, que dificultaba é impedía en todas ocasiones y por artes diversas el movimiento y desarrollo del espíritu español, esencialmente cristiano. Por eso cuando escritores como el Rabbi de Carrión Don Sem Tob, cultivan nuestra lengua y literatura, lejos de aportar á ella ningún elemento genuinamente hebraico, manifiéstanse no influídos, sino dominados por nuestra cultura, fundiendo su pensamiento en el molde mismo en que se fundía el pensamiento español, y de la misma suerte que lo fundieron los conversos Santa María y Jerónimo de Santa Fe. Por eso mismo, si á pesar de la superior cultura de que hacía gala la nación hebrea, llega un momento en que definitivamente y por la lógica natural de las cosas, se la expulsa de nuestro territorio, en ese hecho tan diversamente juzgado por los historiadores y políticos de todas las edades y naciones, aun admitida la indefensible hipótesis, que supone á nuestro pueblo sumido á la sazón en la más espantosa barbarie, no puede en mi concepto verse el triunfo de la intolerancia fanática de que por lo general se nos acusa con indisculpable ligereza, sino el natural resultado de la justa y noble aspiración de un pueblo, que llegado á la mayor edad y sintiéndose fuerte y vigoroso para vivir por su cuenta y riesgo y arrostrar por consiguiente la responsabilidad de sus actos ante la historia, pretende romper los lazos de una tutoría oficiosa y humillante, contra la cual protestaba con energía el pueblo español, porque dejándole la responsabilidad de sus desaciertos, deslustraba y empequeñecía el mérito y esplendor de sus glorias más legítimas.

Atentamente examinado nuestro léxico, sólo palabras como *Aleluya*, *Amén*, *Cábala Coro* (medida), *Efeta*, *Gehena*, *Háber*.

Hacán, Jehová, Nava, Querubín, Rabi, Serafin, Taled, Talmud y Torá y ciertos nombres propios como *Benjamin, María, etc.*, han entrado directamente del hebreo en nuestra lengua; porque otras como *Amalecita, Amorreo, Gabaonita, Hebreo, Jebuseo, Jesús, Jubileo, Judío, Mesías, Moabita, Sábado, Samaritano y Siclo*, penetraron en ella por el natural conducto del latín, como *Pascua* y *Sanedrín* entraron por conducto de la lengua griega,

La influencia oriental hebrea más notable en nuestra literatura, así latina como romance, tiene por origen no los múltiples y variados frutos de la brillante cultura de los judíos, que á partir del siglo xi de nuestra era hicieron de sus notables aptitudes aventajado alarde en nuestra península, sino del estudio que los ingenios españoles dedicaron á las Sagradas Escrituras, que en unión de las letras y cultura clásicas y latinas formaron el opulento caudal de la ciencia isidoriana, base y fundamento de la cultura nacional, durante el largo período de nuestra gloriosa reconquista.

Reconocer, por tanto, predominio del carácter semítico en nuestra lengua, aunque sea sin negarle el espíritu neolatino que la informa y le da vida, es desvarío grande, que no dejó de tener sus defensores en otra época; defensores que en la carencia de hipébaton de las lenguas semíticas señalaban uno de los caracteres que más habían influido en la formación de nuestra lengua y que achacaban á la influencia arábiga el cambio de la flexión desinencial del nombre latino por la declinación mediante preposiciones en nuestro romance. Claro es que semejantes afirmaciones no pueden imputarse á la ignorancia, y menos cuando sus ilustres mantenedores gozaban de justo y universal renombre en la república de las letras; mas no puede dudarse que eran consecuencia natural de las preocupaciones de escuela, que también alcanzan á los ingenios más esclarecidos: acaso fueron engendradas por la atmósfera literaria de aquellos tiempos saturada por la doctrina del orientalismo á todo trance, que ofuscando los más claros entendimientos les hizo ver señales evidentes de la influencia arábiga en nuestra lengua, allí donde encontraban la más remota analogía en ambos idiomas, y que alejándolos de la realidad, en alas de su imaginación exaltada por el estudio y por el amor y entusiasmo con que profesaban las letras orientales, les llevaba á forjar peregrinas é ingeniosas teorías, que estuvieron en boga y alcanzaron crédito y aplauso entre los sabios, más aún que por su aparente verosimilitud científica, por el mérito indiscutible y el justo renombre de sus patrocinadores, que creían enaltecer á nuestra lengua, suponiéndola formada por los más nobles y preciados ele-

mentos del latín y del árabe y hebreo, y no por la corrupción del hermoso idioma en que inmortalizaron la civilización y cultura de la señora de las gentes, Cicerón y Virgilio, Tito Livio y Horacio, Publio Ovidio y Julio César. No: la majestad y elevación del habla castellana, su armonía y dulzura no han nacido, no han podido nacer por generación espontánea del organismo putrefacto de la lengua latina; pero tampoco se rebaja en dignidad á nuestro idioma suponiéndolo como es en realidad neolatino; antes al contrario es imponerle degradación y humillación inmerecidas, suponer, porque en la crónica de Alfonso VII, se lean algunas palabras de más ó menos puro abolengo arábigo, que comenzara á formarse nuestro romance castellano á impulso de la influencia omnipotente ejercida sobre el latín por la lengua de los Árabes, y que en sus moldes se fundiera la sencillez severa y cadenciosa armonía de aquella cláusula de corte esencialmente clásico, en que Saavedras, Leones y Marianas legaron á las generaciones futuras la forma más bella y más espléndida y también la más propia y natural de que jamás se ha revestido el pensamiento español. La época en que comienza á formarse el romance castellano es anterior á la invasión musulmana, como aparte de otras consideraciones, lo prueba el hecho de que un obispo firmara las constituciones del tercer concilio toledano en esta forma: *Pantardus... annuens tam pro me, quam pro fratre meo Niligisio* episcopo de civitate *Luci, subscripsi*, en vez de *episcopo civitatis Lucensis*. Donde se ve cómo la forma de construcción, que andando el tiempo había de ser la privativa de nuestra lengua, se imponía á los doctos por el vulgo, que es el gran transformador de los idiomas, con más de un siglo de antelación á la conquista de España por los Árabes; y como el idioma de estos conquistadores no pudo influir tan decisivamente, como algunos suponen, en la construcción del romance castellano, cuya traza llevaba por lo visto tantos años de existencia y desarrollo, cuando empieza á extenderse la lengua arábigo por nuestra península. Como la civilización latino-hispana triunfó por el esfuerzo de los cristianos españoles sobre la civilización árabe, la lengua latina transformada en romance y convertida en verbo de aquella cultura sucesora y heredera de la tradición isidoriana, triunfó también de aquella lengua que convertida en verbo de la deslumbradora cultura de los califas cordobeses, amenazaba dominar el pensamiento español y abatir su poderoso vuelo, y amortiguar su generoso espíritu con todo linaje de doctrinas, de las cuales no cupo al pueblo musulmán la originalidad más remota, y que eran por él desnaturalizadas y pervertidas con la materialista y grosera influencia del Corán.—HE DICHO.

